

# N O S O T R O S

## EL PRESIDENCIALISMO ARGENTINO FRENTE AL FASCISMO

El régimen "parlamentario". — El régimen presidencialista. — El caso de Chile. — Partidarios argentinos del régimen "parlamentario". — La cuestión de las dictaduras, según dos profesores de Derecho político. — La esterilidad del fascismo. — El voto proporcional.

**E**L reciente libro de Cambó, *En torno al Fascismo Italiano* (libro que contribuirá mucho a dar notoriedad europea y justo prestigio al sistema gubernativo peculiar de la Argentina) me determina a tratar con cierta extensión el problema de las modernas dictaduras, confiando que aquel libro y esta publicación en NOSOTROS sean quizá suficientes para poner dicho problema fuera de discusiones atendibles.

La cuestión, importante desde el punto de vista universal de la ciencia política, tiene ahora perentorio interés americano, en vísperas de reunirse la asamblea que ha de reformar la constitución chilena, por ser tema fundamental de dichas reformas la materia que nos ocupa.

Las ideas que voy a exponer no son sinó una ampliación y discusión metódica de las que expresé hace dos años en un artículo titulado *Mussolini — Un caso muy instructivo de crisis institucional*, publicado en el periódico *El Liberal Georgista* (Buenos Aires, enero 17 de 1923).

La obligada concisión e improvisación de aquel trabajo no me permitió entrar en análisis detenidos, como aquí lo puedo hacer más fácilmente, con la ventaja, además, de poder tomar en cuenta los significativos hechos y publicaciones producidos desde entonces hasta hoy.

El aparatoso acontecimiento fascista ha sido tratado en formas diversas, casi todas improcedentes. Los espectadores más imparciales lo han considerado como un fenómeno psicológico

colectivo, derivado del estado de violencia en que la guerra puso los ánimos de quienes participaron en ella, y de la decepción ante la práctica nulidad a que quedaron reducidos los beneficios esperados de ella por el pueblo italiano; argumento sin valor, por cuanto no explica porqué no han surgido dictaduras en los demás países que también guerrearon victoriosamente, sin mejores provechos que Italia, y en cambio aparecieron en España y Chile que no participaron en la contienda.

Los elementos izquierdistas, por lo general, se han explicado el fenómeno fascista como una reacción "burguesa" frente al incremento de las fuerzas y exigencias proletarias; argumento que nada vale tampoco por su vaguedad y, especialmente, porque tampoco da respuesta a que se hayan producido reacciones conservadoras en Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Austria y otros países, sin tomar por eso la forma dictatorial, pues han sido manifestadas libremente por el sufragio, aun cuando es evidente que son proletarios la mayoría de los votantes.

Los mismos fascistas y sus regresivos simpatizantes han echado mano solamente del recrudescimiento de los sentimientos nacionalistas para explicar el caso, y lo han definido además como expresión de la quiebra de las instituciones democráticas.

Unos y otros adolecen del error de tratar los fenómenos sociales a base de sentimentalismos imprecisos, frases retóricas y todo género de oquedades, sin comprender que los hechos sociales son *hechos físicos* y, por lo tanto, susceptibles de ser tratados con criterio científico, en relaciones comprobables de causa y efecto determinados, o bien se debiera declarar francamente que tales hechos serían de los que, por lo menos actualmente, no son comprensibles en modo alguno.

Tal futilidad en los diagnósticos del caso va, como es de suponer, acompañada de no menos inconsistencia en la solución de las cuestiones que el fascismo ha planteado, salvo las que yo apunté en el mencionado artículo, que ahora veo decididamente corroboradas en el libro del señor Cambó, habiendo especialmente adoptado mis ideas el doctor Carlos Rodríguez Larreta en su artículo de *La Nación* (abril 17 de 1925), lo mismo que por su parte muestra una vislumbre de la verdadera y racional solución el señor Juan Antonio Villoldo, en su artículo *Temas políticos* (Nosotros, marzo de 1925).

### El régimen "parlamentario"

El advenimiento de la democracia, comenzado el siglo XVIII, sustituyendo la voluntad popular al derecho monárquico como fuente de la soberanía, no pudo introducirse en la práctica institucional de las naciones europeas sino mediante una transacción entre ambos principios antagónicos, y de ahí surgieron las monarquías constitucionales.

Los principios democrático y monárquico son por naturaleza absolutamente incompatibles. O la soberanía procede del pueblo o procede del rey; y se comprende que toda transigencia entre ambos principios debe ser necesariamente precaria.

Para mantener, a pesar de ello, la institución monárquica, se ideó e implantó en Inglaterra el acomodo de que el pueblo eligiera al parlamento, poder legislativo y de control, y el rey renunciara a gobernar o ejecutar directamente, sino mediante un gabinete propuesto por él pero aceptado por el parlamento y sujeto siempre a la aprobación del parlamento mismo cada uno de sus actos; porque si fuera también el pueblo quien eligiera al poder ejecutivo, habría de hecho quedado eliminada totalmente la monarquía; y si el rey pudiera mandar directamente o designar por sí el gabinete ejecutivo, sin subordinarlo de algún modo al parlamento, quedaría totalmente anulado el principio de la soberanía popular, y se estaría otra vez en el absolutismo.

A ese sistema transaccional de gobierno se lo ha designado "régimen parlamentario", designación poco afortunada, pues se presta al equivoco de confundirla con la institución parlamentaria en general, siendo solamente una de sus variedades, lo cual se presta a graves confusiones.

En dicho sistema, cualquier desinteligencia seria entre el parlamento y el gabinete se resuelve por la renuncia de éste, debiendo el rey proponer al parlamento otro nuevo ministerio.

La renovación del gabinete no ocasiona gran dificultad al monarca cuando en el país sólo hay dos partidos políticos (o algunos más de representación demasiado insignificante numéricamente). Es muy poco probable que ambos grandes partidos tengan exactamente la misma fuerza numérica parlamentaria en

un momento dado, y sencillo es para el rey hallar un jefe adecuado en el partido de la mayoría. Si la crisis provino de una cuestión política muy importante, tiene el rey el recurso de disolver la cámara popular y consultar al pueblo en nuevas elecciones, para entregar el gobierno al partido que obtenga mayoría. Es el juego de los partidos turnantes.

Como en Inglaterra se dieron esas cómodas circunstancias durante más de un siglo, ha sido muy encomiada la sabiduría de tal sistema, y se lo tomó por modelo en todos los demás países monárquicos cuyos pueblos ya no querían admitir el absolutismo.

Pero ¿cómo asegurar que la voluntad popular ha de polarizarse necesariamente en "dos" tendencias determinadas? ¿Por qué no podrá dividirse en tres o en treinta sentidos diferentes? ¿Quién y con qué razones y con qué derecho podría limitar la voluntad popular para obligarla a entrar en los dos únicos zafatos de los dos partidos únicos?

Los partidos políticos aparecen y desaparecen respondiendo a las naturales evoluciones de las ideas populares. En tiempos de unanimidad de creencias religiosas, por ejemplo, no hay diferenciaciones partidarias por ese concepto. Pero si los adelantos de las ciencias van determinando en un país el descreimiento o distintas interpretaciones sobre la religión y sobre las facultades del clero, se formarán naturalmente divisiones partidarias entre clericales y anticlericales, a más de las ya existentes.

Cuestiones económicas considerables, cuestiones de política exterior y muchas otras pueden dar nacimiento a nuevas subdivisiones o también a síntesis de fuerzas afines. Nadie debe ni puede razonablemente impedir esa permanente evolución ni poner vallas a esa plasticidad de la opinión popular. A ella ha obedecido el surgimiento del Partido Laborista en Inglaterra.

Habiendo representantes de tres partidos poderosos en el parlamento, es muy probable que a menudo unan sus votos contra el gobierno los dos de la oposición, y nada puede asegurar que el partido de la mayoría supere en número a la suma de los dos opositores. Si las fuerzas se dividen entre mayor número de partidos, es seguro que ninguno podrá contar con número suficiente para producir de su seno un gabinete durable, y de aquí,

necesariamente, una debilidad del ejecutivo y, más pronto o más tarde, una inestabilidad equivalente a la anarquía.

Por otra parte, el procedimiento lógico, correcto y consecuente con el principio de la soberanía popular es el sufragio proporcional. Si se quiere ser fiel y consecuente con dicho principio, es indispensable que todo apreciable matiz de opinión esté aritméticamente representado en el parlamento, pues sólo así será, en efecto, el verdadero "espejo" de la opinión popular.

En Italia llegó a ese grado de progreso y de verdad el sistema del sufragio en años recientes, y de ello resultó una cámara compuesta de 122 diputados socialistas, 106 populares, 31 fascistas, 13 comunistas, 143 democráticos, divididos en cuatro grupos, y 123 repartidos en cinco partidos más.

¿Cómo iba a ser posible que en una cámara así diversificada pudiera el rey hallar una mayoría consistente para extraer de ella un jefe de gobierno suficientemente apoyado?

Decía yo en mi citado artículo sobre el fascismo, que en tal situación "los ejecutivos se sienten en el aire y no pueden gobernar; cada sesión del parlamento puede significar la dimisión porque, no contando con una mayoría propia, están siempre a merced de las mayorías que se formen por coaliciones accidentales. Caen y suben los gabinetes con rapidez cinematográfica. Cada nuevo gabinete es más débil que el anterior. Ningún político serio y experto quiere encargarse del gobierno en esas condiciones, porque ya se vió que si, por ejemplo, los obreros querían asaltar las fábricas, había que dejarlos hacer para no ponerse de punta con los dirigentes socialistas, y si los fascistas saqueaban los locales obreros había que dejarlos hacer para no indisponerse con los diputados nacionalistas, etc., etc. Se llegó así al gobierno del desgraciado Facta, que ya ni era gobierno ni era nada. Era una floja forma de anarquía.

"Como en esas condiciones no es posible vivir, todo el mundo, incluso las masas proletarias, se vuelven anhelantes para descubrir de dónde puede venir un gobierno efectivo que ponga algo de orden y restituya el principio de autoridad. En esas condiciones, si sale un sujeto audaz, más o menos Napoleón o Mussolini, ofreciendo la dictadura, todos lo reciben con los brazos abiertos. Es la eterna reacción dictatorial que sigue y seguirá

siempre a todos los períodos anárquicos, porque el instinto popular en seguida toca los grandes males de la anarquía y sabe que cualquier cosa es preferible a ella. En tan apremiantes y relajadas condiciones, ese alguien que llega no puede ser otro que un dictador”.

Dentro del régimen “parlamentario” no hay defensas orgánicas contra tal eventualidad. Inglaterra se ha visto libre de ella hasta hoy por el casual predominio de los sólo partidos y por el artificioso e injusto sistema uninominal de elecciones por distritos chicos, que violenta el sentido del sufragio hasta el punto de que, en la última elección, los conservadores, con 7.141.000 votos obtuvieron 415 bancas, mientras los laboristas, con 5.517.000 sólo obtuvieron 152, y los liberales, con 3.131.000 votos quedaron en 41 representantes. Es una injusticia inadmisibles la de un sistema electoral en el que se requieren 76.000 votos para elegir un diputado liberal, 36.000 para elegir un laborista y sólo 17.000 para elegir un conservador.

A pesar de la falsedad de tal sistema no queda eliminada la contingencia de que el equilibrio de las tres u otras fuerzas se produzca de modo que la situación haga imposible para Inglaterra, como para cualquier otro país “parlamentario”, el gobierno en años venideros, y también allí se llegue al triste espectáculo de los efímeros gabinetes a lo Facta, y surja una revolución dictatorial. Ahora mismo, mientras escribo estas líneas, se encuentra Bélgica sin gobierno constitucional, pues el señor Vandervelde lleva por esas causas dos semanas sin poder constituir gabinete. ¿Y qué porvenir les espera a los gabinetes franceses?

Ésa enfermedad latente, propia del régimen “parlamentario”, en que el ejecutivo está supeditado al congreso, la vemos en todos los países que la han adoptado, como los citados y Alemania y Chile, república ésta donde la forma “parlamentaria” ha hecho crisis de la manera conocida.

Otro paliativo, bastante chusco, para mantener la monarquía, es el adoptado en España desde la Regencia. Consiste en imitar el sistema inglés... sin dejar que el pueblo elija nunca sus diputados, pues de intento se estableció la constante fraudulencia electoral para asegurar la predominancia permanente de

la corona. La actual dictadura española no es sinó la forma abierta de aquella dictadura disimulada cuyo profundo desprestigio la hizo ya insostenible. Es curioso considerar que los hombres políticos, instrumentos serviles de aquel régimen, en realidad absolutista, hasta después de caídos han resultado siendo sus paragolpes; pues el desprestigio moral, el desprecio y antipatía general ha descargado sobre dichos políticos, dejando bastante indemne a la corona que se ha servido de ellos tantos años para mixtificar al pueblo.

### El régimen presidencialista

Las naciones, como los Estados Unidos, la Argentina y otras naciones americanas, que comenzaron su vida independiente bajo la forma republicana, al no verse en el caso de pactar transacciones con monarquías preexistentes, adoptaron una forma diferente de nombrar el poder ejecutivo, por simple consecuencia con el sistema democrático. Establecieron la elección popular y separada del congreso y del presidente de la república, con lo cual quedaron automáticamente descartados los inconvenientes y componendas y peligros del sistema "parlamentario".

El presidente elegido por el pueblo tiene asegurada la duración de un período prefijado para el mando, y ningún conflicto puede presentarse entre ambos poderes que motive la cesación inesperada de ninguno de ellos. Salvo casos delictuosos, ni el parlamento puede destituir al presidente ni el presidente puede disolver el congreso, ni la voluntad de ambos puede afectar al poder judicial, compuesto de magistrados inamovibles. Las facultades independientes de cada rama del gobierno están sustancialmente bien determinadas. Por eso en las repúblicas de sistema lógico y coherente con su esencia, las repúblicas "presidencialistas", ningún conato de crisis dictatorial se ha presentado ni puede presentarse, refiriéndome, bien entendido, a las que, mediante el voto secreto, han alcanzado ya la efectividad del sufragio.

Pero es un ejemplo singular del influjo de la inercia en el pensamiento, que algunos países republicanos, como Chile, por rutina y por prurito de imitar a los "más adelantados" (aun en

los detalles en que son "más atrasados") han copiado el viejo y anacrónico sistema inglés, aunque es indudable que, por no ser monarquías, ninguna necesidad tenían de él. La república francesa ha ido igualmente por la senda de fabricarse un seudomonarca, con el nombre de presidente de la república, elegido por el congreso, para encontrarse en el juego de los cambios de gabinete, votos de confianza y demás zarandajas y zancadillas del régimen "parlamentario", bien que los constituyentes franceses, como los de la república alemana tendrían la excusa de que si allí no hubo que transar con una monarquía subsistente, hubo de cederse a la presión de intereses creados por la tradición monárquica.

¿Pero qué excusa, sino la ignorancia, pudieron tener los chilenos para caer en tal aberración? ¿O qué otra excusa podrían tener los que en la Argentina incurren en el garrafal error de proponernos, ¡como un progreso!, tan absurdo sistema?

Nuestro sistema — lo he dicho antes de ahora — es al respecto el mejor del mundo, pues supera por la mejor comprensión del papel de los ministros y por otros detalles al sistema "presidencialista" norteamericano que le dió origen. El talento y persistente estudio de Alberdi, autor de nuestra constitución, nos ha dado ese beneficio y esa gloria.

La superioridad del sistema argentino sobre el de su país, ha sido recientemente reconocida por el ex-secretario de estado norteamericano Mr. Hughes, quien ha dicho en un discurso que "es necesario que los miembros del gabinete participen en los debates parlamentarios y que el período presidencial debiera aumentarse de cuatro a seis años, con una cláusula estableciendo la inelegibilidad en dos períodos consecutivos.

"Comparando los métodos británico y norteamericano de gobierno, Mr. Hughes declara que en los Estados Unidos existe mayor estabilidad y que el país es demasiado grande para permitir la disolución del parlamento para efectuar nuevas elecciones generales, y que tampoco es admisible la caída del gobierno por votos adversos de las cámaras legislativas. Propone, en resumen, un sistema análogo al que existe en la Argentina, tanto en lo que se refiere a las relaciones entre el gabinete y las cá-

maras como en lo que a la duración del período presidencial concierne". (Telegrama en *La Nación*, octubre 19 de 1924).

El problema institucional que nos ocupa no puede tener solución en las monarquías constitucionales. Si no se admite la monarquía absoluta (imposible ya para un país moderno) hay que llegar hasta la república de forma "presidencialista" para hallar la solución definitiva.

Esta es la conclusión presentada por mí en el artículo mencionado, habiéndola repetido en una conferencia dada el 27' de octubre del mismo año 1923 en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata y sucintamente en una reciente conferencia publicada en el periódico *Verdad*, de Buenos Aires. (24 de marzo de 1925).

Esa es también la conclusión, por las mismas razones, a que llega en su libro el señor Cambó.

"En todos los países que estuvieron regidos por monarquías absolutas — dice — cuya derrota dió lugar al nacimiento del régimen "parlamentario", el parlamento goza de una amplitud de facultades que no tiene en los países de ascendencia republicana: en éstos el parlamento no es fruto de una capitulación sino hijo de la concordia: ya originariamente, ya al establecerse el régimen constitucional; tanto el poder ejecutivo como el poder parlamentario tienen origen en la voluntad popular y, emanados los dos del mismo poder soberano, han tenido, cada uno de ellos, en la herencia paterna, la parte que a cada uno le corresponde". (pág. 190).

"... la limitación que una explicable desconfianza puso en todos los poderes reales, la sumisión, el control de los poderes reales por el poder parlamentario, ha continuado, en los países monárquicos, pesando sobre el poder ejecutivo, encarnación aún del poder real... o del poder moderador con que se ha investido al presidente de la república en los países de tradición monárquica.

"Es esta sumisión constante del poder ejecutivo la que ha producido la crisis de autoridad y los eclipses de poder en las democracias latinas. Ha sido por esa hipertrofia de funciones... que los parlamentos, investidos de funciones superiores a las que pueden normalmente ejercer, a lo que cuadra y se armoniza

con su estructura de asamblea deliberante, han venido a parar en la ineficacia y el descrédito: que el fracaso de una institución tanto puede venir de la falta de facultades como del exceso de ellas; de la congestión como de la anemia." (Ob. cit., p. 191).

Sigue el Sr. Cambó con varias páginas en las que expone su opinión sobre la vastedad de funciones que incumben a un gobierno contemporáneo (opiniones que son falsas como varias otras de las suyas pero, episódicas en el tema, no creo este lugar adecuado para analizarlas) y, más adelante dice, otra vez con acierto, refiriéndose a los gobiernos cuya vida depende del parlamento:

"El gobierno que tiene como tal una existencia precaria, que tiene en constante peligro la vida ministerial, cuida principalmente de atender o resolver los problemas más urgentes — y los problemas de más fácil solución, de menos estudio y menos responsabilidad — que son, casi siempre, los problemas pequeños. Los otros, los más importantes, los difíciles, los que requieren gran estudio o pueden acarrear grandes disgustos, porque su resolución implica contrariar potentes intereses o fuertes corrientes de opinión, esos se aplazan para cuando se tenga un momento de calma, de reposo, que no llega nunca... o se dejan sencillamente para que cargue con ellos el sucesor.

*"El tener la vida constantemente en peligro hace que los gobiernos hayan de pensar constantemente en conservarla, y conservar la vida — a merced de todos los intereses, de todas las pasiones y de todas las codicias que tienen representación en el parlamento — hace que los gobernantes, en el ejercicio de sus funciones de gobierno, frente a un problema cualquiera — aun del pleito más modesto, del expediente más insignificante — no hayan de pensar tan sólo en lo que es justo y lo que no es justo, en lo que más conviene al interés público, sino en el efecto que su resolución ha de producir en cada uno de los factores que tienen voz y voto en el parlamento. Esta preocupación demora, casi siempre, las resoluciones ministeriales; con frecuencia las aplaza indefinidamente; más de una vez las tuerce" ((p. 208).*

*"Yo considero que el sistema más perfecto de organización y funcionamiento de los poderes del estado se encuentra en las grandes democracias americanas: en los Estados Unidos y en las*

*otras repúblicas que de aquéllos han copiado, y algunas perfeccionado, el régimen presidencialista.*

“El presidente es elegido, por todo el pueblo, para un determinado número de años. Este presidente concentra en sí todas las funciones del poder ejecutivo. Él es todo el gobierno, que ejerce por medio de secretarios que nombra y destituye a su arbitrio, como los antiguos reyes absolutos.

“Al lado del poder ejecutivo — formidable, encarnado y concentrado en un hombre — un parlamento, con funciones puramente legislativas, que se renueva parcialmente, que no cesa nunca, que encarna la tradición y que por medio de sus renovaciones parciales se acomoda suavemente a los cambios de opinión que en el país puedan producirse.

“Entre el poder ejecutivo y el legislativo no puede haber conflictos, porque cada uno tiene un campo de acción bien marcado y bien distinto. Ni el presidente puede disolver el parlamento ni el parlamento puede provocar una crisis del poder ejecutivo. Uno y otro poder han sido nombrados por el pueblo, su mandato tiene un plazo, y mientras dure este plazo el mandato es irrevocable.

“El presidente sanciona y promulga las leyes. Si alguna de las que presenta el parlamento no le satisface, si la estima contraria al interés público, le niega el *placet* y la devuelve. Si el parlamento insiste y la ley reúne los dos tercios de los votos, el presidente debe someterse.

“Este es el sistema presidencialista americano, surgido natural y espontáneamente en países en que la constitución no ha sido un tratado de paz entre el pueblo vencedor y el soberano vencido.

“En algunos países — la Argentina, por ejemplo — se ha llevado al sistema una modificación que yo estimo muy acertada. Se ha prohibido la inmediata reelección del presidente, con lo que se quita a éste, revestido de tan formidables facultades, la tentación de emplear el inmenso depósito de confianza y poder que el pueblo ha puesto en sus manos, en el interés parcial y bastardo de la reelección”. (p. 214 y sig.).

“El sistema presidencialista que patrocino ha sufrido últimamente dos grandes pruebas: el vendaval de la revolución que

ha pasado por todos los continentes y la transformación que en la extensión y ritmo de las funciones del estado ha provocado la guerra; y de ambas pruebas las democracias americanas *de régimen presidencialista* han salido victoriosas: ni han sufrido la revolución, ni se ha dejado sentir en ellas la inadaptación del órgano a la función, que ha provocado las crisis constitucionales en los países de régimen parlamentario.

“El régimen presidencialista armoniza admirablemente la democracia con el poder, es un seguro contra la revolución y contra la dictadura”. (p. 216).

“El estado es una empresa en que todos los ciudadanos son accionistas, y la organización que la iniciativa privada ha dado a las grandes empresas comerciales es la organización que debe darse a la gran empresa que es el estado de nuestros días: la autoridad suprema radica en el pueblo, accionista del estado; en uso de esta autoridad, autoridad que nombra directamente o por delegados a los que hayan de asumir por un tiempo la gerencia, con toda la libertad y toda la autoridad necesaria para una buena gestión. Y si una vez se equivoca en la elección, que padezca por algún tiempo las consecuencias, pues es conveniente que el pueblo aprenda que al votar contrae una responsabilidad; vale mil veces más correr el peligro de padecer una temporada la gestión de un mal director que tener un régimen que impida toda la posibilidad de tener uno bueno”. (p. 213).

Estas ideas ya las enunció el Sr. Cambó a su paso por nuestro país, pues dijo en un reportaje que “en América existe un sistema político que Europa tendrá que imitar si no quiere perecer. Y vea Vd. cómo, habiendo aprendido la política americana de la europea, ahora al cabo del tiempo, van a tener aquellos pueblos que aprender de éstos su política, que es la razonable, la moderna, la justa, la necesaria, dado el progreso de la humanidad y el estado de la vida en estos momentos de la historia”. (Diario *Critica*, junio 23 de 1924).

Por su parte, el político francés M. de Monzie, hablando del libro de Cambó y repitiendo aprobatoriamente sus conclusiones, dice refiriéndose a la constitución francesa: “Por lo que respecta a nosotros, vamos a festejar nuestra constitución en lugar de revisarla. Pero la reforma está a veces próxima al jubileo. Bas-

tará un poco de carácter y otro poco de imaginación". (*La Nación*, abril 9 de 1925).

La naturaleza intrínsecamente monárquica del régimen "parlamentario" hace que los defensores incondicionales de la monarquía rechacen, por incompatible con ella, el sistema presidencialista y comprenden que el híbrido mecanismo monárquico-constitucional sólo puede funcionar forzando a la opinión para que, de cualquier modo, se concentre en dos partidos.

"Respecto a la actual situación política española, creo que se debe mantener silencio, dejando que se desenvuelvan las iniciativas de los actuales gobernantes.

"Considero que el régimen presidencialista de que hablan algunos es un absurdo incompatible con la monarquía democrática constitucional". (Declaraciones del Sr. Villanueva, ex presidente del Congreso español, *La Prensa*, febrero 21 de 1925).

"Opino que dentro del régimen monárquico constitucional, sólo tienen razón de ser dos partidos: uno el conservador, que debe ser la genuina representación de las clases pacíficas, amigas del orden y de las instituciones, por cuya defensa debe luchar en todo momento, y el partido radical-social, esbozado por los pueblos cultos y bien organizados de Europa". (Declaraciones del ex ministro conservador Sr. Bergamín. *La Prensa*, enero 18 de 1925).

### El caso de Chile

Por lo que respecta a la crisis institucional chilena, ya englobado en las consideraciones generales precedentes, bien claro es que ella procede del error de haber adoptado en aquella república el sistema "parlamentario", y así lo manifiestan hombres y partidos de distintas tendencias.

A continuación inmediata de la caída del presidente Alessandri, el secretario de Estado Sr. Alcibiades Roldán, decía:

"Es incuestionable que nuestro sistema parlamentario ha venido degenerando sensiblemente en los últimos tiempos, y nadie puede desconocer el hecho de que las cámaras han tomado desde hace años considerable intervención en la administración pública.

"Esta intervención, ejercida por algunos miembros de las

cámaras como si importara el ejercicio de un derecho, ha introducido una serie de vicios, lo que, llamado espíritu de politiquería, ha relajado la disciplina, producido la desmoralización y sacrificado con frecuencia su verdadero mérito. La responsabilidad, que es verdaderamente ilimitada en los sistemas parlamentarios, no ha podido menos que quedar anulada.

“Estos y otros males fueron denunciados con frecuencia, pero no se adoptó ninguna medida para hacerlos cesar. Desde más de treinta años no se ha llevado a cabo ninguna de las reformas fundamentales que ha reclamado con insistencia la opinión para dar al ejecutivo la debida independencia, a fin de que su acción sea eficaz”. (En *La Nación*, setiembre 14 de 1924).

El Partido Radical de Chile dió a publicidad pocos días después un manifiesto en el que decía que “el sistema parlamentario y la corrupción electoral han hecho surgir en Chile males tan graves que, la disolución del Congreso, aunque violatoria de la ley, ha puesto fin a un régimen funesto y preparado el terreno para la implantación de un sistema mejor”. (*La Nación*, setiembre 27 de 1924).

Además de eso, un hombre de estado, cuyo nombre no cita, manifestó al Sr. Gerchunoff, corresponsal de *La Nación*, las opiniones siguientes:

“La Constitución de 1833 establece el ejecutivo representativo, como lo prueba la primera etapa de su aplicación. La reforma que dictará la Constituyente deberá ser un retorno a las prácticas primitivas, que excluya de la labor del gobierno la eterna preocupación del parlamento hostigador y entorpecedor que no gobierna, no administra, no resuelve los problemas públicos y no deja gobernar, administrar ni resolver esos problemas a los poderes capacitados para ello... La Constituyente tendrá que limitar su acción a reformas muy precisas y muy urgentes, que señalan los vicios o las ausencias de la constitución caducada. Esto es, tendrá que resolver la perpetua crisis en que hemos vivido y que nació del parlamentarismo omnimodo frente al ejecutivo indefenso. La solución más oportuna sería fortalecer al ejecutivo, suprimir la facultad de las cámaras de imponerse por medio del gabinete, que derriba y que determina a su capricho”. (Correspondencia en *La Nación*, abril 4 de 1925).

A su vez el presidente Alessandri, retornando a su patria, expresaba:

“Es necesario, es absolutamente necesario realizar la revisión de la Constitución de Chile. El parlamento de mi país es todopoderoso. Electos los representantes de la nación, instaladas las cámaras, nadie puede pedirles cuentas de sus acciones, y ellos pueden anular todos los designios del poder ejecutivo, neutralizar sus tendencias políticas y dar el rumbo que mejor les parezca a los negocios públicos y a la administración. Yo me manifesté siempre con lealtad y franqueza contra tal sistema e hice conocer mi modo de pensar en relación a esa incomprensible y ruinosa supremacía del parlamento en la vida política de la nación. Aconsejé y pugué francamente la reforma constitucional para acabar con ese estado de cosas, fuente de las mayores dificultades en la vida pública del país, porque entiendo que el régimen “parlamentario” no conviene, como régimen de gobierno... Chile necesita el sistema representativo presidencial que tenemos de modelo en Estados Unidos...” (Telegrama en *La Prensa*, marzo 13 de 1925).

Son estas verdades palmarias que al fin han debido hacerse apremiantes ante la presión de los hechos. Basta considerar si es posible el gobierno ordenado de un país bajo un sistema que ha motivado 136 cambios de ministro del Interior desde 1837, tocando en promedio 7 meses y 20 días de administración a cada uno de ellos.

### **Partidarios argentinos del régimen “parlamentario”**

Por una curiosa aberración, tenemos en nuestro país republicano partidarios del régimen “parlamentario”, aun cuando ya hemos salvado esa etapa inicial de las componendas entre los principios contradictorios de la monarquía y la república, de las que aun nos queda, entre otras, la supervivencia del senado.

Entiendo que el más autorizado de ellos es el Dr. José Nicolás Matienzo, antiguo profesor de derecho constitucional, ex senador y ex ministro, quien trató la cuestión en un debate del senado provincial de Buenos Aires, en 1896, publicándolo des-

pués en un folleto titulado: *Gobierno personal y gobierno parlamentario*. (La Plata, 1896).

El más notorio actualmente de dichos partidarios es el Partido Socialista, que ha tenido siempre esa aspiración en sus programas, ratificándola en su Programa mínimo, recientemente reconsiderado en su 5º congreso extraordinario realizado en la ciudad de Córdoba, en enero de 1925.

La opinión del Dr. Matienzo se funda en las de varios autores europeos que cita, atribuyéndoles tan decisivo valor que, para él, es un punto que los constitucionalistas tienen *perfectamente estudiado* el de que no conviene que la cámara nombre directamente a los ministros, pero sí conviene que la cámara indirectamente *haga establecer el ministerio que corresponda a la opinión pública*". (p. 24).

Se refiere con ello a que las cámaras tengan facultades para autorizar o no el nombramiento de los ministros que les proponga el poder ejecutivo y a exigir a su arbitrio diimisiones ministeriales.

Desgraciadamente para la tesis del Dr. Matienzo, encuentro que *todos* los autores que cita en apoyo de ese régimen parlamentario lo tratan en relación expresa con la monarquía constitucional. Piensan en la monarquía y no en la república, y eso me hace suponer que quizá el Dr. Matienzo mismo ha sufrido largos años el *quid pro quo* de referirse en sus razonamientos a la república... y tener subconscientemente en vista el régimen monárquico-constitucional.

Así vemos que cita del historiador inglés Hearn que "mientras en tiempos anteriores el único remedio contra el mal gobierno, real o supuesto, era un cambio de dinastía, el mal se corrige ahora a un costo no mayor que el de una crisis ministerial. Mientras en tiempos anteriores se soportaban graves males porque el remedio era peor que la enfermedad, los inconvenientes triviales excitan ahora quejas universales y encuentran pronto remedio. Mientras los antiguos ministros se adherían al puesto con la tenacidad de la desesperación y los estadistas rivales se perseguían recíprocamente hasta la muerte, el jefe del ministerio derrotado se retira ahora con el propósito razonable de asegurar con cuidado y habilidad un regreso triunfal; y tanto él como sus suce

sores no se guardan mutuamente otros sentimientos que aquellos a que puede dar margen una emulación honorable". (p. 48).

Los males que el autor inglés señala en las antiguas instituciones de su país están más natural y elegantemente solucionados en nuestro sistema republicano de gobierno, mediante la renovación periódica del ejecutivo por elección popular, sin los inconvenientes del juego constante de la intriga para tumbar gabinetes, que hacen casi imposible toda acción continua de administración y buen gobierno. Sus argumentos no incumben, pues, a la verdadera forma republicana, y si sólo a la monarquía constitucional donde, efectivamente, pero sólo en ella, desempeñan esos ministerios la función subrayada por el Dr. Matienzo, de "pararrayos en que deben descargar todas las tormentas políticas para salvar en lo posible al jefe del ejecutivo".

No parece haberse percatado el Dr. Matienzo de que sólo un monarca constitucional necesita ese género de pararrayos, pues, como dice Chateaubriand en *La Monarchie selon la charte*, "El rey, en la monarquía representativa, es una divinidad intangible inviolable y sagrada; es además infalible, pues, si hay error, ese error es del ministro y no del rey. Así se puede examinarlo todo, sin herir la majestad real, pues todo proviene de un ministerio responsable".

Otro autor citado por Matienzo es Prevost Paradol, también monárquico, que murió siendo embajador de Napoleón III, aun cuando antes tuviera propensiones más democráticas que las de sus últimos días.

La cita de Matienzo proviene de *La France Nouvelle*, libro que, según él, tuvo mucha boga por los años de 1870, y transcribe que "es burlarse de la credulidad de los pueblos pretender que se les deja dueños de su suerte porque se les permite conservar asambleas deliberantes, si estas asambleas no poseen, con el derecho de renovar sus ministerios, el *único* medio eficaz de acción y de fiscalización que los hombres hayan probado hasta ahora para impedir que se disponga arbitraria y ciegamente de sus intereses más caros"... "...si el mismo partido representado por los mismos hombres se mantiene demasiado tiempo en el poder, los inconvenientes graves son la consecuencia de esta lentitud en el juego del mecanismo constitucional: el primero es agriar

y envenenar el partido y los hombres así apartados del poder, hasta el punto de hacerles perder de vista el bien público y empujarlos a veces a resoluciones extremas; el segundo inconveniente es quitar al gobierno ministerial una de sus principales ventajas, que es traer por la caída oportuna de los gabinetes un refrescamiento saludable de esos inevitables agravios que el ejercicio más sabio y más moderado del poder produce siempre entre los hombres. *El gobierno personal no tiene ningún medio de escapar al peso siempre creciente de esos agravios acumulados sobre una cabeza y debe tarde o temprano sucumbir bajo él: el gobierno ministerial ofrece, al contrario, por la caída de los gabinetes, una satisfacción casi periódica a estos descontentos inevitables, y a un mismo tiempo aplaca los sentimientos y despierta las esperanzas*". (p. 46).

Efectivamente, eso sucede en el caso de *un rey, inamovible*, que no tendría ningún otro medio de variar su política sino por medio de los cambios de gabinete. Pero en una república *el pueblo* puede variar la suya cuantas veces quiera, mediante la renovación, no "casi periódica" sino "efectivamente periódica" del poder ejecutivo, lo mismo que del legislativo.

La dificultad de acomodar la teoría expuesta al sistema republicano, en el que no tiene lógica ubicación, aunque incurra en darla por supuesta, es sentida por el mismo autor en otra parte no citada de su libro:

"Una buena ley sobre la responsabilidad presidencial [ante el parlamento] es pues la más urgente y la más indispensable de las instituciones de una república naciente; pero esta ley *es difícil y delicada de hacer*, puesto que ella debe distinguir cuidadosa y sobre todo explícitamente entre el género particular de responsabilidad que incumbe al presidente y la responsabilidad general y más eficaz que debe quedar al ministerio.

"En cambio, *nada más simple* que la responsabilidad ministerial bajo la monarquía constitucional, de la que ella *es el principal resorte*". (*La France Nouvelle*, p. 107. París, 1868).

Se ve claramente, pues, sin más comentarios, el ningún valor que tienen para el caso republicano las opiniones de los autores europeos, citados por el Dr. Matienzo en favor de su tesis. En cambio es muy poderosa en contra, y no la rebate, la que

transcribe del Dr. Montes de Oca, presentada en la Convención reformadora de la Constitución de la provincia de Buenos Aires.

“El nombramiento [de los ministros subordinado al senado] ataca indudablemente la independencia del poder ejecutivo, puesto que el jefe del P. E. viene a quedar completamente dependiente de una de las ramas del cuerpo legislativo, del senado. Evidentemente muy bien pudiera suceder que no estando de acuerdo esta rama del cuerpo legislativo con la marcha del gobernador de la provincia, no quisiera prestar su acuerdo para el nombramiento de ninguna de las personas que sucesivamente fuera proponiendo, y de otra manera tendría en sus manos el medio de hacer bajar de su puesto al alto funcionario que habría sido elegido por el pueblo, y no por esa rama del cuerpo legislativo”. (p. 41).

El razonamiento de Montes de Oca no es meramente hipotético, sino que hoy preséntase en nuestro país un caso práctico. El gobernador electo de la provincia de Córdoba, Dr. Cárcano, se encuentra con una cámara electa en la que (por las aberraciones aritméticas de la elección por “lista incompleta”) tendrá a su frente una compacta mayoría opositora formada por los dos tercios de los diputados. ¿Cómo sería posible, en el “régimen parlamentario” que pudiera el gobernador formar ministerio y desenvolver su imprescindible oficio administrativo?

Las razones del Partido Socialista — a su vez — en favor del sistema “parlamentario”, no llegan ni siquiera a formularse. Parece que en dicho partido la cuestión se ha tomado en carácter de dogma o axioma que ni siquiera admitiese discusión. Sus programas han consignado invariablemente como aspiración progresista (!) el régimen “parlamentario” de gobierno; y cuando recientemente, con ocasión de la revisión general del Programa mínimo, se trató del asunto, las únicas “razones” aducidas por el miembro informante, Dr. Bravo (sin oposición alguna, dicho sea de paso), fueron las siguientes:

“Las atribuciones que la Constitución actual confiere al presidente de la República son excesivas. Tiene para la sanción de las leyes tantas facultades como el congreso, al poder vetarlas, y necesitanse dos tercios de votos para la validez de la insistencia.

“El congreso debe tener más facultades, para elegir al pre-

sidente de la nación. Los ministros deben ser responsables ante el congreso, para terminar con esos secretarios de estado inmovibles cuando cuentan con la confianza del presidente de la república". (Reseña de *La Vanguardia*, enero 7 de 1925).

Con tan dogmáticas e inexactas afirmaciones, y sin discusión alguna, como he dicho, y sin que nada les dijera a los señores delegados socialistas el contemporáneo hervor de graves hechos relacionados con la cuestión, se aprobaron los puntos pertinentes del Programa mínimo, que quedaron en la siguiente forma:

"Sección J. — 1º *Elección del presidente de la república por el congreso nacional*. Supresión del derecho de veto por el poder ejecutivo.

2º *Remoción de los ministros y del ministerio por el voto de la cámara de diputados*".

Además, correlativamente, (pues el caso es análogo) consignaron el siguiente artículo:

"15 Municipalidades electivas y autonómicas. *Intendentes elegidos por los concejos*".

Las aseveraciones del Dr. Bravo sólo se apoyan en una razón... que es una falsedad.

No es verdad, en efecto, que para la sanción de las leyes confiera la Constitución al presidente de la República tantas facultades como al Congreso, aun cuando tenga la de vetarlas (que, por lo demás, yo no apruebo); pues si el congreso puede no obstante imponérselas por dos tercios de votos, quiere decirse que en todo caso las facultades del congreso al respecto son muy superiores a las del presidente, por cuanto son decisivas.

No deja de ser sorprendente tanta ligereza para tratar asuntos que son fundamentales para la paz y el orden de las naciones.

### La cuestión de las dictaduras, según dos profesores de Derecho político

En nuestro país han tratado el tema de las dictaduras contemporáneas, entre muchos otros, dos autores prestigiosos, representantes de la ideología, no del nuevo sino del viejo liberalismo.

El Sr. Victor M. Orlando, ex jefe del gobierno italiano, se

ocupó del asunto en una conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Económicas del Rosario, el 23 de setiembre de 1924, conferencia cuyo título mismo ya es sofisticado, por presentar como antítesis o miembros de una categoría dos conceptos heterogéneos.

Tituló a su conferencia: *Parlamentarismo europeo y Federalismo americano*. La cosa equivale, en cuanto a su lógica, a comparar las naranjas paraguayas con los cañones prusianos. Si hubiera dicho "Parlamentarismo europeo y *presidencialismo* americano" o "*Unitarismo* europeo y federalismo americano", el parangón sería lógicamente lícito; pero en la forma expresada es sencillamente un embrollo, que me permito suponer intencional, para no verse el autor, político monárquico, llevado por su tema a la obligación de poner en tela de juicio la institución monárquica.

Planteando desde el prólogo su tesis confusionista, dijo que ante la crisis del Estado moderno, expondría "el modo cómo esta crisis obra sobre las dos formas esenciales del Estado moderno, o sea, la *unitaria parlamentaria* y la *federal presidencial*". (*La Capital*, Rosario, setiembre 24 de 1924).

La absurda clasificación (dado que cabe muy bien la existencia de un Estado unitario-presidencialista como igualmente la de uno federal-parlamentario, de lo que hay ejemplos en América y Europa), le permitió hacer una serie de volatines dialécticos y, con el trampolín que se fabricó desde el comienzo, saltar el obstáculo que sería tener que analizar la índole esencial del sistema "parlamentario" y, por lo tanto, discutir los fundamentos de la monarquía constitucional.

Pudo así salir del paso con medias verdades, encomiando superficialmente la división de los tres poderes, echándole la culpa de lo acontecido en Italia al voto proporcional (que no ha hecho sino precipitar la bancarrota del sistema "parlamentario") y constatando, de todos modos, que "ello conduce a la escisión de la cámara en numerosos grupos, por cuyo motivo el gabinete no puede obtener de ella el apoyo decisivo y por mayoría absoluta que necesita para desenvolver su acción. Tal circunstancia hace que los ministros, lejos de responder a la verdadera cabeza del gobierno, que es el jefe del gabinete, respondan, en cambio,

a los grupos parlamentarios afines. He aquí la causa de la crisis gravísima por la cual está pasando Europa”.

Hubiera dicho mejor que es preferible un sistema en el que el jefe del gobierno no necesite indispensablemente para subsistir y gobernar, el apoyo de la mayoría del congreso; pero si es cosa fuerte para un político monárquico tenerse que declarar republicano, le queda por lo menos el recurso de no hacer cátedra sobre cuestiones resbaladizas. Merece en cambio un aplauso el Sr. Cambó, quien en el último párrafo de su libro, insinuó, por lo menos, esa declaración.

Como quiera que sea, concluyó el Sr. Orlando diciendo que en América, “la división entre los tres poderes — legislativo, ejecutivo y judicial — es una admirable realidad, pues dentro de la Constitución nacional pueden vivir en una perfecta armonía” y que “en la práctica resulta una admirable conquista humana, de la cual deben felicitarse los estados federales (!) americanos, que *gracias a ella se ven libres de las graves perturbaciones que están minando a los estados unitarios (!!)* europeos”. ... como si no estuviera también en crisis la Alemania *federal*... y parlamentaria!

El segundo de los profesores a que me refería es el Dr. Rodolfo Rivarola, quien con ecuánime y honesta imparcialidad hizo en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* una concienzuda exposición de los hechos y circunstancias que rodearon a *Las dictaduras de Italia, España y Chile*. (Octubre 12 de 1924).

Descgraciadamente no arroja ninguna luz en la explicación y remedio de los fenómenos tratados. Teme el peligro de que en nuestro país (peligro ilusorio) como en cualquier otro, pueda llegarse a la crisis del sistema representativo, adhiriéndose a la opinión de Montesquieu sobre *la virtud*, como principio esencial de la democracia, y a la de Azcárate, quien “defendía el sistema representativo y condenaba la corrupción, concluyendo en síntesis que sus únicos remedios eran la mayor moralidad pública y la más rigurosa sinceridad de los políticos”; tesis que, según el Dr. Rivarola, “cuenta con la unanimidad de quienes la leyeron: y luego vieron y observaron”.

“En síntesis final — concluye el Dr. Rivarola — cuantos deseamos y confiamos en el triunfo de la forma representativa

de gobierno, debemos reconocer que ella es y será siempre vana ilusión si no se comienza por colocarla sobre cimientos de sólida moralidad política y que ésta no se ha alcanzado ni se alcanzará jamás con las vanas declamaciones electorales sino con el ejemplo desde arriba, al cual debe agregarse todavía el esfuerzo colectivo de cuantos hablamos y escribimos sobre estos asuntos sin las sugerencias del interés personal, en la prensa, en la tribuna, en la cátedra, en la conversación privada y en cualquier acto político al cual seamos llamados a desempeñar una función, aunque sólo la de votante electoral”.

Como se notará, el Sr. Azcárate y el Sr. Rivarola dejaron de advertir que si las cuestiones políticas y sociales en general se arreglaran con recomendaciones morales, de una moral que haya de venir “de adentro” de los individuos, hace muchos años que no habría tales cuestiones pendientes, pues los curas de cada aldea las arreglan desde sus púlpitos todos los domingos; y si hubiera de esperarse la solución del cumplimiento práctico general de esos consejos, de esa moral de interna abnegación, es indudable que no se arreglarían nunca, pues hace veinte siglos que el cristianismo nos machaca con el mismo sermón, y los hombres — políticos y no políticos — seguimos tan “réprobos” como en tiempos de Tuthankamón.

Pero estas no son cuestiones evangélicas; son cuestiones científicas que como tales han de tratarse si se quieren comprender y resolver. En esta forma, la moralidad pública nos será dada por añadidura.

Basta recordar todas las admoniciones y lamentos a que daba lugar la inmoralidad electoral arraigada en nuestro pueblo, inmoralidad que se consideraba congénita al mismo y a la “raza latina” en general, o bien como una ineptitud que sólo larga evolución y educación política moralizadora podría remediar, aproximando nuestras prácticas electorales a las de la “raza sajona”.

Se comprende el venero inagotable de sermones que tal situación y posición “doctrinaria” significaban. Pero bastó que el presidente Sáenz Peña y su ministro Gómez establecieran el sistema del voto secreto para que concluyeran como por ensalmo la venalidad y demás fermentados vicios electorales, quedando sólo formas indirectas que, natural y rápidamente van desvane-

ciéndose. La moralidad vino al individuo "desde afuera", por un recurso de base puramente científica.

Si, como yo decía en mi artículo de *El Liberal Georgista* hace dos años, los italianos echaran a su rey (aunque sea una buena persona), y copiaran las constituciones "presidencialistas" americanas, quedaría para ellos tan eternamente eliminado el peligro de las crisis dictatoriales, como la ley de Sáenz Peña ha eliminado para siempre y de raíz la corrupción electoral entre nosotros.

Porque, en fin, si fuéramos a esperar en la santidad espontánea de los gobernantes y gobernados, estarían de más los primeros y todas las constituciones, leyes y códigos. La beatitud angelical reinaría por doquier... con gran satisfacción de sus candorosos creyentes, los anarquistas.

### La esterilidad del fascismo

Muchos creyeron — entre ellos los mismos fascistas — que la revuelta mussoliniana implicaba o traería una nueva concepción a la ciencia política, un nuevo sistema para gobernar los pueblos, en substitución de la "caduca democracia", del "difunto liberalismo".

Las palabras del "duce" eran categóricas:

"Non è detto che il liberalismo, metodo di governo, buono per il secolo XIX, per un secolo, cioè, dominato da due fenomeni essenziali come lo sviluppo del capitalismo e l'affermarsi del sentimento di nazionalità, debba necessariamente essere adatto al secolo XX, che si annuncia già con caratteri assai diversi da quelli che individuarono il secolo precedente. Il fatto vale più del libro; l'esperienza più della dottrina. Ora le più grandi esperienze del dopo-guerra, quelle che sono in istato di movimento sotto i nostri occhi, *segnano la sconfitta del liberalismo*. In Russia e in Italia (¡y en Ninive y en Menfis!) si è dimostrato che si può governare al difuori, al disopra e contro tutta la ideologia liberale. Il comunismo ed il fascismo sono al di fuori del liberalismo". (¡Seguramente!).

"La verità palese oramai agli occhi di chiunque non li abbia

bendati dal dogmatismo, è che gli uomini sono forse stanchi di libertà.

“Si sappia dunque, una volta per tutte, che il fascismo non conosce idoli (fuera de Mussolini) non adora feticci: è già passato e, se sarà necessario, tornerà ancora tranquillamente a passare sul corpo più o meno descomposto della Dea Libertà”. (Revista *Gerarchia*, Milán, marzo de 1923).

Bien, pero, fuera de la dictadura, que es muy viejo y el más intrínsecamente efímero de los sistemas de gobierno, pues no puede prolongarse más allá de la vida del dictador, ¿qué nos ha traído el fascismo? ¿qué ha inventado para reemplazar a lo conocido?

Mussolini restableció a cualquier precio la autoridad y el orden perturbado por los desmanes y desorientación del comunismo y sus afines. Desde el advenimiento del fascismo — dicen sus panegiristas — los trenes volvieron a marchar regularmente, acabó la epidemia de las huelgas, cada patrón y cada obrero vieron que volvía a contar con la seguridad de sus bienes, de su trabajo y de su jornal. En consecuencia, la situación material mejoró apreciablemente para todos.

Todo eso es un gran mérito... muy relativo, que se resume en el haber impuesto la autoridad y el orden público, surgiendo como consecuencias necesarias los demás beneficios.

Pero ¿es que en los Estados Unidos, la Argentina e Inglaterra, por ejemplo, no marchan los trenes regularmente, no están garantizados el orden y la propiedad y no ha concluido la epidemia huelguística, por el simple juego natural de las libertades constitucionales, sin coacción individual sobre nadie, sin “manganello” y sin aceite de ricino?

¿Esas son las “novedades” que tendríamos que aprender?

“En la oposición — dice Cambó — Mussolini ha combatido al parlamento. Del que regía a Italia ha dicho las mayores atrocidades, le ha dedicado las más vivas truculencias, a que es — ¡era! — tan propensa su pluma y su palabra; del parlamento en sí, ha anunciado el fin sin gloria. En el primer contacto, al presentarse como jefe del gobierno, dictador de Italia, habla al parlamento con altivez, pero le habla; le recuerda que lo puede disolver... pero no lo disuelve... y acaba pidiendo su colaboración”. (Ob. cit., p. 146).

“Sucedá lo que suceda, la revolución fascista no habrá sobrenvenido en balde para Italia; es posible, sin embargo, que no deje una lección con valor de universalidad”. (p. 176).

“Donde se debilita y desdibuja y esfuma la acción del fascismo es en un punto que era uno de los más fuertes de su programa cuando estaba en la oposición, el único que le había dado una bandera propia, distinta, una bandera de partido: la transformación de los poderes constitucionales del Estado, suprimiendo o modificando sustancialmente el régimen parlamentario.

“Cuando hablé con Mussolini en marzo de este mismo año (1924), en vísperas de las elecciones, le planteé el punto capital de si pensaba reservar al nuevo parlamento las funciones que la Constitución, cuyos preceptos había respetado el fascismo, le señalaba. Y en este punto — el más importante para la vida y para el porvenir del fascismo — le ví vacilar y divagar, al paso que en todo lo demás sus palabras salían rápidas como saetas, precisas y contundentes, como expresión de ideas claras y definitivas. Ante este problema en cambio, después de reconocer que era la principal de sus preocupaciones — confesión clara de que vacilaba — me dijo lo que repitió después públicamente al saludar a las cámaras: que de la conducta del nuevo parlamento dependía la duración de su existencia y la conservación de su autoridad.

“Y eso — ¡que no se haga ilusiones Mussolini: sospecho que no se las hace en estos momentos! — era renunciar a todo intento de transformación sustancial del sistema parlamentario... Todas las cosas en este mundo — y en el mundo político más que en otros — tienen su hora, y la hora de las reformas trascendentales, verdaderamente revolucionarias, ha pasado para el fascismo”. (págs. 176 y sig.).

Estas comprobaciones de que el fascismo no ha inventado ninguna novedad institucional que importe, son corroborantes de lo que yo dijera en mi artículo de 1923 sobre Mussolini, por saber que en esa materia ya no hay nada importante que inventar:

“Hay sin embargo — decía — quienes suponen que de la sedición mussoliniana pueden salir nuevas y más perfectas normas institucionales, que los demás países democráticos hayan de imitar. ¡Dios les conserve la vista!

“Hay también quienes le atribuyen el mérito de haber librado a Italia de la plaga socialista o comunista, sin comprender que el socialismo y comunismo desaparecían solos debido a su propio fracaso en Rusia y en todas partes”.

### El voto proporcional

Se ha hecho resaltar por muchos publicistas la influencia que el voto proporcional, al producir un congreso de composición muy heterogénea, tuvo en crear una situación de inestabilidad gubernativa, equivalente a la anarquía, y crear el ambiente propicio y la necesidad de la dictadura.

Eso es muy cierto, pero las causas estaban todas latentes, y el voto proporcional no hizo más que precipitarlas, como las podría precipitar en Inglaterra, porque el mal, como ya lo he demostrado, reside en el régimen “parlamentario” y no en el sistema electoral.

Si la monarquía no puede subsistir sino a base del artificioso régimen “parlamentario”, y el régimen “parlamentario” a base de sistemas electorales que impiden la libre manifestación representativa de las diversas ideas políticas, obligándolas por medios ficticios a concentrarse en dos partidos solamente, quiere eso decir que monarquía, parlamentarismo y representación uninominal o de lista incompleta son mentiras indefendibles que urge borrar sin misericordia.

“¿Puede pasarle algo peor a un sistema político que no poder resistir la prueba de la verdad?” (Cambó, ob. cit., p. 60).

Y yo pregunto: ¿qué mal puede acaecer en un país presidencialista, qué podría acontecer en la Argentina, si aquí se implantase el justo — lógico y matemáticamente justo — sistema de elección proporcional?

Sin duda que daría por resultado una cámara de diputados compuesta de grupos variados.

Eso no es un mal, como se verá; pero, si lo fuera, ¿acaso el sistema de la lista incompleta, que por miopía al respecto adoptaron Sáenz Peña y Gómez, nos libra de que sean más de dos los partidos representados en las cámaras? ¿Quién puede evitar que lleguen a ella socialistas de la Capital, radicales de varias

provincias, liberales de Corrientes, demócratas de Córdoba, etc., etcétera?

¿Y para eso se torturan las cifras electorales?

Esa mentira del sistema de la lista incompleta — como para ejemplar castigo — ha dado el grotesco y pernicioso resultado de las últimas elecciones cordobesas, donde una pequeñísima diferencia de votos crea la absurda situación de un gobernador demócrata... y una cámara compuesta por dos compactos tercios de radicales.

El honesto voto proporcional nunca puede producir tales resultados absurdos. Daría, sí, cámaras heterogéneas, como es natural que resulten en una época de vacilación y abigarramiento de las ideas político-sociales como la que vamos atravesando. Dado que el congreso debe ser un espejo o representación exacta de las opiniones políticas del pueblo, claro es que si el pueblo, cultos e incultos, vacilan y divagan, el congreso sea vacilante y divagador, sin fingir una unanimidad de pareceres que no existe en realidad. Ya irán aclarándose y sedimentándose los conceptos con la experiencia de lo que fracase, y se llegará naturalmente (tárdeselo que se tarde) a las síntesis deseadas.

Entre tanto, es lógico que pocas conjunciones de acuerdos se logren para dictar nuevas leyes; pero la solución de esa dificultad consiste simplemente en *no dictarlas*. (¡Hay tantas en exceso!). El congreso puede entre tanto seguir desempeñando a maravilla su función controladora de la gestión del poder ejecutivo, sin impedir que éste realice la tarea cotidiana e impostergable de “gobernar”, de cobrar los impuestos y pagar los gastos públicos, asegurar el orden, atender la vialidad, administrar en fin con sosiego y continuidad la cosa pública. Siempre tendrá presupuesto, bueno o malo, para ello.

Por falta de haber sabido distinguir, como causas de la irrupción fascista, lo que había de fundamental (el régimen “parlamentario”) de lo ocasional (el voto proporcional) hemos visto descarriarse en nuestro país la opinión de hombres inteligentes que eran partidarios del último.

“Hay, en nuestro país — dije en mi artículo — algunas gentes, como los socialistas, que proponen a la par el voto proporcional y el régimen “parlamentario”, sin darse cuenta de la mezcla disolvente que producen al juntarse.

“Ahora mismo (enero de 1923) proponen ambas cosas en su programa de reformas a la constitución de Córdoba y vemos que proponen el intendente elegido por el concejo en la comuna de la capital (donde mantienen el voto proporcional) cuando en otras plataformas lo suprimen.

“Pero en el Congreso de la Federación Socialista Santaefecina, interpelado por el señor Torres el líder socialista doctor Justo sobre si en resumen es o no partidario del voto proporcional, ya no sabe dar una respuesta definida, porque dice que Mussolini es fruto del voto proporcional. (*La Vanguardia* ... de 1923).

“No ha caído en que lo malo no es el voto proporcional sino su combinación con el sistema “parlamentario”, mescolanza que, sin embargo, ellos proponen. Aunque ¿quién puede saber lo que proponen? La representación proporcional figura en la plataforma de 1920; desaparece en las de 1921 y 1922; vuelve a aparecer en el proyecto de reforma municipal de 1922, y vuelve a desaparecer en la plataforma de 1923. El intendente de la capital resulta elegido por el sufragio universal directo en 1921; por el concejo en el proyecto de 1922 y otra vez por sufragio universal en la plataforma senatorial de 1923, donde vemos también el “régimen parlamentario” y la “elección del presidente de la República por el Congreso!...”

Hago esta transcripción como muestra de la confusión y transitorio retroceso que ha traído a las ciencias político-sociales el abandono de la sólida y recta vía del liberalismo clásico, a la que imprescindiblemente habrá que retornar en lo político, jurídico y económico, para prolongarla en todo lo que se requiere, pero sin abandonar su insustituible dirección. Y hágola también para mostrar que no habiendo opiniones firmes ni sobre un asunto tan limitado, en el grupo de los hombres dirigentes de un solo partido muy disciplinado (espectáculo que se repite en el mundo entero) ¿cómo puede pretenderse con la artimaña de la lista incompleta que los parlamentos aparezcan con mayorías unánimes?

Pero aunque no haya hoy por hoy tales unanimidades, ningún daño resulta para la marcha institucional bajo las formas genuinamente republicanas. Ningún daño ha ocasionado el voto

proporcional en el municipio de Buenos Aires, *debido a que el poder ejecutivo* (el intendente) *no depende del concejo deliberante*, aun cuando dicho poder no es elegido directamente por el pueblo, como debiera, sino que es nombrado por el presidente de la república. Sin embargo, basta que no dependa del concejo su mandato, para que el sistema funcione normalmente... a pesar del voto proporcional!

Se comprende que un monárquico como el señor Orlando, que al parecer "no quiere" examinar el problema a fondo, se conforme con echar la culpa del fascismo al voto proporcional, y tome la cosa como un fracaso de esa irreprochable forma de ajustar la representación popular.

Así vemos que dice capciosamente: "En *toda democracia* es necesario que por lo menos el cincuenta por ciento más uno de sus miembros gobierne y mande aun contra la voluntad de las minorías... *Todo régimen parlamentario* (?) necesita como condición indispensable para realizar obra de gobierno adoptar el sistema electoral de la representación de las mayorías, con una minoría fuerte y definida que tenga la misión de contralorear con su política opositora la gestión gubernamental de los más." (En *La Nación*, julio 29 de 1924).

Sí; son requisitos del régimen "parlamentario" en particular; pero no del régimen o sistema parlamentario en general, *no de la democracia*, no del régimen *presidencialista*.

Orlando, que preconiza la división neta de los tres poderes, no ha tenido el valor de plantearse públicamente estas preguntas y su respuesta que yo, con menos compromisos, pude fácilmente formular en mi artículo, que debo citar otra vez más, porque lo dicho en él es exactamente lo que mantengo y dilucido. Y en él decía, refiriéndome a la salvadora separación de los poderes:

"Pero ¿cómo puede lograrse ésto en una monarquía? Si al jefe del gabinete lo nombra y lo mantiene el rey, volvemos al absolutismo; si, en cambio, eligiera el pueblo al jefe del gabinete, sería éste en realidad un presidente como el de aquí o de Norte América. Y en este caso ¿qué papel le quedaría al rey?" La respuesta era que hay que sustituir las monarquías por repúblicas presidencialistas.

Palabras que muy parecidamente — aunque con explicable cautela — ha repetido el señor Cambó en su reciente y eficaz libro, para terminarlo:

“Ahora el lector me dirá: si para esta solución precisa que el poder legislativo y el ejecutivo tengan el mismo origen; si tanto éste como aquél han de nacer del voto popular, ¿cómo queda, qué función se da, qué suerte se reserva al poder moderador?”

“Ya dije en otro lugar, y lo repito aquí, que en esta materia no se resuelve ni se puede resolver por principios absolutos. En cada país, el problema y la solución que le corresponde se presentan a su manera. Y lo que vuestra curiosidad quisiera saber, sería inútil que yo intentara explicároslo: lo que yo escribiese, no llegaría a vosotros.” (p. 219).

Con aquel subterfugio y con esta habilidosa zancadilla a la censura, termina su interesante libro el señor Cambó.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

Buenos Aires, abril 20 de 1925.

NOTA. — Después de entregado a la imprenta el trabajo que precede, han aparecido dos aislados, referentes a la representación proporcional: una conferencia del Dr. Juan B. Justo, en contra, (*La Vanguardia*, 23 de abril) y un artículo del Dr. José N. Matienzo, a favor. (*La Prensa*, 26 de abril).

El Dr. Justo presenta solamente los dos consabidos argumentos contra el sistema: 1º, la extremada subdivisión de partidos; y 2º, la dificultad que ello ocasiona para el gobierno efectivo. — Sobre lo primero, hago notar que antes de la proporcional, en 1912, había representados en el Reichstag 14 partidos, y después, últimamente, sólo 12; y que la actual elección presidencial alemana se ha concentrado en tres candidatos. En Francia, según el mismo Dr. Justo, los partidos eran tan numerosos antes como después. ¿Dónde está la ventaja, si lo fuera, de lo antiguo? — En cuanto a lo segundo, hago notar que *todos* los casos de crisis gubernativa que cita, Alemania, Francia, Prusia y comunas de la provincia de Buenos Aires, se refieren a países o regiones políticas... de régimen “parlamentario”. (En dichas comunas, al revés de la Capital federal, los intendentes son elegidos por los concejos).

El Dr. Matienzo, a su vez, aboga muy sensatamente por la representación proporcional... pero dejando en pie y sin mencionar los dos argumentos que suelen oponérsele al sistema. El más fuerte de ellos, el 2º, me parece que no podría refutarlo el Dr. Matienzo sino abandonando su antigua tesis “parlamentarista” y adoptando la presidencialista; cosa que hasta hoy no sé que haya hecho, ni advertido la estrecha relación de dependencia entre uno y otro problema.

Esas oposiciones de medias verdades, en que dos partes tienen algo de razón y ninguna de ambas la tiene por completo, ocasionan discusiones interminables, mientras no se les halla solución en un orden superior que las englobe.

(N. DEL A.).

## OSCAR WILDE Y UN POEMA

EN su final declinación, la primavera suele ostentar jornadas dulcísimas que no son menos asombrosas y bienquistas de todos que las que en su comienzo atendieron y cuyo agrado consabido se enriquece de todas las memorias que las bonanzas de setiembre legaron. Jornadas hay que abrevian en su don último la plenitud de una estación. También en los descensos y diciembres de las épocas literarias hay escritores que resumen la entereza de gracia que hubo en su siglo y en cuya voz se clarifica esa gracia. No de otra suerte Heine (*letzter Fabelkönig der Romantik*, último soberano legendario del imperio romántico, según reza su dicho) reinó sobre los altos ruiseñores y las rosas pesadas y las lunas innumerables que fueron insignias de su época.

En la labor de Wilde confluyen asimismo dos fuertes ríos, el preraphaelismo y el simbolismo, ríos que informaron corrientes de una más indudable manantialidad que la suya y de una voz más entrañal en el canto. Básteme citar, entre los ingleses, los magistrales nombres de Swinburne, de Rossetti y hasta del propio Tennyson. Los tres lo aventajaron fácilmente en intensidad y además el primero en la invención de altivas metáforas, el segundo en tecniquería y el último en halago sonoro. Al recordar estas notorias verdades, no es mi intención contradecir la agradabilidad peculiar que hay en los escritos de Wilde, sino ubicarlo con justicia en su tiempo. Wilde no fué un gran poeta ni un cuidadoso de la prosa, pero sí un irlandés vivísimo que encerró en epigramas un credo estético que otros anteriormente diluyeron en largas páginas. Fué un agitador de ideas ambientes. Su ac-

tividad fué comparable a la que hoy ejerce Cocteau, si bien su gesto fué más suelto y travieso que el del citado francesito. Obra de pura travesura la suya, suscitó siempre el ajeno asombro sin incurrir jamás en el solemnismo ni en las grandiosas vaguedades que tan comunes son en los artistas que sólo quieren asustar y de las que hay sobrados ejemplos en Almafuerte y en Hugo. Esa teatralidad wildeana que nunca se embaucó a sí misma y que jamás degeneró en sermón, es cosa plausible y más aún si recordamos la petulante vanidad que hubo en él. Es sabido que Wilde pudo haberse zafado de la condena que el pleito *Queensberry* le infligió y que no lo hizo por creer que su nombradía bastaba a defenderlo de la ejecución de ese fallo. Una vez condenado, estaba satisfecha la justicia y no había interés alguno en que la sentencia se realizase. Le dejaron pues una noche para que huiese a Francia y Wilde no quiso aprovechar el pasadizo largo de esa noche y se dejó arrestar en la mañana siguiente. Muchas motivaciones pueden explicar su actitud: la egolatría, el fatalismo o acaso una curiosidad de apurar la vida en todas sus formas o hasta una urgencia de leyenda para su fama venidera...

Todo es posible en tratándose de él y en el aclaramiento de ese gesto está la solución del otro enigma psicológico que resalta en su vida: el de la conversión de Wilde. Hay quien ha puesto en duda la veracidad de esa conversión; yo estoy casi seguro de ella. Un hecho para mí es indubitable: la transformación total de su estilo, su abandono de frases ornamentales, su dicción simple, casi familiar y vernácula. En la conmovedora *Ballad of Reading Gaol* abundan los pormenores realistas y hay una voluntaria y áspera dejadez de expresión. *We banged the tins and bawled the hymns* (Golpeamos las latas y aullamos los rezos) dice en el tercer canto, frase tan imposible en el autor de *Salomé* como pudiera serlo un chiste en las composiciones de Oyuela.

Erraría sin embargo quien arbitrarse que el único interés de la famosa Balada está en el tono autobiográfico y en las inducciones que sobre el Wilde final podemos sacar de ella. Nada más lejos de mi pensar; la Balada es poesía de veras y este es dictamen que la emoción de todo lector confiesa y repite. Su austeri-

dad es notabilísima; casi nada sabemos del personaje central y casi lo primero que sabemos es que va a ser ajusticiado, que es una inexistencia. Sin embargo, su muerte nos conmueve. Poder *inexistir* con eficacia a un personaje que apenas se ha hecho existir, es hazaña de gran valía. Wilde ha cumplido esa proeza.

JORGE LUIS BORGES.

**BALADA DE LA CARCEL DE READING  
DE OSCAR WILDE**

IN MEMORIAM

CARLOS T. WOOLDRIDGE, ANTIGUO SOLDADO DE LA GUARDIA REAL DE  
CABALLERÍA, EJECUTADO EN LA CÁRCEL DE READING (BERKSHIRE)

EL DÍA 7 DE JULIO DE 1896.

**TRADUCCIÓN DE JACINTO CÁRDENAS**

**L**A chaqueta escarlata, aquella tarde  
 no ceñía su cuerpo,  
 porque el vino y la sangre son muy rojos  
 y sangre y vino había en el acero  
 hundido en la mujer, que amaba tanto...  
 y que mató en su lecho.

Vestía traje gris, con el que quiso  
 la Justicia del mundo envilecerlo.  
 Caminaba entre víctimas. Su paso  
 era alegre y ligero.  
 Pero nunca ví a un hombre que mirase  
 con más ansias la luz del firmamento.

Jamás ví contemplar la luz del día  
 con mirar más intenso,  
 el espacio, en que duermen las estrellas,  
 que aún el desdichado llama cielo,  
 y las nubes ondeantes que parecen  
 velas de plata en un bajel inmenso.

¿Será grave su culpa o será leve?  
 —interrogué a mi propio pensamiento.—  
 Y mientras yo vagaba entre el tumulto  
 de otras almas en pena, desde lejos,  
 una voz susurrante me responde:  
 "Írá a mecerse en el cadalso el reo".

*¡Dios mío! Hasta los muros de la cárcel  
sentí que ante esa voz se estremecieron  
y que el cielo caía, como un casco  
de enrojecido acero.*

*Y aunque yo era también un alma en pena,  
olvidé mi dolor, mi horrendo duelo.*

*Con pena comprendí por qué era entonces  
el ritmo de su paso tan ligero,  
y por qué contemplaba el claro día  
con mirar tan intenso.*

*El que mata lo que ama,  
debe morir también por lo que ha muerto.*

*Pero uno mata siempre lo que ama:  
¡Oiganlo todos! Con fingido acento  
el que adula y traiciona;  
el histrión, con la risa o el desprecio;  
el bravo, con la espada,  
y el falso o el cobarde, con el beso.*

*Unos, matan su amor cuando son jóvenes;  
otros, matan su amor cuando son viejos;  
algunos, con el oro;  
otros, con la lujuria del Deseo;  
los más, con el puñal. Así, se enfría  
la víctima más pronto: son los buenos.*

*Unos, venden su amor; otros, lo compran  
para siempre, o quizá por breve tiempo;  
unos matan con lágrimas; y otros  
sin entregarles un suspiro al viento.  
¡Y todos matan el amor del alma  
aunque no siempre han de morir por ello!*

*No mueren de una muerte de vergüenza  
en un día muy largo de tormento;  
no les cubren el rostro con un paño  
al estrecharles el inerme cuello;  
ni caen trágicamente  
en el vacío, ante sus pies abierto.*

*No viven con los seres que de cerca,  
noche y día los miran en silencio:  
cuando tiembla en sus labios la plegaria  
o derraman sus lágrimas de fuego;  
temerosos, tal vez de que al verdugo  
le arrebatan su presa el prisionero.*

*No les sorprende al alba  
el Capellán, en blanco, siempre trémulo:  
el Magistrado rígido y sombrío  
y el Jefe, de semblante amarillento,  
imagen de la muerte que despierta  
en el Juicio Final, tras largo sueño.*

*Ni jamás con premura  
abandonan el lecho  
al venir el doctor de innobles labios,  
que anota los latidos y los gestos,  
al suave ritmo del reloj que entonces  
se siente como horrible martillo.*

*No saben de la sed inextinguible  
que les desgarran el pecho  
antes de que el verdugo les oprima  
muchas veces el cuello,  
para que así no vuelva a atormentarles  
la sed de olas de fuego.*

*No inclinan más la frente si resuenan  
los salmos por las almas que se fueron;  
no tiemblan cuando rozan entre sombras  
el ataúd que los tendrá en su seno;  
ni cuando el grito del Horror les dice  
que todavía, a su pesar, no han muerto.*

*No tienden su mirada al Infinito  
en busca de consuelo;  
con sus labios de arcilla no se quejan  
de que el dolor sea eterno;  
ni sienten en sus trémulas mejillas  
el beso de Caifás, el falso beso.*

## II

*Nuestro guardia real, por seis semanas,  
en su traje de gris descolorido,  
caminaba en el patio de la cárcel;  
parecía su andar ligero y vivo;  
pero nunca ví a un hombre que mirase  
con más ansias la luz del Infinito.*

*No retorció sus culpables manos;  
no lloraba el azar de su destino;  
pero bebía el aire. En él hallaba  
para su mal interminable, alivio.  
Ebrio de luz, los labios entreabiertos,  
bebía el sol, como si fuera vino.*

*Y todos, como yo, los que vagábamos  
en uno y otro círculo,  
poniendo nuestras culpas —  
lo grande y lo pequeño — en el olvido,  
con asombro mirábamos a ese hombre  
que debía morir en el patíbulo.*

*Y al verlo indiferente  
 pasar como un presagio del Destino  
 ¿no se abrirá también para nosotros  
 una tumba sin nombre? nos decíamos.  
 En vano. . . porque nadie sabe donde  
 el alma ciega encontrará su abismo.*

*Por fin, ese hombre muerto, ya no erraba  
 al través de las sombras del presidio.  
 Yo comprendí que la justicia humana  
 vengaría esa tarde su delito  
 y que otra vez no volvería a verlo  
 en este dulce mundo en que vivimos.*

*Como dos naves que el naufragio esperan,  
 nos cruzamos los dos en el camino;  
 ni una palabra pronunciamos, ni una;  
 ¡Yo no sé qué pudiéramos decirnos!  
 Fué el encuentro entre nieblas de una tarde  
 y no en la paz de un resplandor divino.*

*Un muro de la cárcel nos rodeaba;  
 nos unía la nada del olvido.  
 Del corazón del mundo desterrados,  
 sin luz, y sin la guía de Dios mismo:  
 en la trampa de hierro que se forja  
 para el Pecado, sin perdón, caímos.*

### III

*Sobre las piedras de la cárcel, duras  
 y entre los muros rezumantes y altos  
     él aspiraba el aire  
     bajo un cielo grisáceo,  
 y allí lo acompañaban los guardianes  
 sin alejarse nunca de su lado.*

Tenían que observarlo noche y día  
 en su angustia. Tenían que observarlo  
 si se inclinaba a suspirar sus rezos  
 o si se alzaba a derramar su llanto,  
 por temor de que él mismo despojara  
 de su presa al cadalso.

Algunas veces el alcohol caía  
 como una gracia en sus febriles labios.  
 Era un alma resuelta. Para el miedo  
 entre sus pliegues no dejara espacio.  
 Decía: "¡Soy dichoso!" Ven verdugo  
 que ya cerca de mí siento tus manos.

¿Quién osaría entonces interrogarle  
 por su lenguaje extraño?  
 Si los que tienen la misión augusta  
 de responder por su destino aciago  
 han de hacer de sus rostros una máscara  
 y un cerrojo inmóvil de sus labios.

La "Guardia de los Tontos" evocaba  
 — sin cabellos, los pies encadenados,  
 girando entre los muros de la cárcel—  
 la "Brigada del Diablo",  
 o una visión de fiesta  
 de disfraces alegres y fantásticos.

Hebra por hebra con sangrientas uñas  
 las cuerdas embreadas desgarrábamos;  
 frotábamos las losas, las ventanas...  
 las rejas relucientes de aquel antro;  
 rocábamos los lechos  
 al choque resonante de los cántaros.

*Quebrábanse las piedras;  
hundíase el taladro;  
aullábanse los himnos,  
sudábase el amargo  
sudor de sangre. Pero en nuestras almas  
dormitaba el espanto.*

*Tan quieto, que las horas, como oleaje  
en las algas marinas enredado  
se arrastraban. Nos era indiferente  
la suerte de los buenos y los malos.  
Cuando una vez al declinar el día  
ante una fosa abierta nos hallamos.*

*Entramos con la mente preocupada  
en la Muerte, el Destino y el Espanto.  
Se movía el verdugo entre las sombras  
con su pequeño saco;  
y todos nos sentimos de repente  
caer en nuestro foso numerado.*

*De sombras y fantasmas esa noche  
las celdas se llenaron,  
y de un rumor de pasos inoidos.  
Al través de los densos enrejados  
que ocultan las estrellas, se veía  
la sonrisa espectral de un rostro blanco.*

*Para el que tiene que llorar no hay sueño...  
si jamás ha llorado:  
por eso los estultos y los locos  
aquella noche trágica velamos.  
Y al través del cerebro dolorido  
se agitaba el Terror de los extraños.*

*Porque es desesperante  
sufrir con el dolor de los extraños:  
penetra como espada, muy adentro,  
hasta la cruz del hierro envenenado.  
Y las lágrimas caen cual plomo hirviente  
por la sangre que nunca deramamos.*

*Los guardianes espían en silencio,  
con ojos abismados,  
al ver las formas grises  
de rodillas, orando.  
Fué la primera vez. Las formas grises  
¡jamás habían rezado!*

*El viento de la aurora ya gemía,  
pero la noche continuó reinando.  
En su telar gigante  
las nieblas a su trama se abrazaron;  
bajo las sombras la oración buscaba  
la Justicia del sol que alumbra tanto.*

*Por fin, vi dibujarse  
sobre un muro blanqueado  
la sombra de las rejas de mi celda.  
Entonces, con espanto,  
comprendí que ese día un alba roja  
se alzaba en el espacio.*

*A las seis, los quehaceres de la celda;  
a las siete, en silencio nos quedamos.  
Después... sentimos la impresión de un vértigo,  
de un ave gigantesca el aleteo:  
el Ángel de la Muerte descendía  
a matar la Pureza o el Pecado.*

*A sellar en secreto sus designios  
nos envía su Heraldo;  
no se presenta con purpúrea pompa  
en un corcel, como la luna, blanco:  
una cuerda no más; unos tablones. . .  
y está hecho el cadalso.*

*Se acercaba la hora,  
la hora del suplicio y del espanto—  
el golpe del Destino—  
porque la horca es el destino amargo  
que abraza al inocente y al culpable  
en la cruel estrechez de un mismo lazo.*

*Y esperábamos solos,  
inmóviles, callados—  
imágenes de piedra  
tendidas en un valle solitario.  
Y era un tambor el corazón que un loco  
queriéndolo batir lo hace pedazos.*

*De pronto sonó la hora;  
el golpe del reloj llenó el espacio.  
Y de todos los pechos brotó un grito  
de impotencia, glacial, desesperado:  
el grito del leproso en la caverna  
que hace temblar el tremedal lejano.*

*Como se ven imágenes horribles  
en el cristal de un sueño, vislumbramos  
en una viga tosca ennegrecida,  
una cuerda de cáñamo  
y la oración sentimos que el verdugo  
en un clamor supremo ha estrangulado.*

*Todo lo comprendí: esa amargura  
del alma por el mal de su pasado,  
los sudores de sangre, el mismo grito  
que ahogara la oración en un espasmo:  
porque el que vive muchas vidas, debe  
morir más de una muerte en su calvario.*

## IV

*No hay oficios divinos  
en la roja alborada:  
el capellán tiene los labios trémulos  
y siente enferma de piedad el alma.  
No podría rezar. Teme que alguien,  
pudiera sorprenderle alguna lágrima.*

*Muy tarde, como nunca, al mediodía,  
me alejé de mi celda desolada.  
La abrieron los guardianes en accecho  
al sentir el sonar de las campanas  
que en silencio dormían hasta entonces  
entre el oro hecho luz de la mañana.*

*La escalera de hierro descendimos  
dejando en cada tramo una esperanza,  
y luego al respirar el aire suave  
de Dios, nuestra mirada  
no descubría sino rostros grises  
o frentes que el pavor dejó muy pálidas.*

*Nunca he visto a los hombres, tristemente  
mirar la luz del día con más ansias,  
a la franja celeste  
que, el desdichado, firmamento llama  
y a las nubes felices porque libres,  
cruzando el cielo, indiferentes vagan.*

*Veíamos a algunos de nosotros  
con la frente inclinada,  
pensando que la muerte era, sin duda,  
la pena merecida a sus infamias...  
Al fin aquel mató lo que vivía  
y ellos... ¡al muerto matan!*

*El que peca dos veces  
otra vez al dolor despierta un alma;  
y arrancando el sudario de su víctima  
reabre sus heridas mal cerradas  
y las hace sangrar a grandes gotas...  
¡Y vanamente, por el mundo, sangran!*

*Con la gracia de un simio o con la pompa  
grotesca de un payaso que llevara  
en su traje de circo  
flechas que se retuercen, dibujadas.  
girábamos en torno de los muros  
sin murmurar siquiera una palabra*

*En las mentes vacías  
como en profundo abismo se volcaban  
las ondas del Recuerdo doloroso  
de las horas pasadas;  
mientras se erguía con orgullo el Miedo,  
y el Terror, como sierpe, se arrastraba.*

*Su rebaño de bestias, los guardianes  
como siempre cuidaban,  
ostentando en sus pechos  
el uniforme espléndido de gala,  
pero la cal de sus lucientes botas  
nos reveló el quehacer de esa mañana.*

*Cuando una tumba se abra,  
al cerrarla después, no queda nada;  
sólo hay tierra y arena  
donde se halla la fosa solitaria.  
Y un pequeño montón de cal ardiente  
para que el muerto tenga una mortaja.*

*Tiene un sudario el muerto  
— acaso la mejor de las mortajas —  
Pero en el fondo de la cárcel yace  
porque se quiere destacar la infamia,  
desnudo, con los pies encadenados  
y envuelto en una túnica de llamas.*

*Por tres años o más nadie podría  
sembrar sobre la tumba del que mata;  
por tres años o más aquella tierra  
maldita, quedará desnuda y árida  
y al cielo fijamente, sin reproche,  
tenderá la mirada.*

*Nos dicen que en la fosa del culpable  
las flores más hermosas se profanan.  
Y no es así. La santidad de Cristo,  
su luz, a todos, por igual alcanza:  
la rosa roja lucirá más roja,  
la rosa blanca lucirá más blanca.*

*Ha de brotar la roja de los labios.  
Ha de brotar del corazón la blanca.  
¡La grandeza de Dios no tiene límites!  
Puede hacer que la rama  
marchita, en el vergel del Peregrino,  
busque la vida y hecha flor renazca.*

*En el ámbito enfermo de la cárcel  
la rosa de pureza o la escarlata  
no pueden florecer. Sólo allí hay piedras.  
Ellos saben que el alma  
al sentir el contacto de las flores  
desde el fondo del crimen se levanta*

*Y así ya no caerán nunca las rosas  
sangrientas ni las pálidas,  
a deshojarse pétalo por pétalo,  
en la tumba de lodo en que él descansa  
para decir al mundo que Dios vino  
a redimir, por el amor, las almas.*

*Ahora duerme en paz, serenamente;  
nadie turba su calma:  
la visión del Terror, en pleno día,  
como antes no se arrastra;  
no hay astros que fulguren, ni siquiera  
el lento luminar de alguna lámpara.*

*El Capellán no quiso arrodillarse  
al borde de la fosa deshonrada,  
para elevar sus ruegos;  
ni señalarla con la insignia santa,  
sin comprender que al pecador el Mártir  
le da la cruz. Y por la cruz se salva.*

*Todo está bien así. El en un sueño  
pasó como una ráfaga  
los lindes conocidos de la vida.  
Sólo los parias llenarán con lágrimas  
la urna de Piedad que el tiempo ha roído.  
¡Y eternamente llorarán los parias:*

JACINTO CÁRDENAS.

## FLORENCIA (1)

*A Don Nicolás Rinaldini.*

**D**ESPUÉS de la caída del Imperio de Occidente, todos los elementos de la vida intelectual, en la Europa cristiana, fueron de origen griego o romano. Los acontecimientos parecían haber preparado al Imperio de Oriente para recoger la herencia de la civilización greco-latina. Los gramáticos griegos, de Aristarco a Calcondylas, no dejaron un día de estudiar los autores clásicos; pero los trabajos de los alejandrinos en su mayor parte se perdieron, y lo cierto es que la pobreza de sentido crítico en la obra de los bizantinos les privó de toda influencia inmediata sobre el desenvolvimiento de las inteligencias occidentales. Además, las herejías arrojaron al Imperio de Oriente en un extremo desorden moral y político. Por otra parte, durante diez siglos, hasta su ruina total, los bizantinos no cesaron de luchar contra los godos de Alarico, los hunos de Atila, los persas de Cosroés, los árabes de Mohaviah, los búlgaros de Krum, los rusos-varegos de Sviatoslaf, los turcos-seldyucidas de Alp-Arslan, de Bajazet-Ilderim y de Mohamed II. Los griegos del Bajo Imperio perdieron así poco a poco el sentido de la belleza. Su arte, exclusivamente hierático, se inmovilizó en su degradación.

Toda delicadeza literaria, toda filosofía libre, toda observación científica quedaron anuladas en Oriente por las controversias religiosas. A través del caos de los siglos bárbaros y cristianos sólo el pueblo italiano tuvo la fortuna de permanecer pagano de alma. Tal es el honor eterno de Italia, tal es el timbre inmarcesible del orgullo de este pueblo privilegiado. La gloria inmortal del arte griego fué haber sabido idealizar y simbolizar con formas humanas superiores. Este sentido de lo bello, rasgo

---

(1) Capítulo del libro *Nicolao Nicoli, humanista*, próximo a aparecer.

característico de las viejas razas helénicas y cuya fuente radica en la divinización de la humanidad, fué heredado por los pueblos de Italia. El italiano no recibió de ningún pueblo vecino su gusto de las letras humanas y del arte; había conservado una buena parte de la herencia antigua. Bajo la dominación bárbara el pueblo italiano siguió siendo latino por temperamento y por educación. Roma era su Jerusalén. El latín fué su lengua nacional. Sus primeros poetas sintieron como los latinos y se esforzaron por expresarse como ellos. Las alusiones mitológicas les eran habituales. El politeísmo hizo irrupción, no sólo en los ciento cincuenta poemas profanos de San Enodio, sino también en sus poemas religiosos. San Avito mezcla a las palabras que Dios dirige a Moisés alusiones a las divinidades del Olimpo. Desde las poesías de Arator hasta las crónicas en verso de Guglielmo della Puglia, hasta el *Carmen* de Ursonio, notario genovés que cantó la victoria de sus compatriotas sobre Federico II, hasta el poema anónimo *De Gestis Berengarii*, la musa italiana medieval abunda en reminiscencias clásicas y cita constantemente los nombres de Virgilio, Ovidio, Lucano, Juvenal, Estacio, Claudiano.

Y de todos los pueblos de Italia fué particularmente el florentino el que continuó con más intimidad y entusiasmo el culto de la antigüedad pagana. El genio de Florencia, que por su individualismo altivo reivindicó en todo tiempo la libertad de pensar, se alimentó siempre de las tradiciones inmortales de la civilización greco-latina. Pudo así la hermosa ciudad toscana convertirse en la madre de la civilización moderna. El cauce de la historia, al llegar al florido valle del Arno, quebró radicalmente su curso medieval, y sus aguas, turbias y tristes hasta entonces, acrecidas por el caudal abundoso de las obras de la antigüedad clásica salidas a nivel como por ensalmo, se hicieron turbulentas y rápidas y llevaron a todos los puntos del horizonte los gérmenes de una vida nueva. Florencia, maestra de pueblos, fué la primera ciudad que proclamó la autonomía del hombre superior, y el pensamiento libre nació de los estudios clásicos de los humanistas. Florencia creó el espíritu moderno; reemplazó el formalismo de las escuelas monásticas por el alimento asimilable del saber antiguo; destruyó la Escolástica y suplantó sus estrechos sistemas por el espíritu vivificador de la antigüedad; ayudó a

cambiar la constitución social edificada sobre el bárbaro cimiento feudal, y estableció, por primera vez en la Europa cristiana, dos grandes clases entre los hombres, contra las cuales de nada valdrán el orgullo hereditario de las aristocracias ni la soberbia de las burguesías enriquecidas: la clase de los hombres cultos y la clase de los hombres incultos.

¡ Florencia !

Desde el siglo XIII al siglo XVI la ciudad del Arno encerró en sus cortos muros todas las posibilidades de la cultura humana, todas las ideas antiguas y modernas, todas las afirmaciones del viejo mundo pagano, todas las negaciones de que es capaz nuestra inteligencia. Bajo el esplendor de este maravilloso destino y como por una voluntad alucinadora, Florencia libertó al hombre de todas las cadenas teológicas, le despojó del cilicio católico y le sacó de las tinieblas de los claustros escolásticos para mostrarle, bajo la luz opulenta de los cielos de Italia, la belleza desconocida e inmaculada de la naturaleza. Le enseñó de nuevo a amar la realidad, y le elevó a la contemplación de la suprema belleza plástica; conduciéndole a este éxtasis libertador, no por senderos umbrosos y apacibles, sino entre el choque de fanatismos exacerbados, en medio de desesperadas luchas civiles, sociales y religiosas, entre las agitaciones de una existencia intensa, espiritual, entusiasta, odiosa, arrebatada y sangrienta.

La historia de ninguna otra ciudad, ni la de Atenas de Pericles, presenta a nuestro espíritu el cuadro milagroso que nos ofrece Florencia en el Renacimiento. Florencia dió a luz las formas más elevadas del genio. No han existido afirmaciones más robustas y gloriosas de nuestra naturaleza humana que hombres como León Bautista Alberti y Miguel Angel: llevaron una existencia semidivina por su magnificencia sensual, y realizaron una obra, que por su soberana plenitud, es como la dulce promesa de una aurora sin término. La contemplación de este momento vertiginosamente luminoso de la historia del hombre, nos consuela, en un recogimiento cotidiano, del depravado espectáculo de la humanidad común.

¡ Florencia !

Su vida fué tan bella y trágica, tan impetuosa, frenética, inteligente e iluminada que vibra y sorprende todavía por su

ardor ingenuo y furioso, por su riqueza y su luz. Sus héroes, los Buondelmonti, Farinata degli Uberti, Guido Cavalcanti, Torso Donati, Niccolo da Uzzano, los Alberti, los Albizzi, los Acciaiuoli, Salvestro de Medici, Michele di Lando, Cósimo y Lorenzo de Medici, los Pazzi, los Strozzi, Savonarola, entre muchos otros, conservan aún toda su amargura altiva, el inmoralismo inconsciente, los gestos verdaderos y ásperos de su existencia admirablemente patética. Es tanta la gravedad singular, la profundidad incomparable de muchos de estos caracteres florentinos, que se nos presentan siempre con juventud inmarcesible, como expresiones simbólicas de sentimientos y pasiones unánimes, como voces hondas de la naturaleza y de la vida.

La misma historia política de Florencia fué como la expiación de los demás pueblos modernos. Bajo su cielo fino y transparente, al pie de las rientes colinas sombreadas de bosquecillos de olivos y cipreses en los que muere el último esfuerzo de los Apeninos cercanos, Florencia sufrió todos los vicios de la libertad y todas las intolerancias de la autoridad tiránica. Fué la de Florencia una vida política febril y desesperada, una existencia verdaderamente de infierno. El crimen privado se había convertido en ley común, la venganza personal era la única sanción de la justicia, y cada ciudadano debía bastarse a sí propio y temer de todos, hasta de sus hijos. De día a día la ciudad entera se agitaba, con la misma furia con que el mar revuelto azota los acantilados, para deshacer una tiranía improvisada y para darse enseguida otra tiranía nueva.

Lo que maravilla más en la historia de Florencia es que, en medio de aquella vida instintiva y desencadenada, nada detuvo un instante el ritmo del trabajo fecundo que era la conciencia de la ciudad admirable: lo que sorprende más en la historia florentina es que ni las reyertas de familias que se transmitían en herencia odios seculares, ni las luchas entre güelfos y gibelinos, entre blancos y negros, ni las temibles guerras civiles entre la nobleza del *contado* y la nobleza urbana, entre el *popolo grasso* y el *popolo minuto*, entre la democracia y la plebe, detuvieron nunca el desenvolvimiento milagroso del arte florentino que nació y creció, en medio de aquella fiebre extrema, como una flor incomparable de sangre y de victoria.

Por ello el arte florentino, como lo admiramos en las obras de Cimabue, de Giotto, de Brunelleschi, de Donatello, de Ghiberti, de Luca della Robbia, de los Orcagna, de Filippo Lippi, de Ucello, de Botticelli, de Luca Signorelli, de Michelozzo Michelozzi, de Benozzo Gozzoli, de Ghirlandaio, de Fra Angelico, de Masaccio, de Andrea del Sarto, y de cien otros, parece expresar con frenético heroísmo, con sensualismo trágico y feliz, sentimientos primaverales, minuciosas ternuras, ímpetus de una sensibilidad enigmática a cuyo radioso contacto nos anegamos en una contemplación a pérdida de espíritu y nuestras almas desfallecen de infinitud.

En su divino conjunto el arte florentino es el triunfo más glorioso del catolicismo, es decir del cristianismo paganizado. Remy de Gourmont, en su notable ensayo sobre el Paganismo Eterno, ha desenvuelto la justa idea que no hay arte cristiano propiamente dicho, porque el cristianismo evangélico es enemigo jurado de toda representación de la belleza sensible, ya sea a través del cuerpo humano, ya sea según los demás modelos naturales. San Pablo, en efecto, ignoró lo que podía ser un templo cristiano, y más aun lo que podía ser una estatua cristiana. Hay, sí, un arte católico que como la religión católica, dice Gourmont, es la continuación natural y lógica del paganismo. Así como el culto de los héroes y semidioses provocó el desenvolvimiento del arte pagano, el culto de los Santos y de los héroes santificados dió origen a las iglesias y a todo el arte católico. Las iglesias católicas, como los templos antiguos, son tumbas de las divinidades. Papas como León X y Julio II podían en verdad glorificarse, dice Gourmont, del nombre de *Pontifex Maximus* pues eran a la vez sucesores de San Pedro y sucesores del Gran Sacerdote de Júpiter Capitolino (1).

---

(1) El Papado parecía encaminarse naturalmente a la supresión del fenómeno cristiano en Europa, si la protesta luterana no hubiera despertado una reacción del cristianismo apostólico. No podría darse, en efecto, nada más *anticristiano*, nada más profundamente pagano que la corte romana de León X o que las andanzas guerreras de Julio II que provocaban la más viva extrañeza (*no sine tacito gemitu spectaban*) al más grande humanista del siglo, que viajaba entonces por Europa, a Erasmo de Rotterdam, y a pesar de su ardiente amor por la antigüedad pagana.

Julio II se creía realmente Cónsul y Pontífice romano más que el pastor de la grey cristiana. Cuando Miguel Angel le presentó, en Bolo-

En todo el arte católico la idea proviene del Cristianismo, mas la figuración o realización es enteramente pagana. Nada demuestra mejor la verdad de esta observación que la historia del arte italiano. En el arte italiano se confunde, en efecto, la poesía de la naturaleza como la comprendieron los griegos con las piadosas leyendas del Cristianismo, rasgo esencial de la doble civilización que se desarrolló en Italia. Creemos haber dicho ya que en Italia el Paganismo jamás fué completamente vencido; y Dante, al elegir a Virgilio para que le guiara a través de los círculos misteriosos de la ciudad católica, expresó de manera impresionante

---

nia, la estatua del Papa que, vaciada en bronce, coronó la fachada de San Petronio, el artista dijo a su augusto cliente: "Esta mano derecha levantada aconseja al pueblo de Bolonia a ser discreto; pero ¿qué haré tener a la mano izquierda?... ¿un libro?..." "Una espada, una espada, ¡yo no soy un sabio!...", fué la característica respuesta de Julio II. Mejor inspirado que el Pontífice, aunque con menos razón, el artista prefirió colocar en la mano izquierda las llaves de San Pedro.

El paganismo de la Iglesia romana se manifestó en el amor de la belleza plástica y de las letras humanas de que dieron tan notables pruebas muchos pontífices renacentistas. Otra anécdota pondrá de relieve, mejor que ninguna disquisición, qué grado tan elevado adquirieron en la Iglesia romana la adoración de la belleza artística y el culto del genio. Miguel Angel huido de Roma, donde trabajaba para el Pontífice, en abril de 1506. Lleno de vagos terrores, temiendo locamente el puñal de Bramante o una trama tenebrosa de los familiares del Vaticano, fué a refugiarse a Florencia. Julio II multiplicó inutilmente sus ardientes instancias ante la Señoría florentina: ni el Gonfalonero Loderini, ni el empuje del cardenal Alidosi, favorito omnipotente del Papa y gran admirador del artista, consiguieron conmover a Miguel Angel en su resolución. Cuando Julio II, en sus campañas militares, se acercó a Florencia, Buonarrotti se decidió al fin, aunque *impaurito* y con la cuerda al cuello, como él mismo dijo, a encontrarse con el Papa en Bolonia. Llegó a esta ciudad en 1506, y fué a oír misa a la iglesia de San Petronio. Fué reconocido por un familiar del Papa, quien le llevó en seguida ante su señor deseoso de ver al artista cuanto antes, Julio II estaba sentado a la mesa en el palacio de los Bentivoli. Toda la corte papal asistía a la comida del Pontífice: "¡Bastante has tardado en volver y nos ha sido necesario venir a tu encuentro!", gritó furioso el viejo Pontífice a la vista del fugitivo. Miguel Angel cayó de rodillas y quiso explicarse. Uno de los cortesanos, un prelado, creyó oportuno interceder por el culpable: "Hay que ser indulgentes con estos artistas que no comprenden nada fuera de las cosas de su oficio y que carecen de maneras..." "¿Cómo te atreves, fulminó Julio II, a decir de este hombre lo que yo no me habría atrevido a decir? Eres tú el mal educado, ¡vete al diablo!" Bajo el golpe de este apóstrofe, el desgraciado prelado se turbó, se tambaleó y tuvo que ser sacado del salón por los domésticos. Y el Papa, en signo de perdón, dió al escultor florentino la bendición papal. ¿No se ve en este cuadro admirable la sumisión de la fuerza al encanto omnipotente de la belleza? La escena es, en efecto, el más completo homenaje que el poder del mundo haya llegado nunca a rendir al genio.

y profunda este doble carácter, siempre persistente, de la civilización italiana. Este maridaje estrecho entre lo pagano y lo católico se manifiesta particularmente en todo el arte toscano, desde el siglo III al siglo XVI. Ruskin dice: "Todas las más bellas obras florentinas, las de Lucca della Robbia, de Ghiberti, de Donatello, de Filippo Lippi, de Botticelli, de Fra Angélico, son de un arte absolutamente etrusco; sólo los temas cambian, y se representa a la Virgen en lugar de Atenea y al Cristo en vez de Júpiter. Cada línea trazada por el cincel florentino en el siglo XV reposa sobre principios de arte nacional reconocidos desde el siglo VII antes de Jesús; y el Angélico, en su Convento de Santo Domingo, al pie de la colina de Fiésole, es tan profundamente etrusco como el constructor que puso los cimientos del muro que rodeaba la dicha colina."

Desde sus primeros pasos el arte florentino tiende a inspirarse en la vida y en la naturaleza, principio esencial del arte clásico, así como en las obras de la antigüedad pagana. Giovanni Pisano, escultor y arquitecto, fué el primer campeón decidido del naturalismo. Donatello y Ghiberti se inspiraron en la vida que les rodeaba. Brunelleschi, vuelto de Roma saturado del espíritu avasallador de las ruinas antiguas, inició el método razonado y científico de la imitación de la antigüedad y transformó el estilo romano-gótico. La arquitectura y la escultura determinaron la evolución de la pintura. Se ha dicho que Giotto "vertió el torrente de la vida en el lecho de la pintura"; pero sus maneras están contenidas aún por cierta frialdad gótica. El realismo triunfó plenamente con Masaccio, y desde este artista la pintura florentina representó y glorificó, no sólo la belleza del cuerpo humano, sino también lo que le viste y le rodea, así como toda la naturaleza, los árboles y las bestias, los bosques, las fuentes y las montañas. Filippo Lippi fué el primero que tomó por modelo de la Virgen a una mujer, a una monja, y terminó por hacer una doble obra maestra, el cuadro y a la monja un hijo que fué el Filippino. Los Santos del Perugino guardan, en la majestad y pureza de sus formas estéticas, actitudes de héroes humanos. Ghirlandaio hermanó de modo incomparable el ideal y la realidad. De Botticelli se ha podido afirmar que es un sublime pagano, y lo es hasta en su más riguroso cristianismo. Todo el arte católico del

Renacimiento florentino es arte pagano por que no es más que glorificación del color y de las formas, un himno profundo y apasionado a la belleza sensible. Cuando Savonarola empezó su campaña contra el arte de su tiempo, los ataques del reformador contra los artistas se inspiraban en el mismo sentimiento que sus reproches a los sabios, a los poetas y a los filósofos. Para Savonarola, como para sus predecesores de la Edad Media, el arte y la literatura, como todas las manifestaciones del pensamiento, no debían ser más que instrumentos al servicio de la teología: *ancilla teologiae*. El abuso del desnudo era para Savonarola el más grande de los crímenes cometidos por los Botticelli, los Verrocchio, los Pollaiuolo y sus colegas. Al combatir estas tendencias Savonarola invocaba la autoridad misma de los antiguos. "Las figuras representadas en las iglesias, decía el fraile austero, son los libros de los niños y de las mujeres. Sería necesario, pues, tener más escrúpulos que los paganos. Los egipcios no dejaban pintar nada inconveniente... Aristóteles, que era pagano, dice en su *Política* que no se debe pintar figuras vergonzosas en consideración de los niños... ¿Qué decir de vosotros, pintores cristianos, que representáis figuras inconvenientes?... Los que posean tales figuras en sus casas que las cubran o las borren..." Para el juicio del reformador religioso, como para el espíritu del Cristianismo apostólico, el crimen del Renacimiento es, ante todo, haber restablecido el culto de la Antigüedad, y, en segundo término, haber favorecido el realismo. El realismo en el arte equivale al racionalismo en las letras humanas. Es el espíritu científico opuesto al misticismo. Pero el realismo es esencialmente Paganismo, desde que Paganismo no es más que amor acendrado de la naturaleza y de la vida. Tal es también la cualidad esencial y más admirable del arte católico tomado en su conjunto y la que más atrae el homenaje conmovido de nuestro corazón. El arte florentino del Renacimiento, por su glorificación de la realidad y de la vida, es una fuente inagotable de íntima felicidad, una fuente imperecedera de placeres delicados, una fuente de la que mana en armonioso canto ininterrumpido el inefable deleite de vivir.

¡ Florencia !

Florencia contiene todo lo mejor del pasado y todo lo que pudiera ofrecer el futuro de nuestra raza. Florencia es la patria

universal del espíritu por que sólo en tres siglos de su historia agita hasta la desesperación todas las aspiraciones, todos los desalientos, todas las esperanzas, todo el pesimismo que nacen en el débil corazón humano del contraste entre su amor del mundo y su amor de la divinidad. Florencia conoció todas las audacias del pensamiento. La inteligencia florentina, a través de la obra de Dante, de Petrarca, de Boccaccio, de Salutati, de Cristoforo Landino, de Ficino, de Lorenzo el Magnífico, de Pico della Mirándola, de Poliziano, de Eneas Sylvio Piccolomini, de Leonardo Bruni, de Carlo Marsuppini, de Machiavelli, ignoró la manse-dumbre lógica, la vanidad restringida, la conciencia discreta de nuestra inteligencia contemporánea que se contenta con investigar y saber. El alma florentina, como aparece en las obras inmortales de sus poetas, de sus filósofos y de sus artistas, vivió de individualismo altivo y doloroso, pesimista y fecundo; se alimentó al propio tiempo de sensualismo cálido y de hondo éxtasis místico; vivió enamorada de la luz y de la armonía y embriagada de tinieblas y de misterio; fué cristiana y pagana a la vez, ascética y voluptuosa, orgullosa y humilde, inquieta, serena, audaz, siempre admirable, animada con todos los símbolos, con todos los perfumes, con todos los colores, con todas las músicas del Oriente y del Occidente, con todos los esplendores de la antigüedad greco-romana y con los claroscuros imprecisos del misticismo cristiano.

El impulso que movió la vida espiritual de Florencia durante el Renacimiento, que inspiró al pensamiento florentino, que orientó toda la evolución del arte toscano, fué el convencimiento de poder ligar y fundir el alma de la antigüedad pagana con el alma de los tiempos nuevos. Este afán se manifestó ya en el siglo XI, cuando el obispo Hildebrando restauró y ornó con mármoles y mosaicos constantinopolitanos San Miniato al Monte, edificada con restos de monumentos paganos; se vió más aun en *San Giovanni*, levantada sobre un templo antiguo, y el Batisterio es el monumento florentino que mejor revela las vicisitudes pagano-cristianas de la arquitectura, de la escultura y del mosaico en Florencia. El deseo de conciliar la teología cristiana con el pensamiento antiguo animó al sistema político de Dante, reapareció en el *Convito* y hasta en sus invenciones poéticas; se manifestó también en el *Trionfo d'Amore* de Petrarca que juzgaba con la misma

simpatía a los trovadores provenzales, a Píndaro, a Ghittone d'Arezzo, a Sócrates, a Cino da Pistoia, a Lelio, a Dante y a Homero; se expresó además en el *Decamerone* y en las obras latinas de Boccaccio. Esta aspiración ideal anima la obra de todos los grandes artistas y escritores del Renacimiento florentino. Desde Arnolfo di Cambio y Cimabue hasta Miguel Angel, desde Dante a Machiavelli, en las telas, en los libros, en los frescos, en los bajorrelieves, en los discursos, en las esculturas, en las poesías populares y sabias se ve a Orfeo, Sócrates, Platón, Aristóteles, Virgilio y a los dioses paganos alternando en ingenua igualdad con Jesús, la Virgen, los Apóstoles y los Padres de la Iglesia. En todas las obras del Renacimiento los sueños platónicos se confunden con las afirmaciones de la teología, y las proporciones armónicas de Pitágoras y los desvaríos órficos se mezclan con los misterios trinitarios y eucarísticos, y este sentimiento de adoración a la antigüedad resucitada y a la vez de apego a la iglesia cristiana se afirmó con rotunda buena fe en el platonismo, en cierto modo oficial, de Marsilio Ficino, quien sostenía que todos los filósofos paganos habían sido los mejores cristianos del mundo y para probar que todos ellos creían en la unidad de Dios invocaba el *Pimandro* de Hermes Trismegisto!

La influencia del alma multiforme de Florencia sobre la vida del espíritu humano se perpetúa no sólo por su intuición vehementemente de la antinomia entre el cuerpo y el espíritu, entre la realidad y el ideal, entre el mundo y Dios; Florencia supo también realizar el milagro de la reconciliación pasajera entre el frenesí ardiente del Paganismo y la paz estable del renunciamiento cristiano (1). Por que aquella reconciliación de Platón y el Evan-

---

(1) Florencia, por la obra de sus artistas y de sus escritores, ha proclamado bien alto que el Paganismo y el Cristianismo son las fuentes eternas de todo conocimiento verdadero, que son — y serán — los resortes indestructibles de nuestra vida espiritual, de toda nuestra existencia humana que se mueve de la acción heroica al renunciamiento contemplativo.

¿Y no vemos hoy reconocida esta verdad por todos aquellos hombres que, formados en el gusto y el sentido de una cultura verdaderamente superior, han huido de la estrechez del utilitarismo racionalista que quisiera convertir a Europa en otro Imperio de la China por medio de la política burguesa y democrática, del alcohol y el tabaco y de ese infalible medio de embrutecimiento colectivo que se llama el periodismo universal? Todos los hombres superiores que nos han traído a nuestro ignorado rincón una palabra de luz y de vida, los Wágner, Schopenhauer, Nietzsche, Tolstoi, Dostoiewsky, Leopardi, Carlyle, Burne Jones, Emerson, Ruskin, Gourmont, se han inspirado necesariamente en el Paganismo o en el Cristian-

gelio intentada por Marsilio Ficino, aquel equilibrio, que Leonardo buscó, entre la tradición y la experiencia, pueden, en cierto modo, constituir los elementos de la tranquilidad espiritual que la humanidad busca afanosamente; pueden convertirse en la prenda de una nueva fe, en la condición de esperanzas más elevadas de las que hasta ahora hicieron latir el corazón humano. Por todo ello Florencia es eterna; por todo ello podemos considerar a la admirable ciudad toscana como la patria universal e irrefragable de los hombres de corazón ligero y de espíritu independiente que aman con exultación el espectáculo misterioso del mundo y son sensibles a la majestad de las obras humanas.

#### MARIANO ANTONIO BARRENECHEA.

nismo (en el Cristianismo moral y no teológico), cuando no en los dos a la vez, porque, como debemos entenderlo, si el Paganismo es la belleza que nace del amor del mundo, el verdadero Cristianismo es la moral que nace de una aspiración ideal, de la fe en un mundo mejor. Comprendidos así, el Paganismo y el Cristianismo, en vez de negarse o de oponerse, se completan, se apoyan y se funden en el fondo invariable de nuestra naturaleza humana; lejos de excluirse o de sucederse en el tiempo, el Paganismo y el Cristianismo son coeternos porque traducen dos aspiraciones consubstanciales en el alma del hombre. La aspiración moral, la aspiración *cristiana* en su mejor sentido, en los tiempos anteriores como en los posteriores a Jesús, fué inseparable del amor de lo bello, y fué la cualidad propia y distintiva de nuestro ser. Escribe en este sentido Ruskin: "Todas las criaturas humanas, en todos los tiempos, en todos los lugares del mundo, tienen afecciones ardientes, sentido común e imperio sobre sí mismos, han sido y son naturalmente morales. La naturaleza humana en su plenitud es necesariamente moral, — sin amor es inhumana, — sin razón es inhumana, — sin disciplina es inhumana. En la proporción exacta en que los hombres han nacido capaces de estas cosas, en que se les ha enseñado a amar, a pensar, a soportar el sufrimiento, son nobles, viven felices, mueren en calma y su recuerdo es, para su raza, una felicidad y un beneficio perpetuos. Todos los hombres discretos saben y han sabido estas cosas desde que la forma del hombre fué separada del polvo; el *conocimiento* y el mandamiento de estas leyes nada tienen que hacer con la religión: un hombre moralmente bueno difiere de un hombre malo o idiota simplemente como un buen perro de un perro arisco y toda clase de perro de un lobo o de una comadreja."

Ruskin delinea con estas escasas palabras los rasgos esenciales del alma verdaderamente *cristiana*, ¿y no se puede alcanzar este ideal por el camino del amor del mundo, por el camino del culto pagano que se reduce todo al amor estuoso de la belleza sensible? Ruskin responderá con estas magníficas palabras que se han considerado como su testamento intelectual: "El conocimiento de lo que es bello es el verdadero camino y el primer paso hacia el conocimiento de las cosas que son buenas y de una buena relación, y que las leyes, la vida y la alegría de la Belleza en el mundo material de Dios son partes tan eternas y tan sagradas de su creación como la virtud en el mundo de los espíritus y la adoración en el mundo de los ángeles."

## ACOTACIONES A LA OBRA DRAMÁTICA DE ENRIQUE IBSEN

*La vie n'a de prix que par le dévouement a la vérité et au bien.*

ERNEST RENAN.

**D**ESPUÉS de Shakespeare, Ibsen es, sin disputa, el dramaturgo más grande del mundo moderno. Distinto al genio de Stafford, su obra representa, en la estimativa de los valores dramáticos, una importante innovación, pues, si bien pueden—del punto de vista de la estricta originalidad — anteponérsele algunos predecesores, ninguno cómo él afirmó su propia manera con más vigorosa y múltiple producción.

Después de Ibsen queda fijado un tipo de drama, con caracteres *sui generis*, cuya filiación se indica con el nombre del gran escritor noruego.

Hacer teatro al modo de Ibsen, ha constituido un momento bien preciso en la historia de la Literatura de Europa y América, y malas imitaciones del drama ibseniano probaron, en su momento, la inutilidad de todas las fórmulas que pretenden apoderarse del secreto íntimo del acto creador.

Su paso por el Arte ha sido extraordinariamente fecundo. Combatido como pocos, negado con obstinación y vehemencia, pudo reivindicarse en vida de las injusticias que con él se cometieron. Asistió, con dignidad, a su coronamiento literario y cuando, ya anciano, la nación lo acogió en triunfo, la gloria de su nombre había engrandecido los límites de su patria.

La riqueza abundante en sugerencias que contiene su obra, se difunde entre la de dramaturgos tales como Suderman, Hauptman, Bernard Shaw, Bataille, de Curel, Porto Riche... Alguna vez Jacinto Benavente cultivó este estilo y en la literatura del Río

de la Plata, el caso de Florencio Sánchez nos exime de mayores comentarios.

\*  
\* \* \*

Estudiando las relaciones que vinculan la obra del artista con el medio circundante, formuló Taine su principio estético conforme al cual aquella se desprende del contorno como un fruto maduro del árbol.

Ilustró con brillo y elocuencia una doctrina equivocada. A haber puesto menos ahinco en la búsqueda de casos previamente destinados a confirmar sus inducciones, habría, por la observación imparcial de la propia obra, morigerado considerablemente el caudal afirmativo de sus preceptos.

Ejemplo de este dominio que el genio afirma por sobre la tiranía de los episodios vividos, la influencia de los sucesos y del medio físico en que se desenvuelven, es la obra dramática de Enrique Ibsen.

No entendemos afirmar de este modo una radical separación entre la zona del espíritu y la naturaleza, como escenario. No sería Ibsen la mejor prueba para semejante tesis.

En él se realiza el pensamiento conciliador que, admitiendo en la creación imaginativa la difusa penetración del medio, afirma en ella, sin embargo, el predominio de la personalidad, original y creadora, que fecunda en el misterio del recogimiento íntimo.

A través de sus dramas, tempestuosos, graves y amargos, debió vivir Ibsen días de angustia y de recio batallar. Su obra, de un simbolismo brumoso y denso, parece engendada entre las frías nieblas de los fjords inhospitalarios, fuentes de tristeza y de aislamiento.

Pero no ha sido así. Transcurre su existencia sacudida por esas pequeñas preocupaciones que constituyen la carga inevitable y tediosa de todos los necesitados, y cuya uniformidad se prolonga lánguidamente en medio de la obscuridad de la pobreza.

De niño, en el pequeño pueblo de Grimstad (1884), empleado en una botica para salvar con el mezquino auxilio de su sueldo las finanzas deplorables del presupuesto familiar, empieza a

despertar en él la vocación poética que había de apoderarse de su espíritu. Allí florecieron las primeras expresiones de un romanticismo hecho de vagos ensueños y dolorosos presentimientos, que cantó quedamente, anticipando el fondo perdurable de la obra en ciernes, en la que había de afirmar, con notable continuidad en el esfuerzo, algunas ideas capitales, cuya vibración experimentaba desde entonces. De allí arranca también su primer contacto con la hiriente realidad de las cosas y la compleja realidad de los hombres.

En Grimstad derramó las primeras lágrimas de su vida, al menos las más dolorosas. Aquella aldea sin inquietudes, sórdida en su aislamiento, impetrada de religiosidad y puritanismo, con su aristocracia pueblera tan envarada como ignorante, le procuró terribles amarguras. La brutalidad del choque lo obliga a buscar en la soledad el consuelo de su espíritu: se confesó en bellos poemas, de un lirismo acendrado, en que domina la nota melancólica y la ternura.

Corresponde a esta época de su vida el desarrollo de las dotes de observador perspicaz. Extraño consorcio que agita constantemente el espíritu de Ibsen: el poeta no pierde de vista la realidad. El soñador no desprecia los hechos.

Es extraño a nuestro propósito relatar la biografía de Ibsen, divulgada en múltiples versiones y de muy escaso interés. La insinuamos en el espíritu del lector, para afirmar, con respecto a ella, que nunca adopta en la vida el gesto batallador en que parece esbozarlo la contextura de su obra dramática, hecha de hombres incomprendidos, revolucionarios, audaces.

Su nacimiento, su expatriación voluntaria, el largo viaje por Italia y Alemania, no parecen haber impreso mayores rastros en su producción. Bajo el límpido cielo azul del Mediterráneo, sugestión de claridad y armonía, Ibsen continúa imperturbable elaborando su vasta obra dramática, sustraído por entero al efecto luminoso del ambiente y fiel a las tres o cuatro ideas fundamentales que dominan su espíritu.

Absorbido en la tarea de dramaturgo, recorre Europa indiferente a todos los problemas que tienen por escenario la segunda mitad del siglo XIX y que le arrancan, a lo sumo, vagas expresiones de adhesión o de crítica.

El grande y complejo asunto de la organización nacional de Suecia y Noruega, palpitante por entonces; la situación de Dinamarca, madre espiritual de Escandinavia, deshecha por Prusia en el orden político; la crisis de cobardía general, de miseria, de provincialismo sórdido que se extiende por su país, en poder de una clase rica y feudataria, incomprensiva, torpe, dominada por el rastacuerismo del folklore nacional; el odio a Copenhague y un sólido encastillamiento en rancios prejuicios morales y religiosos — llegan hasta él como ecos lejanos de grandes luchas que una minoría liberal provoca enérgicamente... pero a la que no acompaña.

Ajeno a la política, apenas comprende los cambios que se operan por las informaciones de sus amigos. Y rehuye siempre todo compromiso de acción, dedicado a la ruda y enervante tarea de crear, en la soledad de sus retiros impenetrables: ¡una pléyade de héroes revolucionarios, en conflicto con el mundo, irreductiblemente tenaces!...

Ni siquiera la cruzada literaria de Jorge Brandés consigue sacudir el aislamiento en que se ha recluso. Este grande y talentoso amigo suyo, cuya múltiple obra comenzaba a fructificar con éxito desde la Universidad y por el libro y la Prensa, renovando las viejas fórmulas de una enseñanza dogmática estereotipada, conmovía por entonces el ambiente espiritual de Escandinavia.

Las nuevas corrientes filosóficas consiguieron, gracias a Brandés, difundirse en el seno de las agrupaciones estudiantiles. Traductor de Spencer y de Stuart Mill, su actividad despierta la adhesión entusiasta de todos los liberales de la época que ven en él a su mejor aliado, al que iba a producir la revolución en los espíritus, al hombre representativo, portavoz de la reacción contra la tiranía de las tradiciones.

Ibsen observa con entusiasmo el desarrollo del movimiento, lo auspicia desde las lejanas ciudades de Italia, promete la ayuda de su concurso personal, pero no cumple nunca.

No hay una sola iniciativa, un solo propósito, una sola empresa de reforma social, en ese agitado final de siglo en que laten con violencia tantas encontradas corrientes espirituales, que cuente con su apoyo militante. Piénsese lo que hubiera significado para B. Bjornson o Brandés la adhesión de este hombre

y se comprenderá lo extraño de la actitud del escritor noruego, sordo a las sollicitaciones de sus dos más grandes amigos.

El hecho está lejos de ser incomprensible. A la luz de otras consideraciones se explica satisfactoriamente, pero nosotros deseábamos mostrarlo tal como resulta a primera vista, en fuerte contraste con la obra del escritor, toda nervio y acción, para destacar sobre este fondo tempestuoso de la creación dramática, la actitud real, vivida, de fuga ante las sollicitaciones de los problemas fundamentales de la hora, que fué su posición auténtica.

### La voluntad del héroe

Lleva impresa la obra dramática de Enrique Ibsen, un sello característico: es un teatro de luchas en el que la voluntad humana se constituye en motor esencial de la acción. Los conflictos surgen por la actividad consciente y deliberada de los propios personajes, rebeldes a los cánones consagrados de la Moral y del Derecho y en guerra contra ellos.

Se comprende entonces que el Destino tenga escasa participación en el desenlace. Cuando los hombres adquieren la conciencia de las propias fuerzas y las ponen en juego conforme a un plan, la fatalidad retrocede. Tienen pasta de héroes sus creaciones.

Espíritus ingobernables, que van al encuentro del mañana con un gesto de desafío. No es la acción dramática la que los arrebatara en el vértigo de los sucesos, sino que ellos mismos provocan el desencadenamiento. Asisten impávidos a su ruina y diríase que realizan con saña, su propia destrucción.

Un fuego interior los consume en presencia de todo lo malo, deforme y falso de la vida. Necesitan obrar para calmarse, y viven en perpetua excitación interior, encabritados al rumor de la lid.

No hay un solo drama de Ibsen en que los personajes sean inferiores a las circunstancias: todos las superan, y por un momento parecen dominarlas. Brand, el doctor Stockman, Gregorio Werlé, Nora, Juan Gabriel Borkman, Falk y Svanhild... constituyen una falange de luchadores para quienes la victoria

depende de las propias fuerzas, y cuyo aniquilamiento resulta el efecto natural de las desigualdades de la acción. Los hombres librados al juego de sus propios recursos optan sin vacilar por la libertad o la servidumbre, y con la conciencia de los peligros a que se exponen, sacrifican decididamente todos los intereses a la realización de una obra que los arrebatara hasta el punto de morir por ella. Son tan irreductibles como los principios que sustentan. Se deben por entero a su misión y no hay argumento que pueda detenerlos. La lucha es un vértigo cuya atracción experimentan y a la que se entregan con energía exuberante, embriagados por el espectáculo de la victoria. Quieren con todas las fuerzas del alma y ponen en esta voluntad de ser el principio de la acción. Se afirman sobre sí mismos y lanzan al combate, como el hoplita enarbolando su escudo y dispara sobre el adversario.

Por eso rara vez sucede nada imprevisible. Desde el principio se advierte la diferencia que coloca a los unos por encima de los otros, y el interés se concentra en las alternativas del drama. No es preciso llegar al último acto para comprender que el héroe perecerá.

En cambio nadie puede adivinar el final de Macbeth. Su derrota depende de la fatalidad. Una circunstancia la determina pero otra pudiera haberla evitado. ¿Qué culpa tiene él de que el bosque de Birman se mueva? ¿Por qué las brujas han asociado ese acontecimiento a su desgracia?

La fatalidad interviene para cegarlos: al cumplirse la profecía, Macbeth abandona toda resistencia. Sale al encuentro de la muerte después de haber pronunciado algunas palabras terribles, cuyo temblor trágico nos sobrecoge con espanto.

Los héroes de Shakespeare son siempre pasto del Destino. Hay una fuerza superior a ellos mismos que los pierde en un instante y cuando parecían más seguros. Se derrumban como una montaña, y un sordo rumor de hecatombe retumba en la última escena. La concepción dramática de Ibsen es totalmente diversa. Sus personajes se mueven en el campo de la voluntad autónoma y la urdimbre del conflicto resulta del choque de estas fuerzas concientes. No marchan a la zaga de los aconteci-

mientos: los provocan asumiendo la responsabilidad de sus actos.

Son responsables porque quieren sus propios destinos. Nada les ocurre que no hayan podido prever y evitar a tiempo. No caen como víctimas bajo el peso de todas las calamidades conjuradas en la sombra, sino que se precipitan a un abismo que han visto abrirse gradualmente a sus plantas, y en un brinco mortal que podía haberlos salvado.

Luchadores de estirpe, espíritus enérgicos singularmente dotados para resistir los embates de los sucesos, con extraordinaria conciencia de su valer, de la propia significación y revestidos de esa severa dignidad que procura la rectitud inquebrantable de los grandes propósitos.

El sentido que tenía Ibsen de la libertad lo obligaba a crear este mundo de seres para quienes la vida consiste en un cúmulo de exigencias obligatoriamente impuestas, y de realización imperativa. Traía del hogar los gérmenes de esa enseñanza, fecundada en el ejemplo de su propia madre: austera y sombría religiosidad de pietista, cuya nórdica intransigencia dogmática evoca en la sombra un perfil de mortaja.

Por eso domina en su teatro la nota heroica, no en el sentido militar o guerrero, sino en el de la heroicidad civil. Son los héroes hombres de empresa para quienes la realidad es reformable. "Aspiran los tales a que las cosas lleven un curso distinto: se niegan a repetir los gestos que las costumbres, la tradición, y, en resumen, los instintos biológicos les fuerzan a hacer" (1).

La realidad del medio aprieta como una cintura envolvente. Al venir al mundo encontramos que en él todo está ya dispuesto y de modo irrevocable, según parece. Una moral hecha se nos impone con la fuerza de la tradición secular, y cada espontánea actitud nuestra aparece en violación flagrante de alguna norma.

La mayoría se adapta a lo estatuido y consagrado, se sacrifica sin comprender la magnitud del sacrificio. Prefiere servir la mesa suculenta de los poderosos, segura de comer a los pos-

---

(1) J. ORTEGA Y GASSET: *Meditaciones del Quijote*, pág. 173.

tres, el pan amargo, que entre palos y molimientos, se conquista por los caminos manchegos.

Otros hay para quienes la libertad no tiene precio, y la tiranía de las ideas hechas resulta la más insufrible de las tiranías.

Cuando Don Quijote, en memorable ocasión, replica a Pedro Alonso aquello de que "yo se quien soy", pronuncia la gran palabra del quijotismo, y fija para siempre en esa frase, la esencia de lo heroico: fe ciega y empeñosa en sí, voluntad de afirmación personal, que es convicción y conciencia legítima de coraje, no jactancias de mequetrefe presumido.

"Por que ser héroe consiste en ser uno, uno mismo" (1). En efecto, saber quien es uno, sentirse uno a sí mismo en toda su plenitud interior, es saberse irreductible: ¡héroe! El héroe es siempre individualista y metafísico. En el fondo de todas sus demandas late oculto el imperativo categórico.

El teatro de Ibsen está poblado por personajes de tal envergadura, y todos, de Brand a Hedda Gabler, van repitiendo esa afirmación potencial: "Sabemos quienes somos".

Y se ponen a prueba. Sienten la necesidad del desafío. Van hacia la aventura espontáneamente, con deliberada resolución de provocarla. La lucha los templea en acero.

Esta locura generosa acaba por descalabrarlos, para regocijo de todos los bachilleres socarrones que andan por el mundo, y de todos los barberos y curas de aldea, tan poco leídos como suficientes. Y en nombre del sentido común han de tratar de reducirlos — los Manders, los Straamand, los Kroll — al gremio de los discretos, que es el de los que juzgan de las cosas por sus resultados, y no advierten ninguna ventaja en esto de querer ponerse a reformar las costumbres, enaltecer la virtud y bregar por la verdad, cuando con menos tragines y mayor provecho puede vivirse.

Inútil razonamiento. No es la felicidad el precio de sus demandas, y no pueden reducirlas. Aspiran a tanto, que la muerte se les presenta como una solución deseada, y la provocan sin pena, con frío desprecio por el mundo y sus criaturas.

Hay acendrada amargura en este final de los dramas de

---

(1) J. ORTEGA Y GASSET: *Meditaciones del Quijote*, pág. 174.

Ibsen, "sumarios trágicos" al decir de Farinelli, breves, cortantes, tensos de la primera escena hasta la última.

Convulsionados, amargados, pasan los héroes gesticulando en el vacío de la soledad, debatiéndose entre un cúmulo de adversidades, heridos en el esplendor de la juventud como Osvaldo Alwing, derrotados por la estúpida incomprensión de la masa, como Stockman, fracasados, deshechos como Hedda Gabler y Juan Gabriel Borkman y Gregorio Werlé y Allmers y tantos otros.

A haber sido más dúctiles habrían sufrido menos. Quieren con toda la energía de que son capaces, y en tan altas empresas ponen su voluntad, que acaban por provocar a todo el mundo.

Ignoran que las causas justas no se defienden por sí mismas, y que es necesario ser hábil además de ser bueno. Que no le basta a la razón ser reconocida para aceptarla: es preciso ingenio a fin de imponerla. Y esto de exponer a la verdad, por imprudencia, a ruidosos fracasos, perjudica en primer término a la verdad misma, porque abundan los hombres sin fe para quienes el éxito es un argumento definitivo.

"Todo o nada", es el dilema de Brand, y, de las actitudes de los personajes del teatro ibseniano podríamos desentrañar el mismo principio, reiteradamente expuesto.

Es este un argumento estéril que retumbará siempre en el desierto. A los hombres hay que conquistarlos primero, para convertirlos después, y no se les conquista amenazándoles, sino con palabras de amor y de tolerancia!

### La doctrina de la libertad

Una grande y hermosa idea resplandece soberanamente en el teatro de Ibsen. La libertad es el *leit motif* de su teatro. Y se prolonga, como una nota constante, a través de todos sus dramas, más o menos destacada, pero fácilmente individualizable siempre.

El tema va subordinado al conflicto, encarnado en él y vive y se desarrolla en el transcurso de la acción. Fuera de ésta carecería de sentido, y si pretendiésemos extraerlo como a un

concepto integral, solo restaría en nuestras manos algunas frases sueltas de escasa trascendencia. El autor no hace discursos ni ofrece definiciones.

La libertad, como idea, va fundida en el alma de los personajes y se desliza entre el choque de los caracteres. No ha sido concebida *a priori*, bordando con sus contornos algún comentario escénico destinado a humanizarlo. A la inversa: son las pasiones, los conflictos, el contenido del drama, y para un observador ligero pasaría inadvertido el sedimento que yace en el fondo.

¿Qué piensa Ibsen de la libertad? ¿Qué valor y qué alcance le otorga? He ahí algunas cuestiones cuyas respuestas sería muy difícil deducir de los dramas. Precisamente, en aquellos que plantea con mayor seriedad el problema, es en los que el concepto parece más lejano e inaprensible.

La posición de Ibsen es la que corresponde al dramaturgo. No confunde el escenario con la cátedra, ni escribe tratados para que se representen. Es un poeta que entona en estrofas vibrantes el himno augusto de la libertad, porque la servidumbre afrenta e infama nivelando al hombre con el bruto.

Los intereses, la cobardía, la ruindad, son los grilletes que nos maniatan. He ahí sus materiales de trabajo; cuando consigue disponerlos de tal modo que el héroe surja despedido contra la muchedumbre, defendiendo su independencia interior ahogada por la estupidez o el miedo de la masa, la obra esta hecha.

Cual puede ser el contenido de la libertad es cuestión ajena a la labor del dramaturgo. Su finalidad se realiza en el momento en que ha conseguido infundir al conflicto un palpitante hálito de vida. Esto logrado, enmudece, dejando sin respuesta en el espíritu de los espectadores, las mil sugerencias que emanan del diálogo. El final es un desenlace humano, no la exposición de alguna fórmula destinada a compendiar sus puntos de vista personales. El espectador que acudiera en busca de alegatos saldría defraudado. Habría asistido a un desarrollo desprovisto de todo espíritu demostrativo, y sin soluciones. El teatro de ideas no tiene porque ser necesariamente teatro de tesis.

En *La dama del mar*, el tema ha sido puesto vigorosamente y explicado de modo bastante simple, pese al ambiente nebuloso del drama y a su simbolismo.

Prescindimos del argumento. En el último acto, Ellida se encuentra en disposición de optar entre su marido, Wangel, y el hombre a quien real y libremente entregó su corazón. No puede dudar, y todo permite presumir que Ellida —símbolo del mar, imagen de la libertad—, levantará sus propias cadenas destruyendo una unión en la que su alma ha permanecido extraña. En la escena final los tres personajes se encuentran frente a frente, y he aquí como se conducen:

WANGEL. — No es menester que llegues a eso. No hay más que una salvación para ti. Po reso rescindo el contrato. Ahora elige el camino. Estás en plena, en completa libertad.

ELIDA. — ¿Es verdad? ¿Es sincero lo que dices? ¿Consientes desde el fondo de tu alma?

WANGEL. — Sí, de mi pobre alma destrozada. Consiento.

ELIDA. — ¿Puedes hacerlo? ¿Te sientes fuerte?

WANGEL. — Sí; lo puedo, lo puedo, por amor hacia ti.

ELIDA. — ¿Ocupaba lugar tan hondo en tu alma?

WANGEL. — Tu pensamiento estaba lejos. Pero ahora estás completamente desligada de mí y de los míos. Ahora tu verdadera vida puede encontrar el camino verdadero y seguirlo. *Ahora puedes elegir libremente, Elida, bajo tu responsabilidad.*

ELIDA. — ¡Libremente! *Y bajo mi responsabilidad... Mi responsabilidad... ¡Qué cambio!*

EXTRANJERO. — ¿Oyes, Elida? Tocan por última vez. Ven.

ELIDA. — Nunca querré seguirte después de lo que ha pasado.

EXTRANJERO. — ¿No quieres seguirme?

ELIDA. — (Acercándose a Wangel). Nunca te abandonaré después de lo que acabas de decirme.

WANGEL. — ¡Elida! ¡Elida!

EXTRANJERO. — ¿De modo que todo acabó?

ELIDA. — Sí para siempre.

EXTRANJERO. — Sí, ya lo veo. Hay algo aquí, más fuerte que mi voluntad.

ELIDA. — Su voluntad no tiene ya influencia alguna sobre mí. Es usted para mí, como hombre muerto que vino del mar, y a él se vuelve. Pero ya no me da usted miedo ni me atrae usted.

EXTRANJERO. — ¡Adiós, señora! En adelante, no será usted en mi vida más que un recuerdo, el recuerdo de un naufragio.

WANGEL. — Elida, tu alma es como el mar. Tienes flujo y reflujo. ¿Cuál fué la causa del cambio que se operó en ti?

ELIDA. — ¿No comprendes que el cambio se hizo, y que forzosamente debía hacerse, desde el momento en que me dejabas elegir libremente?

El pensamiento de la obra puede concretarse así: ninguna unión es sincera y firme sino cuando las partes han podido de-

terminarse libremente. La libertad consiste en un estado de espíritu que permite decidirnos sin presiones. Somos libres cuando podemos elegir, y solo así somos responsables.

En todos sus llamados "dramas modernos", desarrolla Ibsen este tema. Fué, sin duda, la gran pasión de su vida y a ella le consagró lo mejor de sus energías, hasta el punto de haberlo tratado en la última de sus obras.

*La comedia del amor, Brand, La unión de los jóvenes, Los puntales de la Sociedad, Casa de Muñecas, La Dama del mar, Hedda Gabler, El niño Eyolf, Al despertar de nuestra muerte,* — contienen latente, a través de las diversas situaciones y de la variedad de los caracteres, diversos aspectos del mismo asunto.

¡Libertad! es el grito épico de Falk, de Nora, de Stockman, de Brand... Quieren ser libres. Los héroes quieren serlo siempre.

Jamás le interesaron las libertades públicas y no ha consagrado una sola línea a la defensa de las aspiraciones proletarias. No era el problema político del ejercicio de los derechos del ciudadano el que planteó repetidas veces.

La libertad, como principio del Derecho, norma regulatriz de la vida social, expresión objetiva de un orden necesario para la consecución de los fines humanos, vive al margen de sus meditaciones. El problema jurídico ni el problema filosófico le importaron nunca. El aspecto humano, ético, sí. La libertad, como estado de espíritu.

Cuando afirma, en una bella y vigorosa frase, "para mí la libertad es la primera condición de la vida", no alude al sufragio ni a los impuestos, a los abusos del Poder ni a las reivindicaciones de la clase desvalida. Se eleva por encima de estas contingentes concreciones de derechos hacia otra región más pura, desde cuyo ámbito domina en el panorama de la lucha, el espectáculo íntegro de las fuerzas en pugna, en la simplicidad de sus elementos: el espíritu y la materia.

¿Qué lucha hay comparable a la lucha por la libertad? ¿Qué es en definitiva esta historia sino la historia del espíritu humano, la leyenda de Prometeo encadenado?

No sujetos a una montaña como el héroe esquiliano vivimos, sino agobiados por los prejuicios, tan opresivos como ca-

denas, por los intereses sordos y las mezquinas conveniencias, por ese conjunto de pequeñeces inconfesables que son la vida entera y cuyo yugo sufrimos, arrastrándonos penosamente, con la conciencia de nuestro propio rebajamiento moral.

La necesidad de dar a la vida un contenido más hondo, de espiritualizarla, dilatando sus límites estrechos, haciéndola más sensible a la verdad y a la belleza, y sobre todo más pura, más sincera, fué el gran propósito de Ibsen. Por eso constituyó la libertad su tema predilecto.

“Libertad, igualdad, fraternidad, no son más de lo que eran en los tiempos de la difunta guillotina. Los políticos se obstinan en no comprenderlo y he aquí porqué los odio.

“Anhelan revoluciones particulares, revoluciones de superficie, de orden político, etc. ¡Tonterías son todas estas! *Lo que importa es la revolución del espíritu humano.*

He ahí, en carta a Jorge Brandés, (Dresde, diciembre 20 de 1870), confesado todo su propósito: provocar la revolución en los espíritus. Libertar las almas oprimidas, incitándolas al ejercicio de sus alas. Agitarlas con la curiosidad de la altura insospechada, y con la fruición de un goce, ascender a la cima...

“Lo que yo llamo lucha por la libertad es una conquista viva e incesante de la idea de libertad”, dice. Y desde el momento que alguien pretenda poseerla, habrá probado una cosa: que la ha perdido. (*Carta a Jorge Brandés*, Dresde, febrero 17 de 1871).

Un ciudadano no es siempre un hombre libre. Puede una gran democracia constituir un pobre pueblo de esclavos. Las leyes aseguran el orden formal, pero son incapaces de conseguir otra cosa. Cuando se vive constreñido por la tiranía de las costumbres y gimiendo bajo el imperio de fuerzas extrañas a la voluntad personal ¿somos acaso libres?

El hombre que transa, que se somete, que se inclina, por interés o por cobardía, es mil veces más despreciable que si arastrara cadenas en sus pies. Se traiciona miserablemente. Porque tenemos el sagrado deber de ser sinceros para con nosotros mismos y obrar conforme a un principio de identidad que mantenga invariable nuestra unidad moral, y en condiciones de prosperar según una fuerza interior que nace de la naturaleza, y se expande al amparo de la libertad.

Limitar nuestro caudal de originalidad, en nombre de los intereses anónimos de la masa, importa tanto como un cercenamiento, un verdadero suicidio. Nadie tiene el derecho de exigirnos semejante sacrificio. Ser cada cual según su modo íntimo y vivir afirmando el fondo insobornable y personal de la propia conciencia, he ahí lo que supone el ejercicio de la libertad.

Por eso fustigó Ibsen con tanta dureza, la debilidad culpable y la tolerancia que engendra la cobardía. Abominó de los aduladores mercenarios y de los hombres sin partido puestos al servicio de todas las causas. Escarmentó a los pobres de espíritu que marchan atados al carro triunfal de la victoria ajena. Apostrofó el espíritu de comparsa que transforma en recua una asamblea de hombres libres. Hizo el auto de fe de los simuladores, de los mentirosos, exhibiéndolos en toda su abyección moral.

No hay, para él, altivez ni integridad posible: sólo el que es realmente libre es realmente digno.

Todos los personajes de su teatro pasan con obsesión de la libertad interior, y si batallan es para recuperarse, reconquistándose de los convencionalismos opresores. Nora abandona el hogar, Falk se va a las montañas, Brand inicia su calvario de desolación, Stockman arriesga su porvenir y su familia, Hedda se mata, Ehrart huye tras la dicha... todos quieren su libertad como el bien de la vida, y todos se lanzan a conquistarla y a morir por ella.

Afirmó el individuo frente a la Sociedad, y lo colocó por encima del Estado. Fué su defensor irreductible contra la tiranía brutal de las imposiciones mayoritarias. No comprende ni acepta la solidaridad, sino "como un tradicional artículo de fe". La historia se le aparece como un gran naufragio: "se impone salvarse uno a sí mismo", dice.

Vió en el Estado al peor enemigo de la libertad. Su profesión de fe política es totalmente anarquista, y como San Agustín y Rousseau, entiende Ibsen que constituye una maldición para el individuo: "Es necesario abolirlo. Esta revolución contará con mi apoyo. Combatir la idea del Estado, presentar la iniciativa individual y lo que se le relaciona en el orden psíquico como la condición esencial para toda asociación, es el principio

de una libertad que vale mucho. Cambiando las formas del gobierno no se consigue sino diferencias de grado, un poco menos o un poco más — nada que valga”.

(*Carta a Jorge Brandés*, Dresde, febrero 17 de 1871).

Su enérgico sentimiento de la personalidad lo hizo caer en estas exageraciones. Ibsen estaba dominado por el concepto subjetivo del individualismo clásico, que hace de los seres entidades supremas y aisladas, con un conjunto de “facultades” inherentes a la condición humana. Sobre esta base descansa toda su ideología.

El individualismo fué la forma de su pensamiento, y la libertad su contenido. Y la afirmó doblemente, como exigencia ética en la vida de relación, con respecto a la sociedad, y como principio político, frente al Estado.

Los héroes de Ibsen están siempre en conflicto con alguno de esos dos términos, y el drama tiene por objeto demostrar que, por su culpa se esteriliza o fracasa una potente originalidad.

### Ibsen, pensador y dramaturgo

Ibsen sitúa el conflicto que da pie al drama sobre la perspectiva de un gran problema humano, y tan hábilmente funde en su órbita los elementos individuales por él creados, que el desarrollo del caso particular implica todo el proceso general. El vasto alcance de esta consecuencia es lo que obliga al espectador a pronunciarse.

El drama le exige que participe activamente en los sucesos, con solicitudes constantes a sus ideas, poniéndolo en el brete de decidirse en pro o en contra de los personajes, en cuyas actitudes se siente envuelto. Es un aguijón audaz que perfora la costra venerable de las tradiciones y nos descascara los prejuicios, estimulando las energías ocultas y entumecidas del espíritu.

Por eso las obras de Ibsen han conmovido siempre y de modo tan profundo a la opinión pública. *Espectros* y *Casa de Muñecas*, constituyeron, en su hora, según es notorio, todo un escándalo europeo. La Sociedad sentía convulsionadas sus raíces por un atrevido que, sin trepidar, la exhibía desde el tablado en

toda su decrepitud. Los sarcasmos rebotaban en la escena para explotar entre los espectadores, como bombas arrojadas. El hecho pareció inaudito y provocó una guerra sin cuartel; algunas obras fueron prohibidas, otras silbadas estrepitosamente. Nada prueba mejor la razón que asistía a Ibsen.

Cuidémosnos, sin embargo, de exagerar el aspecto "pedagógico" de su teatro, que tantos críticos han acentuado, presentándolo como a un pensador que utilizaba la escena para exponer sus principios. Nos parece que es la faz menos perdurable de su talento.

Para el desempeño de una misión tan delicada le faltó cultura superior. Sabido es que fué de muy pocas lecturas. Existen al respecto, aparte de sus declaraciones, una serie de testimonios concordantes. La Biblia, obra "fuerte y substancial" según afirma, constituye su libro favorito, y es probable que conociera muy pocos más.

Al aparecer *Brand* se dijo que estaba inspirado en las ideas de Kierkegaard, y el contestó que a Kierkegaard lo había leído poco y entendido menos. Y el gran danés era el hombre del momento.

Felizmente para Ibsen, ha sido mucho más poeta que filósofo.

Las ideas cambian. Una generación trae consigo sus problemas y la siguiente los resuelve, o se desentiende de ellos. Osvaldo Alving ha perdido todo aquel interés que la doctrina científica del siglo pudo prestarle, cuando los estudios sobre las transmisiones hereditarias pusieron esta cuestión sobre el tapete. No está lejano el día en que el gesto de Nora nos deje indiferentes, pues las transformaciones económicas y políticas de la Sociedad preparan soluciones más radicales que la suya, que pareció sensacional hace cuarenta años. La "fiebre de justicia" de Gregorio Werlé, y el "todo o nada" de Brand, son los últimos brotes de una filosofía que ha escrito su testamento en el umbral del siglo.

¿Qué es entonces lo que sobrevive? Las almas torturadas de su teatro.

El poeta ha intuído formas eternas, cuyo contenido emo-

cional perdurará largamente, a pesar de los cambios que alteran el rumbo del pensamiento humano.

*Spectros* no es hoy lo que pareció hace algunas décadas. El público no la oye del mismo modo ni se emociona por iguales motivos. El caso de hospital que han hecho los intérpretes demasiado geniales, puede interesar como ejemplo por otras causas. Hay que leerlo para comprender con cuanta delicadeza mantiene el autor la figura en los dominios del Arte, evitando cuidadosamente la melodramática y repulsiva exhibición de un enfermo de hospicio. Sólo en el último instante, en una brevísima escena trazada de mano maestra, se abre, como una pústula, el mal escondido. Es la única concesión que hace el dramaturgo y el único momento en que Alwing aparece en toda su espantosa desgracia. El autor lo fulmina, pero no lo exhibe, y el telón cae cuando el protagonista comienza su desvarío. Hasta entonces el drama fué el de un hogar deshecho por la brutalidad y los vicios de un hombre, la desesperación de la madre y el aniquilamiento del hijo.

Almas, caracteres, pasiones, conflictos, he ahí lo perdurable del teatro ibseniano.

Invertimos pues los principios de la valorización crítica: en su obra fué el aspecto filosófico o de propaganda ideológica lo más impresionante de este teatro, mientras que el verdadero drama, el de aquellos seres de carne y hueso, — no menos polichinelas declamatorias de ajenas doctrinas, — pasó a segundo plano.

Y el interés que despiertan difícilmente decaerá nunca. Son humanos porque sufren y se contradicen. Aspiran a una vida mejor, y fracasan. Reconocemos nuestra debilidad en sus derrotas, y en sus esperanzas, nuestros sueños. Como las criaturas del mundo, están hechas de barro, y parecen divinos. No se precisa más para que sean eternos.

Con motivo de *Hedda Gabler*, escribía Ibsen al conde Prozor, (Munich, diciembre 4 de 1890): "Yo no he tratado de desarrollar una tesis. Mi gran propósito ha sido pintar hombres, caracteres y destinos, tomando por punto de partida ciertas leyes sociales y opiniones corrientes."

He ahí una reflexión que no debe perder de vista el público. Pintar hombres y caracteres es la misión del dramaturgo, y no

se le debe exigir otra cosa. La crítica de la época no lo entendió así, y en su prurito de trascendentalizar, llegó a convertir más de un drama en verdaderos dédalos. Fué la presbicia el mal de estos juicios, culpables desnaturalizadores del sentido de las obras. No es transformándolas en rompecabezas como mejor se sirven las intenciones del autor.

Hay en Ibsen, ante todo, un poeta dramático. Su penetrante subjetividad le inducía a impregnar la escena de una atmósfera sutil, en que las palabras adquieren extrañas resonancias y las actitudes se estilizan, como símbolos.

Para un artista de su categoría el poema es la forma adecuada del pensamiento, y la belleza su finalidad primordial.

Ciertamente, no fué para él la belleza un propósito exclusivo. Tuvo por ligera misión la del artista que en medio de las trágicas interrogaciones del Destino, adopta la postura del sibarita, y cultiva una flor de invernáculo.

Su fino temperamento, su sensibilidad delicada lo hacían vibrar intensamente al contacto de las injusticias y de los problemas que perturban la vida social. No los encaró nunca en la actitud magistral del profesor que da sus soluciones. Los expuso, simplemente, para conmovernos o abatirnos. Como B. Bjornson o Brandés, pero con otros procedimientos, Ibsen bregaba por la causa de la verdad y del bien, enalteciendo a los virtuosos que prefieren morir con austeridad antes que corromperse por beneficios.

Si a un hombre que se propone este objeto puede llamarse el pensador revolucionario, Ibsen lo fué sin duda alguna. Pero su obra es ajena a toda exposición sistemática, y las más opuestas ideas conviven en sus dramas. Ningún partido ha podido contarle entre los suyos y a ninguna doctrina se ha adherido hasta el punto de convertirse en prosélito.

Por eso se le ha tenido en Noruega por conservador y liberal a la vez; socialista en Alemania; anarquista en Francia. "Durante mucho tiempo cada país no ha percibido más que algunos aspectos de su obra. Nada prueba mejor la universalidad de su genio que esta multiplicidad de sus facetas", dice Jorge Brandés (1).

---

(1) JORGE BRANDÉS: *Essais Choisis*, pág. 317.

Por encima de tanta contradictoria apreciación crítica como ha suscitado, afirmemos en él su único valor indiscutible. Fué un poeta, para quien el drama constituyó el medio adecuado de expresión, un soñador, que no pudo aceptar el mundo en el estado en que lo hallaba, y quiso hacer a los hombres más libres, más justos, más sinceros!

Todas las oportunidades le parecieron buenas para conseguirlo, y sin preocuparse de rígidas concordancias lógicas, siguiendo el ritmo cambiante de su imaginación, luchó a su modo y con sus armas, en pro de esa gran cruzada (1).

---

(1) UN PLAN REVOLUCIONARIO. — Entre su numerosa correspondencia, hay una carta de Ibsen que tiene para quien siga con interés el rastro nervioso de su pensamiento, valor excepcional. Trátase de aquélla en la que esboza lo que podría llamarse el "plan revolucionario" del escritor noruego. Expone un programa de acción.

En 1884 — fecha de la carta a que aludimos — alcanbaza Ibsen la madurez de su talento, y su nombre y sus ideas se difundían por Europa entera.

Todo contribuye, pues, a destacar la importancia de sus manifestaciones que, el carácter del destinatario, acentúa.

B. Bjornson era el jefe de un gran partido político en Noruega, con cuya orientación disienta Ibsen. Al dirigirse al amigo invocando su patriotismo para conseguir incorporarlo a sus huestes, Bjornson dió un paso destinado a caer en el vacío.

Estas circunstancias aumentan la trascendencia que puede asignársele a la carta de Ibsen, si no fuera bastante la autoridad del escritor tanto como su pública repugnancia a juzgar los conglomerados políticos de su país y los cambios constitucionales.

Además — y con respeto al conjunto de reformas que propicia — cabe repetir lo que va expresado en el texto: falta a Ibsen la orgánica y sistematizada visión del estadista, del político, del sociólogo. Los enunciados de su plan lo revelan.

He aquí el pasaje de la carta en cuestión:

"Si yo pudiera arreglar los asuntos de Noruega de acuerdo a mi deseo, todos los no privilegiados se reunirían constituyendo un partido fuerte y determinado, cuyo programa no se propondría más que reformas prácticas y fecundas, tales como una grande extensión del derecho del voto, el mejoramiento de la situación de la mujer, extirpación en los programas de instrucción popular de cantidad de supervivencias de la Edad Media, etc. Se dejarían tranquilas las teorías políticas, que no conducen a mucho. En presencia de un tal partido, nuestra izquierda actual no tardaría en mostrarse en lo que es y debe ser a causa de su composición: un centro". — (*carta a B. Bjornson*, Roma, Marzo 28 de 1884).

Se trata, por lo transcripto, de un modesto programa de cualquier partido conservador de nuestros días. ¡Tanto han avanzado las ideas desde entonces!

Los sucesos han venido a confirmar sus previsiones, ratificando las palabras que escribiera a propósito de *Un Enemigo del Pueblo*, en defensa de la tesis aristocrática y minoritaria del doctor Stockman.

Jorge Brandés le impugnó amistosamente el pensamiento tan poco de-

### Ibsen y algunos pensadores contemporáneos

Vana es, casi siempre, la tarea de rastrear los orígenes de una concepción cuando no está sistematizada. Al señalar las influencias que gravitan en el espíritu del escritor noruego, conviene advertir en cuanta medida son éstas involuntarias convergencias hacia un vértice dominante de la época.

Vivimos respirando una atmósfera espiritual que, quieras que no, acaba penetrándonos por todos los poros. Nos impregnamos de ella y con su temperatura damos calor a las ideas. Con razón afirmaba Renán que un hombre pertenece a su raza y a su siglo, aunque vaya contra ambos.

La obra de Ibsen es el producto de la más sincera y acendrada meditación. Lleva en el alma su propio tesoro. Es adentrándose en sí mismo como saca a luz cada drama, y este profundo buceo le insume dos años, por lo común. Cualquier inquietud fecunda sus entrañas, que, en el silencio de los retiros propicios, alumbran, lenta y trabajosamente.

Como el pescador de las consejas venerables, arroja a la

---

mocrático que desarrolla en el drama, haciéndole notar que estamos obligados a trabajar por la difusión de nuestras ideas, en contraposición a la fórmula — digna de Nietzsche — que enuncia Stockman: "el hombre más fuerte es el que está más solo". (Conviene advertir que ésta es también la íntima creencia del autor del drama).

En carta dirigida a Brandés desde Dresde, Abril 4 de 1872, Ibsen viene a su amigo que no debe esperar nada de la gente que ha reunido a su alrededor con la creación de una Sociedad Literaria destinada a fortificar su posición de reformador, y agrega textualmente: "Según yo, el solitario es el más fuerte". Son las mismas palabras de Stockman. En respuesta a las observaciones de Brandés afirma Ibsen que siendo exactas, de todos modos, la mayoría jamás se agrupará junto a un pensador de avanzada.

"En diez años la mayoría habrá, tal vez, alcanzado la posición que mantenía el doctor Stockman durante la reunión pública. Pero él no habrá permanecido inmóvil durante este espacio de tiempo. Se habrá adelantado por lo menos en diez años a la mayoría. Esta, es decir, la masa, la muchedumbre, no lo alcanzará jamás. Jamás se reunirá la mayoría alrededor de él. Por mi parte, yo tengo el sentimiento de este avance perpetuo". (Roma, Junio 12 de 1883).

Los principios generales que en 1884 enunciaba Ibsen como la síntesis de un programa de partido izquierdista, nos hacen hoy sonreír. La mayoría ha recorrido todo el camino que 40 años atrás la separaba del escritor noruego. Pero sin duda él habría adelantado otro tanto.

La Historia enseña que siempre quedan empuñecidas por la realidad de los cambios, la audacia de las doctrinas.

corriente su red vacía y saca, de cosecha, un mundo maravilloso.

¡Cuánto se habría sorprendido de las insospechadas vinculaciones que lo ligan a Kant, Rousseau, Nietzsche, Kierkegaard!...

Del pensador de Koenigsberg reproduce la concepción de la Moral.

Su estructura ideológica individualista, con la libertad por contenido, — dijimos — se expresa en imperativos categóricos. De aquí las semejanzas.

La vida se presenta, para Ibsen, como un conjunto de deberes cuyos jalones señalan las etapas de nuestro perfeccionamiento. El hombre se debe a ellos. Progresará a medida que los supera. Entre la realidad y el ideal hay la misma distancia que separa un modelo de su copia grosera. La idea eterna, perfecta, está más allá de nuestras ansias febriles y por encima de toda experiencia. Señala una ruta: es el *debe ser* kantiano, que obra sobre la razón práctica y mueve la voluntad hacia el ideal.

El imperativo categórico nos constriñe al cumplimiento de nuestros deberes, con prescindencia de cualquier consideración utilitaria. La Moral es un fin absoluto en sí mismo y depende de la naturaleza de los motivos que actúan sobre la voluntad, y no del acatamiento de las convenciones sociales. Estas cambian constantemente, pero un valor permanece en el tiempo: la voluntad pura del individuo que quiere. Tal puede ser, nos parece, en rápido esbozo, la síntesis de sus obras dramáticas primiciales. Surge, de lo expuesto la muy íntima relación que auna su pensamiento con el de Manuel Kant.

*Brand* conjuga la influencia kantiana con la de Kierkegaard. El héroe lleva en su alma un cúmulo de exigencias imperativas, cuya síntesis violenta realiza en una frase: "todo o nada". Esta máxima explica su vida.

Presas de una fiebre de propaganda que lo lleva a difundir la fe con obstinación de poseído, sucumben en tal ruda marcha su hija y su esposa. La sinceridad que el héroe se impone a sí mismo lo impele al cumplimiento de un deber, que siente con toda la fuerza de la vocación incontenible. Abandona la iglesia de sus ensueños, porque sólo el que renuncia posee, y se dirige ha-

cia las altas montañas, peregrino del ideal absoluto, cuya suprema ascensión realiza, para su gloria y martirio!

He ahí "el monumento poético por excelencia del idealismo", como se le ha llamado, cuyo parentesco con Kierkegaard negó Ibsen con toda energía. Para nosotros vive en este drama, como en pocos, la personalidad del autor. En *Brand* puso Ibsen la esencia de su pensamiento, y condensó, en un conflicto religioso, su ideal de protestante.

En cambio no toma de Kierkegaard lo más curioso y personal de sus escritos: esa trágica sed de inmortalidad, cuyo insondable misterio disimula, el gran pastor danés, con desesperadas afirmaciones de fe.

Relaciones superficiales vinculan la obra de Ibsen a Rousseau. Coinciden ambos en considerar la Sociedad y el Estado responsables directos de todas las calamidades humanas. Igualmente común es la fe en el individuo aislado, independiente de toda influencia social perturbadora de sus virtudes, porque la colectividad corrompe. Los hombres son buenos, pero el mundo los hecha a perder.

Hay que volver a la Naturaleza, despojar la vida de todas sus artificiosidades malsanas y reintegrarla a la verdad.

Las altas montañas, los fjords inaccesibles, constituyen un retiro de purificación en los que el hombre se desprende de sus hábitos miserables y se dignifica ante Dios. En *Brand*, en *Peer Gynt*, en *La Comedia del Amor*, en *El Niño Eyolf*, en *Cuando despertemos de nuestra Muerte*, la montaña lejana y abrupta juega un rol muy superior al que le asigna la escenografía.

Es un personaje mudo que a última hora se hará cargo de su papel, proyectando con su aparición simbólica una extraña inquietud de misterio. Dificilmente puede ella apoderarse de cualquier público, por lo que la evocación pasa a menudo sin producir el efecto buscado. Los habitantes de las llanuras desconocen esta honda sensación de la montaña, cuyo grandioso mutismo se cierne, desde la altura inmarcesible de las cumbres, como una torva amenaza envuelta en un profundo ensimismamiento reflexivo. Al pie de esas inmensas moles, de bruces sobre abismos sin fondo, contemplando el torrente plateado que se quiebra entre los riscos y despeña por el valle, en el misterio de un silencio de

plomo, el hombre se reconcilia con sus semejantes, y se hace humilde y bueno y se humilla diariamente ante la omnipotencia del Creador que lo ha hecho tan audaz y tan débil.

En *El Niño Eyolf* este simbólico ascenso tiene un sentido de mística espiritualidad. El drama se cierra con una sonrisa emocionada que disipa las sombras espesas que envuelven la escena. Rita y Allmers, al borde del rompimiento definitivo, entrelazan sus manos sobre el cadáver del hijo. Aquella desgracia los ha unido, sellando con una misión de humanidad la vida de ambos, sin objeto hasta entonces. El niño Eyolf, con sus grandes ojos inmóviles, asistirá a la realización de la obra impuesta, y en la paz de los domingos los padres sentirán, tal vez, la presencia de su espíritu...

“ALLMERS. — Sí; quizás vendrán a vernos alguna vez... aquellos que hemos perdido.

RITA. — Nuestro Eyolf pequeño y tu Eyolf grande.

ALLMERS. — Quien sabe si de vez en cuando... en el camino de nuestra vida, divisaremos algún destello de ambos.

RITA. — ¿Y para ello adónde habremos de mirar?

ALLMERS. — A lo alto.

RITA. — Sí, sí... A lo alto.

ALLMERS. — A lo alto de las cumbres; caminando hacia las estrellas, y hacia el gran silencio.

RITA. — ¡Gracias!”.

En *La Comedia del Amor*, el poeta Falk se separa de su amada deliberadamente, poniendo fin a un poema que, para ser cantado, requiere terminar allí. De otro modo la vida, con su grosera intemperancia, lo echaría a perder, y él necesita salvar su vocación a todo trance. Falk se aleja para siempre con una caravana de alegres estudiantes que van a cantar a las montañas... “*hacia la cumbre, hacia el porvenir problemático*” hacia “*la naturaleza del Dios bueno*”.

En el último de sus dramas Ibsen insiste con más fuerza que nunca en la participación de la Naturaleza en los destinos humanos. *Al despertar de nuestra muerte* puede considerarse el testamento artístico del escritor, que, despidiéndose de la escena, parece despedirse de la vida.

Rubeck ha sacrificado a su vocación de artista todos los goces de la existencia. La pasión creadora lo absorbió hasta el punto de renunciar por ella a la propia felicidad. Quiso impregnar

la inerte resistencia de la materia con el soplo tibio de la vida, y difundiendo por la estatua perfecta un latido trémulo, lanzarla al espacio serenamente animada: ¡en la graciosa iniciación de un ritmo!

Amarga tarea, en la que el éxito no ha compensado sus desilusiones. Cuando, con el alma roída por el vacío encuentra a Irene, su ex modelo, y quiere entregarse a ella como a la única verdad, es demasiado tarde...

RUBEK. — Pues, entonces, somos libres y aún tenemos tiempo de vivir la vida, Irene.

IRENE. — El deseo de vivir ha muerto en mí, Arnaldo. He aquí que he resucitado. Te busco... Te encuentro... Y me doy cuenta de que tú y la vida... no sois más que cadáveres en la tumba, como lo fui yo misma.

RUBEK. — ¡Qué error el tuyo! ¡La vida hierve y fermenta en nosotros y en torno nuestro, como antes!

IRENE. — Tu joven esposa, que acaba de resucitar, ve la vida entera como tendida en un lecho mortuario.

RUBEK. — ¡Bueno! ¿Quieres que por una sola vez vivamos la vida hasta el fondo... antes de volver de nuevo a nuestras tumbas?

IRENE. — ¡Arnaldo!

RUBEK. — ¡Pero no aquí, en la penumbra, en el horror de esta humedad que nos envuelve!

IRENE. — ¡No, no... *en el esplendor luminoso de las cumbres, en la cima del olvido!*

RUBEK. — ¡Irene, mi adorada! ¡Si, allí celebraremos nuestra fiesta nupcial!

IRENE. — El sol puede mirarnos, Arnaldo.

RUBEK. — Todas las potencias de la luz pueden contemplarnos... y todas las de las tinieblas. ¿Quieres seguirme, mi prometida?

IRENE. — Te seguiré de buen grado, sin reservas, mi amo y señor.

RUBEK. — Primero, Irene, atravesaremos la niebla y después...

IRENE. — Sí, a través de las nubes, hacia las cumbres, donde resplandece el sol naciente.

Al utilizar con tanta insistencia y de un modo semejante el mismo recurso, Ibsen ha obedecido exclusivamente a su inspiración, que se satisfacía en dilatar el ambiente poético del drama proyectando las últimas escenas sobre las fuerzas cósmicas circundantes.

El espíritu de Nietzsche se difunde por toda la obra ibseniana. Asombra el parentesco que ha podido vincular a estos dos escritores, en la mayor ignorancia de ambos. Nos atrevemos a pensar que si Nietzsche hubiera, por capricho de su inquieta mentalidad, tentado la tarea de trasplantar a la escena el con-

torno general de su ideología, tendríamos a Ibsen por partida doble.

Como el gran autor noruego hace de la voluntad el plasma de su creación teatral, el filósofo alemán la convierte en el soporte de todo su sistema.

Diríase que el héroe de la concepción nietzschiana ha tomado posesión de la escena y se pasea por ella con la seguridad que le procura haberse leído en algún capítulo de *La voluntad de poderío*. Habla, y un eco lejano evoca la verba gesticulante de *Zarathustra*. Obra, y sobre el fondo de su carácter se descubre una moral de rebelión que está más allá del bien y del mal corrientes. No lo dice, pero bien podría proclamar desde el tablado la doctrina imperialista de "las almas señoriales".

Una fe común los aproxima hasta confundirlos: la fe en el individuo aislado, conductor de muchedumbres, rebaño manso que no consigue superarse. La potente individualidad se eleva por sobre el uniforme nivel de los iguales, y toma a su cargo la dirección del grupo. Es su derecho. Las almas superiores no pueden esterilizarse entre el pelotón de los rezagados, ni deben detenerse a consolar a los caídos. Su misión es otra: de mando. Han nacido para señalar las grandes rutas del porvenir, y lanzarse a conquistarlo. Traen reflejado en la pupila el vasto panorama histórico que abarcan, y lo colman con energía desbordante. Dominan su época, y canalizando las fuerzas que duermen soterráneas, se lanzan a la conquista del porvenir, cuyo secreto arrebatan anticipadamente, burlando la más formidable prerrogativa del Tiempo. Desde su punto de encrucijada se abren las avenidas de la Historia.

ARMANDO LEVENE.

## HECTOR RIPA ALBERDI (1)

CONOCÍ a Héctor Ripa Alberdi en México, en setiembre de 1921, y fué para mí la revelación íntima de la Argentina. Conocía yo hasta entonces, junto a la Argentina de la fama internacional, la que revelan sus escritores; y siempre observé cómo el ímpetu y el brillo que dan carácter al país en nuestra época, y que por lo común se atribuyen a su reciente desarrollo, existían desde antaño: los encontraba en Echeverría, en Marmol, en Sarmiento, en Andrade. Pero la literatura argentina, con sus solos cien años, no revela toda la vida nacional: si es posible, digamos, conocer a través de los escritores el carácter del pueblo inglés, o del francés, en todo su pormenor, ningún pueblo de América ha llegado en sus creaciones literarias a semejante *corografía*. Hay, pues, una gran parte de la vida nuestra, sobre todo de la diaria y familiar, que el simple lector, aun el lector asiduo, no puede conocer con certidumbre; y más si se piensa que, bajo muchas aparentes semejanzas, y entre muchas semejanzas profundas, existe curiosa variedad de matices espirituales entre los pueblos de América española. Ripa Alberdi, con sus compañeros de 1921 — Orfila, Dreyzin, Vrillaud, Bomchil —, descubrió a mis ojos el espíritu de su tierra con todos los rasgos de fuerza cordial y delicadeza íntima que yo deseaba. Si así es la Argentina, pensé, ya podemos confiar en que nuestra América llegue a merecer que no se le apliquen las palabras de Hostos, repetidas humorísticamente en la conversación por Antonio Caso: Hombres a medias, civilizaciones a medias...

Desde antes de conocerlo familiarmente, Héctor me descu-

---

(1) Prólogo a sus obras, próximas a publicarse.

brió aspectos de la Argentina nuevos entonces para mí. Se presentó en México hablando al público en el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria: allí donde, en 1912, se realizó el extraño y conmovedor funeral de Justo Sierra, al cual llama Vasconcelos, con acierto raro, el acto culminante en la vida espiritual del país; allí donde, en 1922, surgió la pintura mural de Diego Rivera, abriendo reñida batalla de arte que todavía dura. La casualidad me había llevado allí, al primer Congreso Internacional de Estudiantes, en que cobraba realidad la peregrina idea del agudo autor de *Miniaturas mexicanas*, mi leal amigo Daniel Cosío Villegas: los estudiantes de mi patria, a falta de uno de ellos que emprendiera el viaje hasta México, decidieron atribuirme su representación para que no faltara quien recordase la suerte injusta de Santo Domingo, y en particular la suerte de sus escuelas, cerradas muchas de ellas por venganza mezquina del invasor contra la protesta popular ante exigencias de Wall Street. Al inaugurarse el Congreso, el 20 de setiembre de 1921, despertaba interés la numerosa delegación argentina: sabíamos que llevaba la representación del movimiento que había renovado las Universidades del país. Comenzó a hablar Ripa Alberdi. A los pocos instantes, advertíamos cuántos velos iba descorriendo...

Si habíamos de juzgar por él, la juventud argentina había abandonado la jerga pedantesca que estuvo de moda veinte años atrás y se expresaba en español diáfano; había abandonado el positivismo e invocaba a Platón. Los que diez años antes, en el Ateneo de México, nos nutríamos con la palabra del maestro de Atenas, sentimos ahora que nos unía con la nueva Argentina el culto de Grecia, raro en los países de lengua española.

Cosa mejor aún: la juventud de aquel país grande y próspero, país de empresa y de empuje, se orientaba con generosidad y desinterés hacia el estudio de los problemas sociales, y le preocupaban, no el éxito ni la riqueza, aunque se pretendiera asignarles carácter nacional, sino la justicia y el bien de todos. Cabía, pues, pensar que nuestra América es capaz de conservar y perfeccionar el culto de las cosas del espíritu sin que la ofusquen sus propias conquistas en el orden de las cosas materiales. Rodó no había predicado en desierto.

En singular fortuna, la labor de toda la delegación argen-

tina no hizo sino confirmar la impresión que dejó el discurso inicial de Ripa Alberdi. Mexicanos y argentinos dominaron el Congreso con su devoción ardiente a las ideas de regeneración social e impusieron las generosas *Resoluciones* adoptadas al fin y publicadas como fruto de aquellas asambleas. Durante la estrecha y activa colaboración que allí establecimos se crearon amistades definitivas. Al terminar las juntas, en muchos de nosotros surgió el deseo de que aquella delegación argentina, toda comprensión y entusiasmo, no se llevara de México como único bagaje las discusiones del Congreso estudiantil y las fiestas del Centenario: queríamos que conocieran el país, siquiera en parte, los restos de su formidable pasado y los esfuerzos de su inquieto presente. Lo logramos: por mi parte, ofrecí mi casa, de soltero entonces, a Ripa y a Vrillaud. Comenzó una serie de excursiones a exhumadas poblaciones indígenas, a ciudades coloniales, a lugares históricos, a sitios pintorescos. Coincidieron más de una vez los jóvenes argentinos con otro huésped carísimo de México, Don Ramón del Valle-Inclán: ninguno olvidará aquel delicioso viaje desde la capital hasta el Océano Pacífico, con estaciones en la venerable y trágica Querétaro, la alegre y florida Guadalajara, la rústica Colima...

Aprendí a conocer entonces la inteligencia clara y fina de Héctor, su capacidad de estudiar y perfeccionarse, su carácter firme y discreto; y de nuestras pláticas surgió el plan de escribir en colaboración una breve historia de la literatura en la América española. Anudamos correspondencia. Al año siguiente volví a verlo en su patria, donde pudimos conocer toda la propaganda cordial que había hecho, con sus amigos, de las cosas mexicanas. Cuando esperaba que nos reuniéramos definitivamente en la Argentina, me llegó la noticia de su muerte... Días después, me tocó decir breves palabras en el acto que a su memoria dedicó la Secretaría de Educación Pública de México, precisamente en el histórico Anfiteatro donde lo habíamos conocido.

## II

Cuando la muerte corta bruscamente una vida que comienza a florecer en abundancia, como la de Héctor Ripa Alberdi, los

amigos inconformes con el golpe inesperado se reúnen a pensar cómo perpetuarán la memoria del que se fue a destiempo. En el caso de Héctor, lo natural es juntar y reimprimir su obra.

La duda nos asalta luego; ¿vamos a dar, con estos esbozos, idea justa del desaparecido? Héctor fue como árbol en flor: los frutos estaban sólo en promesa: ¿pueden, quienes no lo conocieron, sorprender el aroma de la flor ya seca?

Más que en la obra escrita, Héctor vivió intensamente en la lucha por la cultura y en los estímulos de la amistad. De las excepcionales virtudes del amigo, — viril, leal, discreto, *animador*, — da clarísima idea Arturo Marasso en su artículo *Mis recuerdos de Héctor Ripa Alberdi*: página en que se cuenta la noble historia de una amistad con todo el desorden y la fuerza ardorosa de una pluma cargada de emoción. Del combatiente universitario, que tanto trabajó para imponer la orientación renovadora, muchos darán testimonio. El estudiante insurrecto de 1918 había llegado a la cátedra desde 1922; pero no para transigir con ninguna forma de reacción, cuyo germen se esconde tantas veces en espíritus que temporal o parcialmente adoptan direcciones avanzadas, sino para combatir contra ella. En los espíritus de temple puro, ni la edad, ni el poder, ni la riqueza, ni los honores crean el temor a las ideas libres: antes reafirman la fe en los conceptos radicales de la verdad y el bien. Ni a Sócrates ni a Tolstoy los hizo la edad conservadores ni renegados. ¿No sería digno homenaje, si hubiere medios para realizarlo, que los compañeros de Ripa Alberdi en 1918 fundaran una cátedra que llevase su nombre en la Universidad de La Plata?

### III

No sabrán todo lo que fue Héctor Ripa Alberdi quienes no lo conocieron y sólo lean su obra escrita; pero no exageremos: conocerán, si no la amplitud, la calidad de su espíritu. Era su espíritu serenidad y fuerza. En sus versos, deliberadamente, sólo quiso poner serenidad: en ellos se lee su alma límpida, su pensamiento claro, su carácter firme y tranquilo. Aspiró a ser, desde temprano, poeta de la soledad y del reposo: unirse a los

maestros cantores, como Arrieta, como González Martínez, que predicán evangelio de serenidad en nuestra América intranquila y discordante, como el griego que, en perpetua agitación y que-rella pública, erigía la *sophrosyne* en ideal de vida. La naturaleza se trocaba a sus ojos en símbolos de dulzura y luz: las imágenes del campo, de su campo natal, fresco, húmedo, luminoso, rumoroso, son las que llenan sus versos. Con ellas puebla la celosa soledad de su aposento; entre ellas coloca la figura de la mujer amada o esperada. A veces, su voz se alza, va en busca de almas distantes, puras como la suya. O las almas que busca viven en el pasado, en la Grecia que lo deslumbraba, en la España de los místicos. Sólo por instantes turban aquella paz presentimientos extraños: los de la muerte prematura...

Así lo revelaba su primer libro, *Soledad* (1920). Al leer el segundo, *El reposo musical* (1923), en que persistían aquellas notas, pensé que ya era tiempo de que soltara en sus versos la fuerza que en él vivía, y así se lo dije. No hubo tiempo para la respuesta.

Ocasión hubo, sin embargo, en que salió de su retiro para cantar, arrastrado por sus compañeros, la canción estrepitosa de la multitud juvenil. Y nunca compuso mejor canción. En el meditando poeta del reposo musical se escondía el maestro de los nobles coros populares (1).

#### IV

Aquel espíritu tranquilo era espíritu fuerte: por eso unía, a la honda paz de su vida interior, la franca entereza de su vida pública. Creo que lo mejor de su obra escrita queda en sus discursos, porque ellos representan una parte de aquella vida de acción. El hombre de estudio iba revelándose en las breves páginas de crítica. En ellas expresaba siempre su desdén de la moda, su devoción a las normas eternas. Sus temas eran cosas de

---

(1) Tanto más me interesaron aquellos cantares para fiestas de estudiantes cuanto que, dado como soy a rastrear la poca metafísica que hay en la poesía castellana (Fray Luis... Espronceda... Jiménez), descubro allí este verso:

La realidad existe porque el alma la crea...

nuestra América. En sus últimos meses había escrito su primer ensayo de aliento, sobre *Sor Juana Inés de la Cruz*. Sus artículos en el primer número de la hermosa revista (1) que acababa de fundar con sus amigos poco antes de morir, indican toda la soltura y la vivacidad intencionada que iba adquiriendo su pluma: hasta esgrimía, — con buen humor, sin encono, — las armas de la sátira. Pero sus discursos y sus artículos sobre cuestiones universitarias nos dicen mejor que ningún otro esfuerzo de su pluma cuál era el ideal que lo guiaba y lo preocupaba: comenzó pensando en la renovación de las universidades argentinas; de ahí pasó al ansia de una cultura nacional, modeladora de una patria superior. Estos anhelos se enlazaron con otros: por su parte, la cultura nacional no podía convertirse en realidad clara si no se pensaba en la suerte del pueblo *sumergido*, del hombre explotado por el hombre, para quien la democracia ha sido redención incompleta; por otra parte, el espíritu argentino no vive aislado en el Nuevo Mundo: la fraternidad, la unión moral de nuestra América, la fe en la “magna patria”, son imperativos necesarios de cada desenvolvimiento nacional. Poseída de esas verdades, inflamada por esos entusiasmos, la palabra de Ripa Alberdi cobraba alta elocuencia. “En el seno de estas inquietudes — decía refiriéndose a la revolución universitaria — está germinando la Argentina del porvenir.” Y en otra ocasión afirmaba: “En el alma de la nueva generación argentina ha comenzado a dilatarse la simpatía hacia las naciones hermanas...”. Ilumando a éste hecho “especie de expansión de la nacionalidad”. Llega a ofrecer a México sangre argentina para la defensa del territorio... Y en Lima, con noble indiscreción, afrontando con serena valentía la hostilidad de una parte de su auditorio, predica el sacrificio de los rencores estériles en aras de la América futura que verá “la emancipación del brazo y de la inteligencia”.

En verdad, lo que de la obra de Héctor Ripa Alberdi nunca deberemos echar en olvido es este manojo de páginas del combatiente universitario que se exaltó hasta convertirse en soldado de la magna patria.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

---

(1) Valoraciones, de La Plata.



Alberto Einstein

caricatura de Bagaría.

*El ilustre sabio alemán ha sido hasta ayer nuestro huésped. Su teoría de la relatividad, que le ha hecho universalmente famoso, ya fué ampliamente examinada en estas páginas en dos ocasiones: en el número 162, de noviembre de 1922, por Pedro Osorio: EINSTEIN VISTO POR KANT; y en los números 174 y 175, de noviembre y diciembre de 1923, por José Gilli: LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD. Entre nosotros, el sabio — ¡cosas del siglo! — ha descendido a la plaza pública y habló de matemáticas trascendentales ante asambleas de curiosos, apenas salpicadas de quienes puedan entenderlo. Nosotros, que no nos contamos ni entre los primeros ni entre los segundos, al saludar al ilustre físico, presentamos también nuestro homenaje de simpatía al espíritu generoso e independiente que, durante la guerra, supo ponerse au dessus de la mēlée y predica ahora la noble utopía de la organización de Europa en un solo organismo político y moral. — LA DIRECCIÓN.*

## FILOSOFÍA

Noticias y Comentarios: *A. Tilgher: Relativistas contemporáneos.* — *El próximo Congreso Internacional de Filosofía.* — *Una revista bibliográfica.* — *F. H. Bradley.* — *Rudolf Steiner.*

### A. Tilgher: *Relativistas contemporáneos* (1)

**E**STE breve librito se lee con agrado y será provechoso para muchas personas en quienes acaso suscite el deseo de enterarse más a fondo de los temas que roza. Entre sus méritos debe contarse la prosa incisiva y clara, la eficacia con que transmite al lector la resonancia despertada en el autor por los tres o cuatro acontecimientos espirituales que le proporcionan asunto. Hay en él una simpática audacia juvenil — tan italiana —, mezclada, por desgracia, a un apresuramiento que desde la primera página descubre la índole periodística del trabajo; en efecto, se trata de una serie de artículos publicados durante la visita de Einstein a Italia en 1921.

Tilgher estudia rápidamente a Vaihinger, Einstein, Rougier y Spengler en los tres primeros capítulos; los restantes se intitulan “El idealismo actual”, “Relativismo y revolución” y “Carta a Guillermo Ferrero”. Prologa el librito Mario Missiroli y el traductor le ha agregado un apéndice.

No se contenta el autor con exponer ciertas corrientes de pensamiento; nos presenta además — en un trabajo de ciento quince páginas, incluso prólogo y epílogo ajenos — toda una interpretación de la cultura y la vida contemporáneas. Sus conclusiones generales pueden resumirse así: La revolución científica operada por Einstein es contemporánea del *titanismo* en el

---

(1) A. TILGHER: *Relativistas contemporáneos...* Prefacio de Mario Missiroli, traducción y apéndice por Emilio de Matteis, Génova, 1924.

arte, del *pragmatismo* en la filosofía, del desarrollo de la grande industria, de la política nacionalista e imperialista y de la guerra mundial a que esta política ha dado origen; estas manifestaciones de la vida actual no son contemporáneas sólo cronológicamente, sino también idealmente; tienen la misma raíz, expresan en modos diversos una misma intuición del mundo y de la vida: un moviilismo universal que renuncia a cuanto no sea la libre actividad del espíritu, sólo respetuoso de los límites que él mismo se prescribe, no definitivamente, sino en manera provisional y para superarlos mañana.

Prescindiendo de otras vistas de Tilgher de orden menos general, y sin entrar a considerar si es éste en efecto el estado presente de la conciencia occidental, la síntesis referida puede criticarse desde el punto de vista del derecho que haya para deducirla de las premisas que el autor se da: Vaihinger, Einstein, Rougier, Spengler, Gentile (pág. 88), nacionalismo e imperialismo, industrialismo, guerra mundial, *titanismo* y *pragmatismo*.

Ante todo, la relatividad einsteiniana no es un relativismo en el sentido general de la palabra. Meyerson ha dedicado todo un capítulo de su libro último *La Deducción relativiste* a aclarar este punto. El nombre de la teoría ha producido una confusión contra la cual ha reaccionado ya más de un espíritu crítico. Recomendando un excelente estudio de M. Spirito en el *Giornale critico della Filosofia Italiana* (II,II, 63); entre nosotros se ha referido últimamente a la cuestión, con mucho acierto, el señor Alberini, al presentar a Einstein en la Facultad de Filosofía y Letras. Una cosa es la relatividad física, y otra cosa muy distinta las apreciaciones relativistas de la relatividad. La relatividad einsteiniana, como toda teoría física, no es un relativismo, sino un "absolutismo"; al eliminar al observador, logra una objetividad superior a la de cualquier otra interpretación científica del universo. Y no sólo es un realismo, sino que, después de las actitudes dubitativas o escépticas de Mach, Duhem, Poincaré, Le Roy y todo el nominalismo científico de años atrás, representa algo así como un "golpe de Estado" objetivista y realista, con alcance, desde luego, diametralmente opuesto al que Tilgher le supone. Pero hay más. Otro gran movimiento de la ciencia contemporánea, bien representativo de nuestra época, las

investigaciones sobre la constitución de la materia, el nuevo atomismo, cada día más vigoroso, representa igualmente un realismo, un objetivismo extremo que basta a refutar las conclusiones de Tilgher en lo que se refiere al espíritu de la ciencia actual.

La interpretación relativista de Spengler puede aceptarse; pero corriendo algún peligro. Es muy fácil hallar relativismos, por algún lado, en todos los filósofos de la cultura. Dilthey sería relativista por su teoría del conocimiento histórico, al poner como fundamento de las ciencias del espíritu una psicología analítico-descriptiva, diferente de la psicología habitual, y al distinguir tipos irreductibles en la concepción filosófica del mundo, especie de "culturas filosóficas" autónomas viviendo dentro de la cultura general de cada época. El aristocratismo de Nietzsche es un relativismo ético, aparte de todos los restantes relativismos del padre del *Zarathustra*. Relativismos podrían considerarse también las filosofías de las razas de Gobineau y Chamberlain... Y todo esto cae fuera de la época a que se refiere Tilgher. Y si el nacionalismo es signo de nuestro tiempo, no sé qué podrá decirse del período histórico en que adquieren forma definitiva las nacionalidades europeas, período no caracterizado por los impulsos más o menos histéricos de ahora, sino por una tendencia vital y profunda, que, lograda, constituye establemente unidades políticas, y, contrariada o abortada, deja irredentismos cargados de explosivos, islotes de pasado donde se habla una lengua que el mundo ahora apenas comprende. En general, se relaciona con todo esto una estimación excesiva de los fenómenos de la primera época de la post-guerra — época en mi opinión ya pasada. Sirvan de ejemplo unas palabras de Missiroli en el prólogo al libro comentado: "La experiencia de la guerra ha destruido ideologías, más aún, ha demolido costumbres mentales". "Hoy se puede demostrar que esta filosofía (el idealismo de antes de la guerra)... es responsable, en su mayor parte, del cataclismo mundial..." Los amigos de las explicaciones rápidas pueden elegir entre responsabilizar de la guerra a Guillermo II o al idealismo, sin perder mucho tiempo en la elección pues tanto vale una explicación como la otra.

Dije que este libro sugestivo y valiente será de utilidad

como incitación para que el lector reflexione por su cuenta y se interese por los problemas que plantea. Agregó que siempre que no se siga al autor en su manera perentoria y despreocupada de sentar conclusiones de la más amplia trascendencia. Es un vicio de nuestra cultura incipiente, la impaciencia; otro, la pereza. Al estudio del problema, a la investigación rigurosa, preferimos las soluciones improvisadas. Aquí hemos hecho filosofía antes a base de Ortega y Gasset y D'Ors, y luego, de los ocho o diez volúmenes de la "Biblioteca de Ideas del Siglo XX". Es preferible a filosofar a base de los libros de Haeckel publicados por Sempere, pero es necesario tender a otra cosa. Nada nos exige adoptar actitudes, sentar conclusiones, formular hipótesis, intentar sistemas. Necesitamos, en cambio, profundizar y completar nuestra escasísima cultura filosófica, proporcionarnos los instrumentos materiales del saber, aprender a manejarlos, frecuentar las revistas especialistas — *trabajar*, en una palabra.

El Sr. De Matteis ha hecho un meritorio esfuerzo al traer este librito al castellano; ha traducido a conciencia. Algunos errores de impresión deben atribuirse a haberse publicado la edición en Italia. Muchos libros italianos de filosofía contemporánea se debieran traducir; por ejemplo, tantos trabajos breves como han aparecido en los últimos veinte años sobre problemas y filósofos de nota. Cito uno solo, el libro de Orestano sobre Nietzsche, tan estimado por los mismos alemanes.

### **El próximo Congreso Internacional de Filosofía.**

El sexto Congreso Internacional de Filosofía se celebrará en los Estados Unidos, en una ciudad universitaria no lejos de New York, en la segunda semana de setiembre de 1926. Próximamente la American Philosophical Association hará el anuncio formal y dirigirá las invitaciones correspondientes. Serán reconocidos como idiomas oficiales en el Congreso el inglés, frances, alemán, italiano y español.

### Una revista bibliográfica.

El *Literarische Berichte* (1) es una revista de filosofía de carácter exclusivamente bibliográfico; apareció el primer número a fines de 1923, y van publicados cuatro solamente.

El último número, además de seis artículos, trae una lista de las publicaciones alemanas de enero a junio de 1924 y la bibliografía de la filosofía italiana en 1923.

### F. H. Bradley.

El 18 de setiembre del año pasado, a la edad de 78 años, falleció el ilustre filósofo inglés Bradley.

### Rudolf Steiner (2).

El cable nos anunció días pasados la muerte de Steiner, filósofo y teósofo, y personalidad de más cuenta que la generalidad de quienes sostienen, entre otras cosas igualmente indudables, la existencia de siete naturalezas distintas en el hombre, verdad parecida a la que afirma que los gatos tienen siete vidas. Steiner fué secretario general de la rama alemana de la Sociedad Teosófica; en 1913, a raíz de la crisis originada por el "affaire" Alcyone (episodio curiosísimo, entre paréntesis), Steiner se apartó de la Sociedad, a la que pertenecía desde unos quince años atrás, y fundó otra por su cuenta, la Sociedad Antroposófica, con propósitos semejantes a los del teosofismo ortodoxo, salvo la supresión de ese pseudo-orientalismo a que éste se muestra tan aficionado. Para disponer de un centro "donde los adeptos de la ciencia del espíritu pudieran reunirse, instruirse y edificarse", hizo Steiner construir un templo en Dornach, cerca de Basilea, proyectado de acuerdo con la simbólica ocultista y

---

(1) *Literarische Berichte aus dem Gebiete der Philosophie*. Herausgegeben von Arthur Hoffmann, Erfurt (Kurt Stenger, Erfurt).

(2) Nació en 1861, en Kraljevic (Hungria). La noticia de su muerte era de fecha 30 de marzo.

comprendiendo un teatro para representar los "dramas esotéricos" suyos y de Schuré; el templo debía estar terminado a fines de 1914, pero la guerra retrasó los trabajos y no pudo inaugurarse, según parece, hasta 1920. Creo que este retraso material se habrá compensado con creces para la secta antroposófica con numerosas adhesiones acarreadas por el estado de los espíritus a los primeros años de la trasguerra.

Como filósofo deja Steiner un libro considerable de su período preteosófico: *La Filosofía de la Libertad*. Es autor también de varios trabajos sobre Goethe, cuyo nombre aparece frecuentemente en los escritos de esta escuela teosófica. Una de las revistas de esta tendencia se titula *Das Goetheanum* y otra, *Die Drei*, ostenta también el "Goetheanismus" en el subtítulo. En los últimos números de la primera publicó Steiner un artículo: *Mein Lebensgang* que debe de ser el último escrito suyo.

FRANCISCO ROMERO.

Abril de 1925.

## NUESTRA DEMOSTRACION A SANIN CANO

**E**l día 2 de Abril se realizó en el Restaurant Ferrari la comida que los amigos de NOSOTROS ofrecían a Baldomero Sanín Cano. No quisimos darle las proporciones de un ban-



B. SANÍN CANO

quete sino de una comida casi íntima, en la cual el ilustre publicista colombiano, rodeado de un grupo cordial, apreciara cuánta simpatía y admiración le ha ganado su obra en la Argentina

Ofreció la demostración nuestro director Roberto F. Giusti con las palabras que más abajo se publican, a las que contestó Sanín Cano con la brillante improvisación que hemos reconstruído. Después hicieron uso de la palabra el poeta gallego Eduardo Blanco Amor, para expresarle a Sanín Cano la gratitud de los españoles residentes en la Argentina por la forma recta y franca con que siempre informó a *La Nación* sobre la política española, Alfredo Brandam Caraffa, codirector de *Proa*, para expresarle la simpatía que por él sienten los jóvenes escritores de la nueva generación.

Asistieron: Alfonsina Storni, Arturo Capdevila, Fernández Moreno, Pedro Henríquez Ureña, Enrique García Velloso, Julio Noé, Juan Luis Ferrarotti, Víctor Juan Guillot, Antonio Aita, Nicolás Coronado, Carmelo Bonet, Carlos Sánchez Viamonte, Quinquela Martín, Alberto Palcos, Juan Burghi, Arturo S. Mom, Eduardo Blanco Amor, Guillermo Estrella, Enrique M. Amorín, Carlos Américo Amaya, Alfredo Brandam Caraffa, Samuel Glusberg, Faustino M. Brughetti, Armando Chimenti, Emilio Suárez Calimano, Félix Icasate Laríos, Daniel Rodolico y Roberto F. Giusti; y excusaron su inasistencia: José Ingenieros, Juan Pablo Echagüe, Manuel Gálvez, Ernesto Mario Barrada, Alvaro Melián Lafinur, José María Monner Sans, Arturo Orzábal Quintana, Aníbal Norberto Ponce, Ernesto Morales, Francisco López Merino, Luis M. Reissig, Antonio Gellini, Atilio García y Mellid, Gabriel Moreau, Alberto Nin Frías y nuestro director Alfredo A. Bianchi, por encontrarse enfermo.

Publicamos a continuación el

#### DISCURSO DE ROBERTO F. GIUSTI

Señor: Cuando llegasteis, saludamos en las páginas de *Nosotros* vuestra presencia en la Argentina, como una promesa para la juventud, a la cual vuestra palabra podría servir de ejemplo y consejo. Ahí mismo la invitábamos a acercarse al maestro que ha querido radicarse entre nosotros. Algunos ya lo hemos hecho (disculpadme que aun me tenga por joven, siquiera porque necesito de aquel consejo); otros, sin duda, no perderán esta noche la ocasión que hemos querido ofrecerles de estrechar con

vos esa dulce amistad de la inteligencia que nunca negasteis a los jóvenes. En otra ocasión he celebrado, hablando de Rodó, lo que es un maestro, una mente recta y sabia que nos guíe por el camino de la perfección espiritual, y como tal os propongo a los argentinos. Os he dicho del linaje de Montalvo, de Martí, de Rodó, por el idealismo que anima vuestra labor de publicista, por la amplitud y claridad de vuestra mirada, por vuestro amor a América y vuestra preocupación por su porvenir. ¿Cuándo, más que ahora, que una sociedad, un mundo, una civilización se deshace y desmorona ante nuestros ojos espantados, hemos necesitado de guías expertos? Infinitos caminos se abren ante la ansiedad de América, que así pueden llevarla a realizar el alto destino que de ella esperamos, como a extraviarla quién sabe en cuales encrucijadas. Infinitas voces discordes suenan en nuestros oídos en esta hora babélica, señalándonos las rutas más opuestas. Hasta las milenarias del Asia nos aconsejan algunos! En la revista NOSOTROS aun se cree, señor, en la virtud de la civilización greco-romana, la *Humanitas*, que puede informar e inspirar la experiencia histórica de América, a la que no desdeñamos; y todavía somos muchos los que ascenderíamos las gradas de la Acrópolis para repetir ante Atenea la plegaria de Renán. No creo engañarme, maestro, si pienso que podemos contaros entre los nuestros. Hijo de América, no temeis la democracia ni la libertad. Podeis condenar, habeis condenado sus errores y parodias, pero nunca renegaríais de ellas. Los valores caducos de Europa, sus extravíos presentes, no os alucinan ni seducen. Siempre fuisteis un severo censor del militarismo, de la diplomacia enredista, de los turbios manejos financieros, de la venalidad de la prensa, de la concupiscencia, inmoralidad, frivolidad, anarquía de esta sociedad decadente. De estirpe hispana, manejaís nuestro idioma, por el que el nombre y el espíritu de España sobrenadarán sobre la corriente de los siglos, con perfecta maestría. Vuestra cultura es aquélla, universal, que solo son capaces de atesorar con juvenil avidez, sin exclusivismos, los espíritus esclarecidos de América cuando dirigen sus miradas hacia el saber del viejo mundo. Singularmente modesto, habeis dejado dispersa en los periódicos vuestra múltiple y riquísima labor, con la cual podrían y deberán formarse muchos libros

orgánicos, sólidos, henchidos de ideas, noblemente inspirados y sabrosamente escritos. ¡Qué exquisita cultura se muestra en ellos y aun en la más pasajera expresión de vuestro pensamiento! A través de los años, antes de que colaborarais en *La Nación* y después que os incorporasteis al cuerpo de sus corresponsales, nos habeis hablado de política, de economía, de historia, de ciencia, de arte, de letras, siempre con criterio seguro de hombre que ha acrisolado su cultura y madurado su pensamiento. Vuestros artículos, vuestros ensayos, son de una pieza: dicen bellamente, con vigor y rigor lógicos, cosas nobles y justas. La larga residencia en Inglaterra ciertamente no ha sido ajena a vuestro perfeccionamiento espiritual. Tan español como sois por la lengua rica y jugosa que manejaís, teneis mucho de inglés por la seriedad y solidez del raciocinio. En vuestros escritos nunca asoman la garrulería, el conceptismo, el preciosismo que tantos estragos hacen hasta entre los más agudos ingenios españoles. Aquella digna seriedad del pensamiento que tanto debe a las disciplinas clásicas, que se muestra en los publicistas ingleses, así se llamen Macaulay como escriban en los periódicos del día, seriedad que no está reñida con un sano humorismo, no es el rasgo menos característico y precioso de vuestra obra. Y como habeis contemplado durante muchos años las cosas del mundo desde un alto observatorio europeo, apartado de las mezquindades del localismo y desligado de los intereses creados, y sois independiente y tolerante por naturaleza, no hay impulso ni movimiento modernos — aunque encontrados, en esta época de todas las tentativas y todas las experiencias — que no hayáis considerado con comprensiva atención. ¿Qué más se necesita para hacer un maestro? Talento, ilustración, carácter, clarividencia, afán de bien, todo lo teneis. Por eso, señor, los intelectuales argentinos rendimos este homenaje de afecto y camaradería al ilustre colega colombiano.

#### DISCURSO DE B. SANÍN CANO

Señorita, Señores: Las palabras gentilísimas del preciado escritor argentino señor Giusti me han conmovido hasta privarme casi del uso de la palabra. Hay estados de ánimo, como el que me

embarga en este momento, cuya expresión más adecuada y más reverente es el silencio. La adoptaría en esta ocasión sino fuera que el silencio es también, y muy frecuentemente, el vehículo furtivo de la simulación. Debo pues hablar, previniendo desde antes a mis galantes anfitriones que van a tener que prestar su valiosa atención a un orador detestable y a razonamientos de mérito secundario.

En primer lugar mi posición es falsa. Acaban Vds. de escuchar en frase de una tersura y elegancia insuperables el elogio inmerecido de un hombre de buena voluntad. No recuerdo haberme visto sino una vez en posición semejante a ésta en que me han colocado la bondad ilimitada y las excelentes dotes de escritor y analista del Sr. Giusti. Enseñaba inglés hace algunos años a una mujer inteligente y hermosa que había recogido por sí sola algunas nociones sobre la lengua del Imperio Británico. En la primera lección se trató de pronunciar la palabra "potatoes" que la señora articulaba exactamente, como si fuera una voz española, tal como está, escrita. Hube de corregirla tratando de darle la precisa pronunciación inglesa que difiere substancialmente de la que tendría esa palabra si fuera española. Mi discipula me miró fijamente con ojos de Minerva y me dijo: "A las Señoras no se les contradice".

En tal situación me encuentro frente al Sr. Giusti y a los benévolo caballeros que me acompañan. A una señalada atención yo debo contestar contradiciéndolos. Algún mérito debe tener el individuo a quien se hace una manifestación como ésta. Pues, señora y señores, yo me he examinado cuidadosamente buscando esos méritos y acaso he dado con una leve cualidad que justifique esta generosa demostración.

Faltando a mi natural timidez y exagerando un tanto vuestra penetración, me atrevo a decir que acaso me hacéis esta manifestación porque habéis descubierto que soy un escritor sin rival. En efecto, no tengo rival entre los poetas porque jamás he escrito versos; no le tengo entre los novelistas porque, incapaz de mirarme introspectivamente para adjudicarles en seguida mis ideas y sentimientos a personajes imaginativos, no he inventado ni publicado novelas; me ha fascinado la luz de las candilejas, pero, hombre extraño a las grandes emociones y profundamente débil ante las expectativas ansiosas, he preferido contemplar esa luz

desde las butacas, no detrás de bastidores, donde se colocan los autores dramáticos y donde la vida late con un ritmo dionisiaco; tampoco tengo rival entre los ensayistas, porque no hay quien pueda decir que conciliara el sueño o prolongara la vigilia leyendo un libro de ensayos que yo haya perpetrado; considero, por último, plausibles todos los sistemas filosóficos, y tengo por ociosa la tarea de crear nuevas explicaciones del entretenido y enrevesado enigma del universo. No tengo, por lo tanto rival entre los filósofos. Por último no tengo rival entre los periodistas porque, como vosotros sabeis, en esa bella profesión que es más bien un apostolado donde se aspira al martirio, la rivalidad está ausente y es incomprensible.

No niego que mi posición es lisonjera. Escritores de genio y escritores medianos han difundido su actividad por todos los géneros literarios. Goethe escribió dramas, novelas, poesías líricas, ensayos críticos y filosóficos, disertaciones extensas y fecundas sobre los colores y sobre la anatomía comparada. Otros escritores de menos altura han espigado también en numerosas disciplinas. La naturaleza me ha concedido otra originalidad. En mí, en vez de reunirse un número considerable de talentos, se han reunido una cantidad respetable de carencias. Y podría definirme como sin sarcasmo y con mucha propiedad ya definieron a otro escritor: "il avait la chance de n'être ni poète lyrique, ni romancier, ni dramaturge ni philosophe. De là cette union littéraire et unique de quatre talents qu'on n'a pas".

Y termine aquí la contradicción que en pugna con las reglas de la estricta galantería me he visto obligado a hacerle a mi excelente amigo el Sr. Giusti. Acaso él tenga razón en algún punto: a pesar de mi exuberante esterilidad literaria no puedo negar que esa misma aridez ha servido de estimulante a ciertos espíritus selectos. No habiendo producido nada, mi actividad ha servido de incitante a los que debían y podían producir. Aunque no hubiera hecho nada más que excitar la cerebración en talentos tan completos como los de José Asunción Silva y Guillermo Valencia, ya podría decir que mis actividades literarias no han sido vanas. Pero aquellas inteligencias no habían menester impulso exterior: su intensa vida interior era un impulso irresistible. He sido causa de que se lean libros que me parecían dignos de atención; por mi culpa se han discutido ciertas teorías estéticas; he

estado siempre del lado de la juventud; no puedo negar que en América se les ha perdido el miedo a las ideas nuevas desde que el pequeño grupo que oteaba en Bogotá desde 1890 las corrientes literarias y filosóficas hizo acto de presencia ante una generación que creía vulnerados sus derechos tradicionales por las teorías de arte que llenaban el ambiente de los nuevos cenáculos literarios.

Antes de terminar quiero dejar testimonio personal del significado de la revista NOSOTROS. En 19 años ha logrado congregarse en sus páginas inteligencias abiertas al influjo de todas las ondas del pensamiento. Liberal, tolerante con las ideas, severa con el mal gusto, dispuesta a fomentar nobles iniciativas, la revista NOSOTROS es leída en Bogotá, en Méjico, en la Habana, con el mismo interés que en Madrid. Caso único de revista sudamericana netamente literaria que haya llegado sin auxilio extraño a la edad de 19 años es vuestra distinguida y valiente publicación. Sin duda desempeña un papel en la cultura del continente, y si acaso en algunos momentos su existencia ha sido precaria es porque se adelantaba generosamente a la civilización de su tiempo.

Ahora debo excusarme por la longitud e incoherencia de esta oración. Me asaltaba al principio un temor invencible; al llegar a las últimas frases esa emoción se convierte en verdadero pavor. Para hablar durante quince minutos he tenido que apelar a la presencia de ánimo atribuida por sus contemporáneos al vencedor en Waterloo. Cuenta la historia que, estando en Bruselas el Duque, llegó un mensajero enviado por el Rey de España con comunicaciones urgentes. El mensajero no sabía inglés y tenía entendido que Wéllington, a pesar de su estada en España no sabía castellano. Se consolaba el enviado pensando que el vencedor de Napoleón hablaría francés y al pedir audiencia le dijo al ayudante:

—El duque, sin duda, habla francés corrientemente.

—Corrientemente no, dijo el ayudante, pero con mucha sangre fría.

De esta sangre fría he necesitado para dirigir la palabra a un auditorio de refinados, en una capital notoria entre las demás del mundo civilizado por el exquisito gusto de sus habitantes, por la actitud hipercrítica con que someten aquí a la prueba del fuego a las grandes reputaciones literarias y a los hombres de ciencia.  
*Merci.*

## BIBLIOGRAFIA

### HISTORIA

Historia de la **Historiografía Argentina**, por *Rómulo D. Carbia*. — Vol. I. — Biblioteca "Humanidades". Editada por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata. — Tomo II. — La Plata, R. A. — 1925.

**N**ORLE cosecha intelectual, fruto de difíciles investigaciones y de largos años de inteligencia y labor, en un volumen de algo más de trescientas páginas, edición selecta de la "Biblioteca Humanidades", Rómulo D. Carbia nos presenta una *valorización* de la total producción historiográfica argentina, desde el punto de vista de la Nueva Escuela Histórica, a la cual pertenece en compañía de otros historiadores.

La sola enunciación del tema tratado da una idea de la importancia de esta obra. Y si agregamos que se halla escrita con agradable precisión literaria, con meridiana claridad y excelente método; y que la sólida erudición del autor se hermana siempre con un criterio de admirable objetividad, exenta de toda pasión pequeña, fácilmente se admitirá que se trata en nuestro ambiente de un libro excepcional. También se admitirá que las heridas que causen estos juicios tan comprensivos y serenos, serán más perdurables y temibles que las que pudieran ocasionar incomprendiones apasionadas.

Como decíamos, Carbia pertenece a la Nueva Escuela Histórica, de modo que la *valorización* que expone su libro reviste un carácter representativo, propiamente *de escuela*, que lo coloca por encima de una opinión individual. No pretendemos decir que cada uno de los miembros de la Nueva Escuela acepte de lleno las distintas *valorizaciones* que de cada historiógrafo hace Carbia. Es posible que entre los diversos miembros existan a este respecto algunas divergencias de matiz y hasta de fondo. Pero consideramos que la orientación del libro y el problema fundamental que plantea y resuelve son aceptados por la Nueva Escuela en pleno.

Desde tiempo atrás hacía mucha falta la publicación de un libro como este que comentamos. El interés por los estudios históricos se acrecienta día a día, tal vez más que con un propósito de especialización con el de un deseo de intensificación cultural. La lectura de la *Historia de la Historiografía Argentina* será fecunda en diversos sentidos. Con respecto a los investigadores especialistas de otros países sudamericanos podrá incitarlos a un trabajo paralelo que *valorice* la historiografía de los respectivos países. Para todo lector de obras históricas nacionales será consejero indispensable que lo guiará en sus juicios y lecturas. Para los estudiantes será como la iluminación inesperada de un verdadero laberinto, que no otra cosa era para ellos, hasta la aparición de este libro la producción historiográfica argentina. Para los profesores de historia o materias afines en las Universidades y colegios de enseñanza secundaria, será libro de inapreciable valor.

La trascendencia que tiene la publicación de Carbia hará seguramente que los especialistas la comenten con autoridad intelectual. Las líneas que anteceden sólo pretenden dar las impresiones de un simple lector, incapaz de dar juicios definitivos, pero que ha comprendido en su plenitud el alcance del trabajo comentado y la alta significación científica del punto de vista que representa la Nueva Escuela. — ADOLFO KORN VILLAPAÑE, (del *Atenco*).

#### Libros recibidos en el mes de Abril

- Eternidad* (Drama en 3 actos), por Arturo Vázquez Cey. — Imprenta Mercatali. — Buenos Aires, 1925.
- Ensayos de Divulgación Histórica*. Prólogo de Manuel Márquez Sterling, por René Lufriu, de la Academia de la Historia. — La Habana, 1924.
- Quimera Salvaje*, por Roberto Mac-Lean y Estenós. — Lima, 1925.
- Horas mías* (Versos), con un prólogo de Juana de Ibarbourou, por María Elena Muñoz. — Montevideo, 1924.
- De mi Carcax*, por Bautista Iturreria. — Punta Alta. — Bahía Blanca, 1925.
- Terciversaciones*. — De Leo Legris-Matias Aldecoa y Gaspar, por León de Greiff. Primer Mamotreto. — Años 1915-1922. — Bogotá, 1925.
- Fundamentos de la Anterosofía* (La Ciencia que Florece), por Manuel Núñez Regueiro. Profesor de Filosofía de la Universidad del Litoral. — Agencia General de Librerías y Publicaciones. — Rivadavia 1573. Buenos Aires, 1925.
- Horas Matinales* (Páginas de un Escolar), por Luis Pascarella. — Editor M. Gleizer. — Triunvirato N.º 537. — Buenos Aires, 1925.
- El problema religioso en la cultura Latinoamericana*, por Julio Navarro Monzó. — Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. — Montevideo, 1925.
- La ciencia única, sendero de salvación*, por Jyotis Pracham. — Biblioteca de "El Faro Oriental". — Montevideo, 1925.
- El Vegetarismo, Teórico y Práctico*. (Cocina Vegetariana), por J. Fernando Carbonell. Doctor en Naturología. — Librería Sintés. — Barcelona, 1925.
- Historia da Litteratura Realista* (1871-1900), por Fidelino de Figueiredo. 2.º edición. revista. — Biblioteca de Estudos Historicos Nacionaes. — V— Lisboa. — Livraria Clasica Editora, de A. M. Teixeira y Cia. (Filhos). — P. dos Restauradores, 17. — 1924.
- Alfredo L. Palacios*. Caracteres, valores y problemas de su personalidad y su acción., por Antonio Herrero. — Editor M. Gleizer. — Buenos Aires, 1925.
- La trompeta de las voces alegres* (Poesías), por Nicolás Fusco Sansone. — Montevideo, 1925.
- Les lettres de Van Engelmom*. Un scandale littéraire. — L'introuvable pamphlet de Jules Lecomte. Prince des chroniqueurs. — Introduction et notes de Henri d'Almeras, avec un portrait gravé sur bois, par Achile Ouvré. — Collection des Chefs d'Oeuvres Méconnus. — Editions Bossard. 43, rue Madame. — Paris, 1925.
- Nouvelles Oeuvres*, de René Le Pays. Suivies du *Dialogue de l'Amour et de la Raison*. Introduction et notes de Albert de Bersancourt. Orné d'un portrait gravé sur bois, par Achille Ouvré et d'un frontispice. — Collection des Chefs-D'Oeuvres Méconnus. — Editions Bossard. 43, rue Madame. — Paris, 1925.

- Avvicinamento alla Pazzia*, por Franco Casavola. — Preparazione graduale attraverso i luoghi comuni. Prefazione di Marinetti. — Edizioni Futuriste di "Poesia". Milano. 61, Corso Venezia. 1924.
- Un vaso con peces de oro*, por Victor Auburtin. Versión del Alemán, por Ramón de Luzmela. — Los Humoristas. — Calpe. — 1925.
- Como se escapó el demonio Blanco del Mar Negro*, por Lewis S. Palen. — M. Aguilar editor. — Madrid, 1925.
- En torno del fascismo italiano*, por Francisco Cambó. — Meditaciones y comentarios sobre Problemas de Política Contemporánea. — Prólogo de Angel Ossorio y Gallardo. Concesionario exclusivo para la venta: CALPE, Suipacha 585, Buenos Aires.
- Clásicos Castellanos: Fernán Pérez de Guzmán*. — Generaciones y Semblanzas. — Edición y Notas de J. Domínguez Bordona. — Ediciones de "La Lectura". — Madrid. 1925.
- Juanita La Larga* (Novela), por Juan Valera. — Biblioteca Nueva. — Madrid, 1925.
- Anatole France en zapatillas*, por Jean Jacques Brousseau. — Traducción de Margarita Nelken. — Biblioteca Nueva. — Madrid, 1925.
- Medallas Europeas relativas a América*. Las describe J. T. Medina, con ilustraciones. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. Número XXIV. — Facultad de Filosofía y Letras. — Buenos Aires, 1924.
- Inquisiciones*, por Jorge Luis Borges. Editorial "Proa". Buenos Aires, R. A. 1925.

#### Folleto recibidos en el mes de Abril

- Tiempo nuevo* (Comedia Social), por Agustín P. Rivero Astengo. — Buenos Aires, 1925.
- Abastecimiento de leche higiénica de la Ciudad de Buenos Aires*. — Sección Propaganda e informes del Ministerio de Agricultura de la Nación. — Marzo 20 de 1925.
- El porvenir del cultivo de la Palmera Datilifera en La Rioja y provincias del Norte*. — Sección Propaganda e Informes del Ministerio de Agricultura de la Nación. — Marzo 13 de 1925.
- Discursos del Ministro de Agricultura T. A. Le Breton, en el acto inaugural de la Exposición Agrícola de Río IV, (Córdoba)*. — Sección Propaganda e Informes del Ministerio de Agricultura de la Nación. — Marzo 17 de 1925.
- Anales de la Academia de la Historia*. — Publicación Anual. — Tomo V. — Enero a Diciembre de 1923. — Habana, 1923.
- Boletín del Museo Social Argentino*. — Número de Diciembre de 1924. — Segunda Epoca. — Entrega N.º 42. — Buenos Aires, 1925.
- Inventario y distribución*. — Museo José Martí. — Habana, 1925.
- La buena labranza del suelo y Estadística agropecuaria*. — Dirección de Economía Rural y Estadística. — Ministerio de Agricultura de la Nación. — Abril de 1925.
- Rubayat*, de Omar Kheyyám. — Traducción directa del persa por Ventura García Calderón. — "El Convivio". San José de Costa Rica. C. A. 1925.
- Rumbos y aspectos de la civilización*. — II. Valor actual de los estudios clásicos, por Félix R. Escobio. — Buenos Aires, 1925.
- Dispositivos prácticos e ingeniosos para la vida rural*. — Palanca para arrancar postes. — Sección Propaganda e Informes del Ministerio de Agricultura de la Nación. — Marzo 24 de 1925.

## LAS LETRAS ARGENTINAS JUZGADAS EN EL EXTRANJERO

La literatura argentina, por Ricardo Rojas.

EN el último número de la REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA (tomo XI, 1924, c. 4.º), AMÉRICO CASTRO escribe sobre La literatura argentina, de Ricardo Rojas (2.ª edición), en los siguientes términos:

Entre los escritores actuales de la América española, corresponde un lugar eminente al argentino Ricardo Rojas. La amplitud de su producción y el sentido que la une y armoniza justifican el estudio atento de su obra, de lectura indispensable si se quiere conocer lo que actualmente sea la civilización junto al Río de la Plata. Antes de Rojas, los estudios literarios carecían de cultivo sistemático en su país. La crítica y la historia literarias venían produciéndose ocasionalmente. A menudo, el conocimiento defectuoso del pasado llevaba a tener escasa cuenta de lo que representaba la civilización anterior a la independencia en 1810. Por otra parte, el afán por hacer resaltar las notas diferenciales de la literatura argentina, hizo olvidar la necesidad previa de descubrir esos mismos rasgos originales y diferenciales. Rojas ha abarcado el problema en toda la complejidad que ofrece, y ha formulado una sugestiva teoría que, como toda concepción de conjunto, podrá suscitar discusiones, pero que por sí misma es base de estudio y razonamiento.

Entre los países hispanoamericanos, tal vez ofrezca la patria de Rivadavia y Sarmiento la mayor agudización del sentido patriótico y nacionalista. Ello se explica por el carácter cosmopolita de su población. Méjico o Chile hacen descansar su nacionalidad sobre el elemento criollo (español hasta el momento de la independencia) y el elemento indígena. En la Argentina, el elemento originario no es el más numeroso; en cambio, italianos, eslavos e israelitas, combinados con la base criollohispana y con la importante inmigración española, hacen de Buenos Aires (corazón y cerebro de la República) una de las ciudades más variadas y originales. Sin esa fiera conciencia de nacionalidad, de ser *ellos*, la Argentina sería una mecánica yuxtaposición de razas incoherentes. Durante el siglo XIX hubo un momento en que la influencia extranjera parecía poner en peligro hasta la oficialidad de la lengua española; pero ese peligro fué pasajero y quizá más teórico que real. Rojas alude bellamente a este episodio, analizando la personalidad de Sarmiento: "*Piensa como un hidalgo viejo de Castilla aunque habla como un héroe de la América republicana*. Y cuando la corrupción cosmopolita y la implantación de escuelas extranjeras pusieron en peligro la unidad moral del país que había soñado, y creyó que su obra de medio siglo se iba a malograr, saltó, ya viejo Agamenón, a la arena, y le

vieron bravear en las últimas campañas nacionalistas, defendiendo, precisamente, la lengua de sus libros, que era la de su patria constituida. Así condensa Sarmiento, por las raíces eternas del idioma, la milenaria tradición de la raza." (*Liter. arg.*, V, 543).

Rojas expresa su concepción de la literatura argentina en forma tan elevada, a la vez tan nacional y tan hispana, que la adhesión a su pensamiento surge inmediata y espontánea: "Después de 1810, momento inicial de la emancipación americana, el idioma ha seguido una evolución común a todas las naciones en que se dividió el antiguo imperio de Carlos V. Llegará día en que la historia literaria de nuestro idioma abarque la extensión territorial de aquel deshecho imperio, y comprenda la vida mental de todos los pueblos que parecieron tender a España por metrópoli. Algunos actos de la crítica contemporánea parecen augurarle así; entre ellos la *Antología de poetas hispanoamericanos* y el *Horacio en España*, obras ambas del esclarecido humanista D. Marcelino Menéndez Pelayo; y como las suyas, algunas sudamericanas que parecen tender a este propósito de crear un "Imperio", una "raza", una ciudadanía internacionales dentro del idioma. Ese período ha de llegar, por obra de tales ideas, o como forzosa consecuencia de progresos materiales, en población, vitalidad, comercio. Pero entretanto, nuestras naciones necesitan hacer la historia crítica de su propia evolución literaria; y he aquí que al intentarlo, como en el caso de la República Argentina, la conciencia nacional tropieza con la apuntada dualidad entre un territorio que nos pertenece exclusivamente y un idioma que nos pertenece en común con otras naciones donde se le habla con igual derecho y por iguales causas que entre nosotros mismos" (I, 29).

Dentro de ese internacionalismo del idioma aspira Rojas a formar "una conciencia de nacionalidad literaria, y a vigorizar la conciencia de la lengua castellana" (I, 30). A lo largo de su obra actúan esas dos ideas: carácter internacional de las manifestaciones literarias argentinas, por el hecho de la lengua y de la tradición común a los demás países hispanos; carácter local o regional, por el hecho de la nacionalidad. El problema es, sin duda, arduo, y es digno de toda la que Rojas haya emprendido su estudio. Ante tema tan sugestivo, el observador no argentino siente el deseo de formular algunas dudas de carácter puramente científico. ¿Puede trazarse la historia de una zona cualquiera de nuestras letras sin la visión simultánea de lo que acontece en el conjunto de ellas? Si consideramos aislado un escritor, ¿veremos en él su personalidad íntegra? En el tomo V, Rojas hace un estudio admirable de Esteban Echeverría: la personalidad, las ideas, el arte. Nada sobra en cuanto dice el ilustre historiador, ¿pero no habría sido conveniente hacer notar que Echeverría va al romanticismo por los mismos motivos que los restantes escritores de su tiempo y de su literatura, Alcalá Galiano, Duque de Rivas, Martínez de la Rosa o Espronceda? ¿No se encuentran en él temas afines, la misma dirección artística, las mismas fuentes que en aquéllos? Al contacto de las literaturas extranjeras, la nuestra vuelve a los autores de otros siglos. Dice Echeverría: "Quevedo es el escritor español más rico en formas de estilo." Lamenta que Quintana amolde "la colosal figura de D. Pelayo a las mezzinias proporciones del teatro francés, cuando, por otra parte, en sus poesías habla con tanta energía el espíritu nacional y se muestra tan español". Conoce y elogia a Calderón, a Herrera, a León y a Lope (V, 286), y "lamenta el olvido en que los españoles de entonces tenían los tesoros medievales y del siglo de oro". ¿No era esa la actitud del Duque de Rivas aprendiendo en la isla de Malta a admirar a nuestros autores viejos? El romanticismo argentino (se nota perfectamente leyendo a Echeverría) no es sino un capítulo del romanticismo en nuestra literatura toda, cuyos rasgos salientes son

el extranjerismo (nos lo traen los emigrados) y el retorno a la vieja tradición literaria (1). Que Echeverría aluda y se refiera a temas de su tierra es natural; el romanticismo es, por uno de sus aspectos, localismo y costumbrismo. El granadino Martínez de la Rosa se detiene en el héroe de la Alpujarra, Abén Humeya; el cordobés Rivas condensa su máximo afán literario en Almanzor y Averroes, cordobeses eximios; Enrique Gil describirá el Bierzo; Zorrilla poetiza los castillos de la vieja Bardulia por donde vagó su juventud enamorada, y así muchos más. Dentro de ese fenómeno común, notar el sincronismo o el retraso sería de gran interés. ¿Dura más el estímulo romántico en América que en España?

Tomemos ahora un punto distinto de referencia. En el tomo I, página 310, se estudia el refranero argentino y se citan diez refranes recogidos por el autor, que observa que "si los refranes argentinos se hallan en España, los de España estuvieron en el latín, y éstos en el sánscrito primitivo". Pero aquí la cuestión de la forma lingüística es esencial. Pereda titula una novela suya *El buey suelto*, porque sabe que todo lector completará: *bien se lame*; que ese refrán se diga también en la Argentina, es perfectamente natural. Y lo mismo podría decirse de los nueve restantes.

Estos problemas que se me plantean al estudiar tan importante trabajo se formulan aquí con el propósito de colaborar al esclarecimiento de la cuestión más general implicada en la obra. La peculiaridad de muchos autores argentinos es innegable. ¿Acaso pudo producirse el *Martín Fierro* sino allí donde se produjo? Pero ¿hasta dónde pertenece a la literatura común? ¿Sólo por la lengua? Tal vez es aún pronto para dar un juicio definitivo sobre la cuestión. Desde luego cabría pensar que el hecho de moldear la sensibilidad en la misma lengua materna trae consigo muchas analogías y pocas diferencias, prescindiendo de las que existen por el hecho de las distintas individualidades. ¿Qué diferencia hay entre Rodó, uruguayo, y Lugones, Rojas, Joaquín González, argentinos, prescindiendo de las modalidades personales? En el terreno puramente artístico, ¿a qué se reduce el uruguayismo, el argentinismo o el españolismo? Cuando salgamos de la literatura que por el giro de las ideas o por el contenido de sus alusiones se refiere a la misma tierra nacional, y nos enfrentemos con puro y humano arte, ¿dónde encontraremos lo nicaragüense de Rubén Darío, lo colombiano de José Asunción Silva, lo chileno o venezolano de Bello, lo argentino de los poetas Lugones o Rojas?

Una lengua no es sólo un instrumento: es, sobre todo, un molde y un vehículo, y entre quienes la hablan, salvando las modalidades de región o las peculiaridades de tema, las líneas mayores y directivas serán uniformes. Una presión energética y valiosa actuará por igual en todos nuestros países. El gongorismo fué tan americano como peninsular; igual vale del neoclasicismo; análogo es el lenguaje de los revolucionarios de Mayo al del ambiente literario del príncipe de la Paz; el romanticismo de la Argentina tiene aquí su correlación. En fin, cuando un americano genial como Rubén Darío imprime rumbo nuevo a la poesía, todos los hispanos hablantes le siguen dóciles. El más alto de los poetas extranjeros (Hugo o Verlaine) no podría haber ejercido, y de hecho no ejerció, influencia ni remotamente comparable.

Dentro de una gran literatura problemas como éstos son inevitables. El teatro de los hermanos Quintero, ¿es andaluz? ¿Pertenece a la literatura general castellana? Las modalidades lingüísticas de este teatro son muy marcadas, hasta el punto de que no las presenta mayores ninguna de las obras del teatro nacional argentino. Los sentimientos, los temas, son igual-

(1) He procurado precisar este punto en mi libro *Les grands romantiques espagnols*, Paris, 1922.

mente locales. ¿Hasta qué punto influirá en nuestra calificación el hecho de que Andalucía sea una región de España y no un Estado como Uruguay o Chile? (1). En otro orden de ideas, ¿qué es la literatura belga en lengua francesa? En la reciente *Histoire de la littérature française*, de Bédier y Hazard (1924), las letras belgas, suizas y canadienses se estudian como literatura de los países de lengua francesa, aunque no de Francia. Maeterlinck, pues, pertenece para ellos a la literatura francesa, exactamente como el suizo Amiel.

Con motivo de *Martín Fierro*, Rojas define concretamente su pensamiento (II, 865). Unamuno y Menéndez Pelayo reivindicaron para la literatura general hispana el bello poema del gaucho pampero; pero nota Rojas: "En el imperio espiritual de nuestro idioma, el habla de los gauchos es dominio importante, y a la filología ibérica le pertenecen en dominio sus poemas; pero en la evolución nacional de los argentinos, argentinos son esos poemas por lo que ellos reflejan del ambiente y del hombre locales. El *Martín Fierro* es de toda la raza ibérica como documento filológico; pero es de nuestra raza argentina como documento literario."

Para mí es innegable, como antes dije, que el *Martín Fierro* tiene un carácter local, y que no podía escribirse sino allí donde fué escrito. Digamos lo mismo del *Periquillo Sarmiento*, mejicano, o de *Sotileza*, de Pareda, inconcebible fuera del ambiente santanderino, y de cien obras más de nuestra literatura. Científicamente no veo clara la unidad indisoluble que Rojas establece entre el concepto de nacionalidad y el de la peculiaridad local del *Martín Fierro*. Por una mezcla de azares y torpezas no son una misma nación Bolivia, Argentina, Uruguay y Paraguay; de formar una unidad estos países, ¿por qué no habría podido surgir el *Martín Fierro* como gesta de la pampa? Y habría representado entonces una variedad regional, respecto del país mayor, dentro del cual podrían surgir otras variedades. En resolución, yo comparto la idea de Rojas en tanto que admito que el *Martín Fierro*, no obstante hallarse unido al conjunto de nuestra literatura, que es americana y que es ibérica, presenta singularidades sumamente típicas. Pero no pienso que el *Martín Fierro* sea al *Poema del Cid* lo que éste a la *Chanson de Roland*. La unidad de lengua es, en este caso, unidad de arte. Pero creo que sólo me separa de Rojas una cuestión de palabras.

En el fondo se plantea aquí un problema que sólo el porvenir podrá resolver, y que he examinado ahora arrastrado por el interés que las páginas de Rojas suscitan. El presente libro aspira tanto a destacar la argentinidad de los autores estudiados, como a influir en la preparación de esa futura argentinidad, y en ese sentido es manifiesto su carácter patriótico. La obra termina con este cálido llamamiento al espíritu de la patria: "He ahí el secreto de este libro y la virtud fecunda de su teoría para las vocaciones literarias del porvenir, especialmente para aquel joven poeta futuro a quien la patria aguarda como lo mejor de su destino. Y el más alto objeto de mi obra quedaría satisfecho, si ella ha de servir al Esperado para que no extravíe su ruta, para que resuma su tradición, para que la renueve en arte perdurable, trascendiendo por la patria a la Humanidad." Ese día será también de júbilo para todos los países de lengua española, y el Esperado será de todos y todos serán de él.

En la actual disposición, *La literatura argentina* dedica dos volúmenes a los *gauchescos*, dos a los *coloniales*, dos a los *proscriptos* y dos, en fin, a los *modernos*. La literatura contemporánea no figura en ella. Lástima que la falta de un índice alfabético haga a veces difícil el manejo de tan her-

(1) Tan argentinos son para Rojas los escritores anteriores a 1810, cuando la Argentina era española, como los posteriores.

mosa obra; en ocasiones, un autor está estudiado en diversos lugares, por exigencia de la variedad de sus escritos, como acontece con Sarmiento.

Largo espacio haría falta para comentar obra tan sugestiva. Tratándose de un país joven, donde aún no están siempre claramente separadas las diversas actividades espirituales, Rojas ha procedido con cordura no limitándose sólo al aspecto literario. Tenemos aquí, en realidad, un manual de historia de la civilización argentina, en el que lo artístico roza lo político y lo social. Los dos tomos consagrados a los *coloniales* son, en realidad, una historia de la civilización hispánica en los países del Plata y en las regiones vecinas. Como la Argentina dependió primero del virreinato del Perú, dice Rojas: "Los historiadores particulares del Perú nos interesan directamente, ya sea que aludan a sucesos de nuestro país, ya sea que tan sólo describan la organización indígena anterior a Pizarro o al primer asiento de la colonización sudamericana" (III, 287). Con tal amplitud de criterio, el lector no hace sino ganar en su visión. Este múltiple interés del autor, que ha revuelto archivos, que ha recogido canciones populares, que ha considerado las cuestiones filológicas con tanta atención como las musicales o las filosóficas, presta valor excepcional a esta enciclopedia de la cultura argentina. Leyéndola, a veces nos dejamos arrastrar por la argentinidad que inspira al autor, a veces no notamos tal argentinidad, y nos parece estar contemplando cosas de nuestra patria, viejas o nuevas. En todo caso experimentamos una vivísima satisfacción ante tamaño esfuerzo, sin precedentes en los estudios de literatura hispanoamericana.

AMÉRICO CASTRO.

El Caudillo, por Valentín de Pedro.

EL 4 de febrero fué estrenado con mucho éxito en Madrid, un drama de nuestro compatriota VALENTÍN DE PEDRO, titulado EL CAUDILLO, cuyo protagonista es Facundo Quiroga. De las crónicas que se ocuparon del estreno, reproducimos la siguiente, muy informada, de ANDRÉS OVEJERO, en El Socialista del día 5:

Mercidamente fué llamado anoche a escena Valentín de Pedro. Los alentadores aplausos a la primera producción dramática del joven escritor fueron justa recompensa de un intento loable. En toda ocasión lo sería; pero más en la ocasión presente, porque llevar al escenario una obra con preocupaciones estéticas supone cierto heroísmo, porque lo desacostumbrado de la dicción poética en los actores y lo estragado del gusto del público por las habituales ineptias que en el teatro de hoy se le ofrecen, son circunstancias harto comprometedoras de todo empeño de arte. Las audacias juveniles del escritor argentino se impusieron a tales dificultades, venciénolas acaso mejor que a las deficiencias de su personal inexperiencia en materia teatral, de la que, en rigor de justicia, sólo debemos ver en *El caudillo* afortunados tanteos.

*El caudillo* es Juan Facundo Quiroga, el personaje inmortalizado por Sarmiento, el gran escritor argentino, en su libro famoso *Facundo.—Civilización y barbarie en la República Argentina*.

El drama de Valentín de Pedro es una piedra desprendida de la inmensa cantera y delicadamente labrada. La biografía verdaderamente épica de Sarmiento tiene oceánico tumulto de pasión y grandeza. El episodio dramatizado por Valentín de Pedro tiene pintoresca animación de arroyo florido en sus márgenes. El *Facundo* de Sarmiento conserva en su anchurosidad la fuerza de la pampa. *El caudillo* entre los bastidores del teatro

madrileño empequeñece la figura colosal de Juan Facundo Quiroga. No andaría muy descaminado de la verdad quien achacase gran parte de estas diferencias a la diferencia capital entre lo grandioso del relato épico en la obra publicada en 1845 y lo insuficiente del episodio dramático estrenado en 1925. Para conocer a Quiroga no sirve la obra de ahora. Es preciso leer la biografía famosa. De tres partes consta la obra. La primera es un estudio del medio físico y del ambiente moral de la Argentina. La segunda se contrae a la vida de Quiroga. La tercera acaba de hacernos conocer la representación típica de la lucha de los campos bárbaros contra las ciudades civilizadas, mostrándonos en la dictadura de Rosas la reencarnación del caudillismo. Así sacrificó Sarmiento en la última parte de su obra la belleza literaria de los cuadros novelescos en que narró la vida de Quiroga a la intención política del libelo implacable, a la debelación de la tiranía de Rosas. El drama de anoche, en cambio, difícilmente hará conocer al público aquella que llamó Sarmiento "la figura más americana de la Revolución". "Sombra terrible de Facundo (así comienza el famoso libro argentino), voy a evocarte para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo. Tú posees el secreto, ¡révelánoslo! Diez años aun después de tu trágica muerte el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: ¡No, no ha muerto! ¡Vive aún! ¡El vendrá! ¡Ciertó! Facundo no ha muerto; está vivo en las tradiciones populares, en la política y revolución argentinas; en Rosas, su heredero, su complemento: su alma ha pasado a este otro molde más acabado, más perfecto; y lo que en él era sólo instinto, iniciación, tendencia, conviértese en Rosas en sistema y efecto y fin... Facundo, bárbaro, valiente, audaz, fué reemplazado por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo". Como se ve, leyendo a Sarmiento conocemos la supervivencia espiritual de Quiroga. Presenciando el drama *El caudillo* tan sólo al término de la obra, en el desenlace del drama, vislumbramos en la causa del gaucho alzándose sobre el cadáver de la amada inaccesible, inmolada a la pasión bárbara, un fulgor de justicia futura, un ideal de libertad. Y por cierto que en el estreno de la obra los aplausos excesivos al final del tercer acto, en una escena a lo Sardou, escasearon al final del acto último, ante una escena, la del desenlace del drama que, siendo romántica, del más puro romanticismo, constituye acaso el mayor acierto poético de Valentín de Pedro en una clarividente reconstitución del estado del alma de hace un siglo, allá por 1830, fecha del romanticismo del siglo pasado, a la cual van acercándose (*corsi e ricorsi*) las corrientes románticas de nuestro siglo.

Y conste que el valor poético de esa escena está en la escena misma y no en los versos, como pudiera suponer la superficial opinión del público de los estrenos. Los versos no hacen más que subrayar la idea. La poesía está en la escena más que en los versos:

Yo puse sobre toda voluntad mi destino  
y no conocí dique mi soberbia impiedad;  
pero sin duda Dios te puso en mi camino,  
cual límite divino  
en el que se estrellara mi humana voluntad.

He ahí sobre el oscuro fondo histórico la luminosa fantasía del poeta. He ahí la fuerza bárbara del aventurero cruel convertida en el ideal gauchesco de la libertad de los campos. ¡Qué hermoso quinto acto hubiera podido imaginar el poeta presentándonos al "Tigre de los llanos" "con la

lanza en ristre, todo corazón" por el recuerdo de Severa Villafañe, la dulcinea eterna del gaucho famoso!

He dicho el poeta y no rectifico. Lo es a mi juicio, Valentín de Pedro, siquiera sus versos, inadecuados por cierto a la recitación dramática, corran con fluidez, sin cauce, con galopar sin brida, entremezclándose con vicioso artificio a escenas de teatralidad desmayada, porque en ellos sustituye a la eficacia de la acción dramática la irrupción del lirismo.

Del lirismo, que no es la poesía. Entendámonos. No vamos a renovar la antigua discusión sobre el verso y la prosa en el teatro, aunque la periodicidad con que se aparece la preocupación de este problema es realmente sugestiva. Desde que en las primeras observaciones teóricas que sobre el teatro español se han escrito, las contenidas en la *Propaladia* de Torres Naharro, en 1517, hasta el discurso en que Bretón de los Herreros, al ingresar en la Academia, planteó al mismo problema, en 1837, ¡cuán interesante discusión!

Recientemente, con motivo del teatro poético, el problema ha recuperado actualidad. Y tratándose del teatro argentino, al que por su nacionalidad pertenece la obra de Valentín de Pedro, siquiera tengamos a honra y dicha la presencia de su autor en Madrid, sería sobremedida interesante el estudio de la evolución del drama argentino en verso, si no nos lo vedasen apremios de tiempo y angostura de espacio.

Desde el *Siripo* de Labardén, el primer drama argentino, hasta *Raza que muere*, de Eugenio Díaz Romero, podía seguirse, con la longitud de un siglo, la evolución del teatro poético rioplatense. El proceso de su nacionalización se nos iría mostrando en sus distintas fases. El neoclasicismo de Juan Cruz Varela, en su *Argia* y su *Dido*; el romanticismo de Mármol en *El cruzado*; el tránsito del circo a las tablas del *Juan Moreira*, de Gutiérrez, transformando la pantomima en drama; la restauración literaria del drama poético en Martín Coronado; la manera moderna del poema rústico del malogrado Maturana, podríamos así llegar hasta *El caudillo*, de Valentín de Pedro, llamado a obtener aquí y al otro lado del Atlántico los aplausos de quienes ven en el teatro argentino (cuya otra faz, desde las comedias urbanas de Laferrère y las geniales obras de Ghirardo, traen alientos cosmopolitas de modernidad) una dilatación gloriosa de una de las mayores glorias de la común estirpe del glorioso teatro español.

De la reseña de la interpretación debe en justicia destacarse el nombre del actor Ricardo Galache. Indiscutiblemente es un gran actor. No canta los versos, aparte de que la métrica de Valentín de Pedro no es muy musical, pero acierta en la caracterización del tipo escénico en todo lo que no es musical sino plástico de la escena: gestos, ademanes, actitudes... Viendo la acertadísima interpretación que Galache hace de *El caudillo*, se recuerda la descripción que Sarmiento hace de Quiroga. Recordamos su cólera feroz. Su melena de ensortijados cabellos cayendo sobre su frente como las serpientes de la cabeza de Medusa; su voz, enronquecida por la pasión; sus miradas como puñales... "Su cara ovalada, dice, estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespada y negra, que subía hasta los pómulos, bastante pronunciados para descubrir una voluntad firme y tenaz. Sus ojos negros llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos en quienes alguna vez llegaban a fijarse, porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza siempre inclinada y miraba por entre las cejas." He ahí un actor dramático de porvenir, Ricardo Galache. He ahí un autor dramático de mañana. Valentín de Pedro. Esto es lo que podemos decir por hoy.

## LAS REVISTAS

### Impresiones de la Argentina en un economista.

**E**l publicista español LUIS DE OLARIAGA que nos visitó el año pasado, ha dado a conocer en el número de febrero de la REVISTA DE OCCIDENTE sus impresiones sobre la Argentina. Reproducimos la parte sustancial de este artículo, sólo omitiendo los dos capitulillos iniciales, de carácter literario, en que se describe el barco de los emigrantes y las esperanzas e ilusiones de que va cargado.

EL EMIGRANTE DESARROLLA AMÉRICA. — Quitad los emigrantes a América y deja de ser América. ¿Qué es América sino la colonización, el crecimiento, el desarrollo, el alumbramiento fácil de nuevas riquezas? En todas partes se puede crear riquezas, pero en ninguna con la rapidez y con la simplicidad de recursos que en América. El día en que así no ocurra habrá que transformar el concepto histórico de América. Y siendo tan fácil crear allí la riqueza, todo es cuestión de hombres, de población, de emigrantes. Tras de ellos ha acudido hasta ahora sin demora lo que hace falta para aprovechar su voluntad de esfuerzo: los capitales, la técnica.

Por eso, el barco de emigrantes es lo que con más anhelo recibe América; aquellas repúblicas sobre todo que, como la Argentina, son más América. Cuando hace su arribada, pregonan los diarios alborozadamente la buena nueva: ¡Más hombres! ¡Más riqueza! ¡Tantos emigrantes llegados hoy! ¡Tantos emigrantes llegarán mañana! Esta grata tonada, repetida semana tras semana, año tras año, da la mágica sensación del desarrollo incesante, de la prosperidad inagotable; crea el optimismo, la especulación —que no es más que la previsión de una futura realidad halagüeña. Tras de la representación del barco de emigrantes, de la gran carga de esfuerzos que cae sobre la virgen tierra fecunda, el propietario entrevé acrecidas rentas; el financiero, nuevos negocios; el acarreador, aumento de tráfico; el industrial, incremento de pedidos; el comerciante, ampliación del mercado; el periodista, afluencia de anuncios; el empleado, mejores colocaciones, el obrero, mayores salarios.

Así se forma la tónica social de la Argentina — optimismo, actividad, seguridad en el porvenir, despreocupación para el gasto.

EXCESOS DEL OPTIMISMO. — El optimismo económico, la confianza en el incremento cierto del bienestar general, en un país nuevo, en un país sin tradiciones firmes de otros tiempos más espirituales, en un país sin luchas seculares que le hayan creado hábitos de reconcentración y de reserva, en un país de continuas inmigraciones llegadas con la obsesión del dinero, crea un ideal inmoderado de placeres materiales, de goces superficiales o externos. En la Argentina se gasta enormemente, se gasta mucho más que lo que gastan en igual proporción de riqueza las sociedades europeas. General-

mente, no se ahorra. En cambio, es muy frecuente gastar más de lo que se puede y ponerse en peligro de correr luego temporales. Se tienen muchos hijos, se vive con todo el gasto posible, se alardea de poseer costosas alhajas, se visita Europa con frecuencia. Todo se hace con largueza, audazmente, en la certidumbre de que después todo se ha de arreglar, de que el país irá prosperando y cubrirá, tarde o temprano, las lagunas que abra el crédito en las economías privadas.

"¿Por qué llaman ustedes economía a eso que estudian? — me decía una vez una inteligente dama argentina—, ¿qué palabra tan fea: economía!" Y no creo yo que la palabra suene mal en la Argentina únicamente a algunas distinguidas damas.

NO HAY TIEMPO PARA PENSAR. — Todo ese enorme gasto, ese nivel exagerado de vida material, característico de la Argentina, trae sus consecuencias. La primera es la dificultad para formar una cultura superior. El coste de la vida es tan elevado y la valorización del trabajo intelectual tan modesta, que no es posible vivir ejercitando el arte o el pensamiento en sus formas más nobles y selectas. El intelectual argentino necesita desempeñar múltiples oficios que le hacen casi imposible prepararse y ahondar. "Aquí tenemos que hacer cada uno demasiadas cosas", se oye lamentar constantemente.

Los profesores explican dos, tres, cuatro cátedras. Se dice con humor en Buenos Aires que los tranvías tienen tarifa especial para policías y profesores. Y aún no les basta a los profesores con las varias cátedras para sostener financieramente su rango social y, muchas veces, los que no tienen además bufete o clínica — y aún los que tienen — suelen buscar auxilio en alguna empresa agrícola o ganadera.

Eso es fatal. La cultura superior exige reposo, reflexión, intimidad, trabajo teórico y desinteresado. En las actuales condiciones sociales, es difícil que la Argentina elabore una cultura superior acorde con su potencia material.

TAMBIÉN REQUIERE SUS PREVISIONES LA INDEPENDENCIA NACIONAL. — La Argentina, mientras sus hombres trabajaban sin tregua para hacer frente a una vida costosa, ha resuelto hasta ahora su problema cultural agenciándose elementos técnicos, instrumentos industriales y métodos extranjeros. Pero se ha agenciado todas esas cosas a costa de no hacer nación, a costa de su independencia. Se ha procurado ingenieros extranjeros, gerentes extranjeros, intelectuales extranjeros. Se ha procurado, asimismo, capitales extranjeros, máquinas extranjeras, medios de transporte extranjeros. Sus Bancos son, principalmente, ingleses, yanquis o italianos; sus ferrocarriles, ingleses; sus empresas eléctricas, alemanas o italianas; las industrias preparadoras de sus carnes, yanquis; los barcos que transportan sus productos de toda clase de naciones.

La Argentina es una presa de otros países industriales que la valoran, que la someten a dependencia y deciden en lo económico, excesivamente de su suerte. Lejos de las luchas internacionales, dueña de una tierra magnífica abundante en alimentos y primeras materias industriales que Europa demandaba ávidamente, no ha sentido la necesidad de ir formando integralmente el organismo nacional y equipándose, tanto en el orden espiritual como en el material. Así como para crear cultura superior en un país hace falta una limitación de la actividad práctica, una reserva de la atención y del esfuerzo, en beneficio de las tareas desinteresadas del espíritu, para crear independencia económica, una serie de medios materiales propios, se precisa también la limitación del consumo, la reserva de una parte considerable de la renta nacional.

La Argentina se ha habituado a vivir sin esa limitación, sin esa reserva; al menos en la medida que la reserva se hace necesaria. Ha considerado que su gran problema estaba en desenvolverse económicamente el país, fuera como fuera. Europa le enviaba su sobrante de capitales, sin dificultad ninguna. Europa le prestaba sus técnicos. Europa le compraba su producción agrícola y ganadera. A la Argentina no le ha inquietado más que el emigrante, pues del emigrante no prescindía gustosamente Europa. Así para la Argentina el emigrante era la clave del progreso nacional:

Pero la Argentina, al vivir de los capitales y de la técnica y de los mercados de Europa, ha entregado las riendas de su economía a Europa, y además se ha aventurado a correr la suerte de Europa, que es una azarosa suerte para el día de mañana.

¿CAMBIARÁ DE RUMBO LA ARGENTINA?. — La Argentina es un país en formación que ha sabido asimilar y desenvolverse prodigiosamente ciertos aspectos de la civilización moderna. Su orientación ha respondido a sus circunstancias geográficas, y sociales, y a las corrientes ideológicas que han dominado en la vida europea en el período utilitario en que ha tenido lugar la evolución argentina. El utilitarismo europeo no era, sin embargo, sino una fase del proceso de la cultura europea, y el secreto de su éxito estaba en otras fases precedentes, mucho menos prácticas, que descubrieron las leyes fundamentales de la actividad industrial y crearon la disciplina del pensar. No era posible adaptarse a una fase secundaria y subordinada de la cultura europea sin quedar dependiendo de los crisoles espirituales donde aquella cultura se fraguaba. Mas como los crisoles espirituales no eran transferibles y Europa se limitaba a ceder a préstamo, e imponiendo determinado vasallaje, fórmulas técnicas y elementos industriales, la Argentina se formó con aquella inevitable dependencia.

Hoy la Argentina—sus hombres inteligentes, al menos—tiene aspiraciones de dominar mejor su crecimiento corporal y de forjarse una economía y una cultura superior propias. Le preocupan las influencias del capital extranjero, le preocupa la creación de una industria nacional. Le preocupa, asimismo, la heterogeneidad racial de su población, la intensificación de su carácter, la depuración de su habla y de sus costumbres, el recuerdo de la tradición, el cultivo del arte y de la ciencia pura... cuanto forma el alma y trazado ideal de los pueblos.

En ese camino ha de hallar varios obstáculos, y el más temible de todos la confianza que el éxito crea en los métodos de vida ya experimentados, sobre todo cuando procuran una existencia grata. Acaso la Argentina necesite algo más que reflexionar para que se produzca en ella la enérgica reacción que modifique sus tendencias. Acaso tenga que sufrir antes las consecuencias de la crisis económica de Inglaterra; en general, de la crisis económica de Europa. Acaso también no tarde en sufrirlas.

LUIS OLARIAGA.

Los de ayer: Emilio Becher.

**C**ARAS Y CARETAS del 4 de abril, publicó sobre EMILIO BECHER, el malogrado escritor que nuestra generación, la de los fundadores de NOSOTROS, tanto apreció y amó, el siguiente artículo justo y medido en el juicio, cuya parte esencial reproducimos:

Le vi por primera vez en la redacción de *Diario Nuevo*. Desempeñaba allí — ignoro si rentado, — un puesto así como de secretario de redacción. Ocurrió que un visitante irascible quería exponer una queja y vino a aten-

derlo Emilio Becher. Salió de una pieza interior, con la cabeza inclinada, en aquella actitud de penitencia y humildad que le daba un sello benedictino. El hombre se desahogó durante cinco minutos, en un estado tal de excitación que ya parecía próximo a la epilepsia. Becher, callado, sólo demostraba su emoción por el rubor de la frente que se iba coloreando hasta llegar al escarlata. Usaba entonces su barbita crespada, rubia, lo mismo que el cabello, y en su ropa un peculiar desaliño rayano casi en el abandono.

Con un bramido, la fiera viéndole callado, tomó por obstinación aquel silencio, y le fulminó:

—¿Entonces, no hay manera de entendernos?

—¿Por qué no, señor?

Había dulzura y persuasión en la respuesta. El energúmeno resolló. Calmóse rápidamente. Siguieron hablando con tranquilidad y si por fin no se retiró satisfecho, noté que la despedida era cordial.

La sala estaba llena materialmente de escritores y aspirantes. Juan Pablo Echagüe, que escribía crónica teatral; Gerchunoff que trataba, de cuando en cuando, asuntos de política menuda; Mario Bravo, esgrimiendo sus primeras armas periodísticas; Alberto Tena, recién llegado de París, muy orgulloso de su amistad con Gómez Carrillo y Rubén Darío; y veinte más, cien más, ¡qué sé yo!...

Volví a verle, poco después, en *La Brasileña*, a cuyas reuniones cotidianas no faltaba jamás. Bebía su tacita de café y desaparecía. No era muy conversador, pero solía interrumpir la charla para lanzar un juicio certero o un agudo epigrama. Su timidez natural, no le hacía prodigarse en este juego peligroso. Prefería reír de la mejor gava, cuando era otro el que lanzaba la pulla.

Ya entonces su inteligencia parecía experimentar las primeras vacilaciones. Solía quedar abstraído, la frente en la mano, la mirada sin expresión. Había que llamarle dos veces para que respondiera. Salía como de un pesado sopor...

Era entonces completamente abstemio. Jamás le vi beber sino café y agua.

Una noche de alegría se negó a apurar la copa de *chartreuse* que le habían servido. Huyó de la baraúnda, porque prefería más bien los rincones discretos para conversar. Esto pasaba en 1905.

Era tan preocupado en el vestir y tenía tal horror a estas cosas, que un día me pidió le acompañase hasta la sastrería. Había orden allí de confeccionarle un traje, resolución que sin duda había adoptado su familia, conociéndole como era.

Se dejó tomar las medidas y luego, cuando el sastre le preguntó de qué género quería la ropa, le contestó con la mayor naturalidad:

—De cualquiera...

Leía mucho. De noche, al tomar el tranvía solíamos encontrarnos. Yo vivía en Flores y él en el Caballito, en una casa de altos, poco más allá de la plaza. Ibamos juntos, charlando, aunque nuestras relaciones no fueron muy íntimas nunca. Nos estimábamos, nos respetábamos. Así, pues, la conversación era más bien objetiva. Como tardaba en aparecer el libro que cimentara con algo ya maduro el prestigio de que gozaba, se lo hice notar una vez. Y me contestó:

—Sí, mis amigos esperan esa obra...

—¿Y por qué no satisface la esperanza de sus amigos?

—No sé si podré realizarla...

Disgustado, sin duda, por esta confesión, se despidió bruscamente.

Amaba sin medida la literatura francesa. De allí que su estilo no llegó, con ser personal, a independizarse de una influencia demasiado evidente. Tenía admiradores ciegos, lo que le hacía mucho mal. Estos carneros de Panurgo, son las bestias más perniciosas. Así pudo decirse que un poco por herencia, otro por las influencias y el medio, Emilio Becher fué un talento malogrado, pues no dió la obra esperada, él que tan grande y justa expectativa despertó.

Era casto, nunca le oí una frase no diré sensual, ni siquiera amorosa. Sentía a la mujer como algo inaccesible, y la rodeaba de una atmósfera idealista. Recuerdo un pensamiento suyo en una tarjeta postal: "Voltaire dice: el primer hombre que comparó a la mujer con una flor, era un poeta, y el segundo un tonto. Pero entonces: ¿con qué quiere que se la compare?"

Era casto, sí. Un día, con ánimo de bromearle, le tomé de un brazo y le dije señalándole cierta casa:

—¿Entremos?

Nunca me olvidaré del tirón de espanto que me dió al desasirse. *La Nación* inició en aquellos días una tribuna libre, donde algunos literatos escribían con seudónimos artículos de importancia general. Llamaban mucho la atención y se comentaban con gran interés. Uno de ellos firmaba Stylo y sus trabajos no pasaron, ciertamente, inadvertidos. Pero yo ignoraba de quién serían. Una noche de tranvía, Becher me indagó como una cosa indiferente:

—¿Qué se opina por allí de los artículos que está publicando *La Nación*? ¿Hay alguno que interese?

—Sí, varios, entre ellos unos firmados por Stylo.

Me lanzó una rápida ojeada y notando mi sinceridad, no pudo ocultar la satisfacción que aquello le producía. Comprendí que Stylo era él.

Pasó un año más y la vida empezó a golpearlos seriamente. Nos desparramamos. Soplaban vientos fuertes y había que aprender a navegar en aguas más hondas. Cada uno tomó un rumbo distinto...

Nos encontrábamos a veces, y al pasar nos saludábamos sin detenernos. Partí para el extranjero y no le vi más en varios años.

Fué una tarde en la esquina de San Martín y Corrientes, a mediados de 1911.

—¿Qué dice, Becher, cómo le va?

—Nada... aquí estoy... ¡aburrido!

Entramos un momento al santuario de la esquina. Pedí un café y él un whisky. ¡Adiós, mi plata! Ya no era el Becher de seis años atrás, con aquella frente apolínea, bajo los cabellos de oro. Parecía de una gordura fofa, calvo, afeitada la barba.

¿De qué hablamos? No recuerdo una sola palabra. Ambos sentíamos prisa en separarnos. Yo era casado y tenía hijos. El era soltero y había perdido a los padres. Yo amaba la música y él la odiaba... ¿De letras?... ¡bah!

No le vi más. Sabía que formaba parte de *La Nación* y a veces algún artículo aparecía con la evidente señal de su garra. Ignoro su vida en el diario, pero creo que dejó allí cariños perdurables. Un día la fatal noticia: ¡Becher ha muerto! Me atraen poco los cementerios y acudo con mucha violencia a los entierros. Si un amigo se me va, salgo a caminar sin rumbo por las calles, para que nadie adivine mi dolor. Así lo hice aquel día. ¡Cuando se muere un amigo de la juventud primera parece como si la juventud se nos muriera!...

## MISCELANEA

### Dos irlandeses en la España de la guerra carlista

El lector acaso tenga noticia del libro del inglés Jorge Borrow, *La Biblia en España*. Pocas narraciones de viajes por la Península aventajan a ésta en interés dramático, en intensidad de color. Borrow, por cuenta de la Sociedad Bíblica, intentó activamente a partir de 1836 la difusión de la Biblia por toda España; singular *commis voyageur* de la palabra divina, no le arredraban las penalidades del viaje ni los innúmeros peligros, en un país infestado de bandoleros y ardiendo en la guerra civil por los cuatro costados. Gustaba de viajar en compañía de gitanos, cuyo caló poseía a la perfección, y de charlar con la gente del pueblo en calles y posadas y al lado de las fuentes públicas. Siempre hay que estar decidido a creer muchas cosas cuando se lee un libro de viajes, aunque el viajero sea un hijo de la verídica Albión, patria de aquel famoso y mentirosísimo viajero Mandeville (1). Las aventuras de Borrow nunca pasan el límite de lo verosímil, pero muchas veces tocan el de lo extraño y lo extremadamente pintoresco. Si hemos de creerle, hasta le tomaron una vez por el propio Don Carlos, y corrió riesgo inminente de ser fusilado en las rocas de Finisterre... Magníficos tipos de raza, que hacen pensar en las realizaciones posteriores de Julio Antonio y de Victorio Macho; ásperos caminos; viejas ciudades, reconcentradas y silenciosas; ventas y posadas, descritas en preciosos cuadros de género... En esta visión de la España de hace un siglo no faltan algunas rápidas páginas de historia, anotadas con un espíritu alerta y fino de periodista moderno. Aquí está Mendizábal en su despacho—mucho más vivo que en el *Episodio galdosiano*; aquí Madrid al día siguiente del motín de la Granja; ¿Hasta dónde llega en el libro la copia inmediata de la realidad, y dónde comienza la *composición*, la elaboración artística? Pregunta grave. En todo caso, si el autor crea tipos, compone escenas, inventa conversaciones, siempre trabaja sobre un riquísimo material de primera mano recogido con cuidado, y la verdad que pone ante el lector, si acaso no es en todas las ocasiones un trasunto de realidades individuales objetivas, sigue siendo verdad a pesar de todo y en un sentido más alto.

Pero el libro de Borrow merece capítulo aparte. Sólo quiero recordar sus méritos al lector, y consignar una curiosa correspondencia entre uno de sus episodios y un relato del gran novelista inglés Thackeray; hallo entre las páginas de Borrow a que me refiero y otras del autor de *La Feria de las Vanidades* una coincidencia digna, me parece, de ser apuntada.

(1) Los apócrifos *Travels of sir John Mandeville*, de autor desconocido, son un tejido en embustes y de fragmentos de antiguos viajes. No por esto dejan de ser uno de los grandes libros de la literatura inglesa medieval.

Poco después de su llegada a Santander, en la mesa redonda del hotel, halla nuestro comisionista evangélico un personaje que monopoliza la conversación. Viste de uniforme militar, censura con la mayor libertad la conducta de los generales, así cristinos como carlistas, y asegura que si a él le dieran veinte mil hombres terminaría la guerra en seis meses. Alguien le pregunta quién es, y responde así: "Soy Flinter, nombre que las mujeres, los niños y los hombres de España traen de boca en boca. Soy Flinter el irlandés..." Y refiere sus servicios heroicos a la causa de la Reina, con una ingenua vanagloria. Cuenta que estando una vez en las trincheras, se adelantó un hombre de la hueste enemiga y le intimó la rendición. "—¿Quién eres?" pregunta Flinter al carlista, y éste contesta: "—Soy Cabrera".—Nada más lejos del ánimo del irlandés que apocarse ante el terrible caudillo del carlismo.—"Y yo soy Flinter, repliqué desenvainando el sable: Retírate a tus líneas o mueres inmediatamente." Cabrera, siempre según las palabras de Flinter transcriptas por Borrow, se retira amedrentado. Todo cuanto dice el irlandés respira la misma divertida y pueril ostentación de la propia valentía.

Parece que Flinter es personaje histórico y que efectivamente se desempeñó como bueno y valiente en aquella feroz contienda. Creo, a pesar de esto, que el retrato que de él traza Borrow responde un poco a la deformación caricaturesca del tipo del irlandés fanfarrón, no infrecuente en las letras inglesas. Basta comparar a Flinter con el imaginario Comandante Gahagan, el irlandés cuyas "espantables aventuras" refirió Thackeray. El Comandante de Thackeray relata sus hazañas en tono muy parecido al de Flinter en la mesa redonda de Santander. Hay tal semejanza en la manera de presentarse ante nosotros uno y otro que dan ganas de averiguar si hay o hubo alguna relación entre ambos. Resuelva este pequeño problema quien tenga vocación o tiempo para ello. También Gahagan, como Flinter, intervino en la guerra carlista y tuvo algo que ver con Cabrera; pero no para aterrarlo con la perspectiva de un definitivo sablazo irlandés, sino como amigo y aliado.—"Mi joven amigo Cabrera", dice Gahagan figura como general en los ejércitos del Pretendiente, como Flinter llegó a mandar una división en las tropas de la Reina; es decir, que los destrozos causados por el uno en un campo se compensan con los que causó el otro en el campo contrario, por lo menos en las páginas en que Borrow levemente y Thackeray con su agrio humor ponen en solfa a los generosos hijos de San Patricio.

El episodio novelesco de su héroe en el cuartel general de Cabrera lo fecha Thackeray: 15 de setiembre de 1838, en Morella. Borrow no precisa cuándo estuvo en Santander, pero fué más o menos a mediados de 1837. Gahagan y Flinter, pues, guerrearán en España en la misma época. Podemos imaginarlos, por los azares de la guerra, puestos un día frente a frente; podemos imaginar el descomunal combate, referido por Borrow o por Thackeray...

FRANCISCO ROMERO.

### Un documento psicológico

**N**o me parece inútil referir el sueño que tuve la noche del 14 de abril, coincidente con un hecho ocurrido la misma noche. Adelanto que siempre he tenido poca curiosidad por las investigaciones metapsíquicas, y que no creo en las explicaciones sobrenaturales de ciertos fenómenos. No

interpretó ni prejuizo, pues; pero sí siento que estoy en el deber de documentar mi sueño.

Me acosté a la una. A poco comencé a soñar confusamente cosas absurdas. Entre otras, que alguien se había caído y partido el vientre, digamos, como guillotinado. Apenas quedaban adheridas las dos partes del cuerpo. Los médicos piadosamente daban esperanzas, pero yo sabía que el herido se moría. ¿Quién era el herido? No me figuré durante el sueño su rostro ni siquiera puedo decir que tuviera aspecto de persona; pero sí sabía su nombre: era Ignacio Orzali. Poco después desperté — debían de ser las tres, más o menos — y una idea singular me asaltó: "Sería curioso — pensé — que mañana me enterase de que Orzali ha muerto". Puede el lector imaginarse mi violenta sorpresa cuando al abrir *La Nación* a las siete, lo primero que vi fué el retrato de Orzali. Había muerto la misma noche.

Advierto: 1.º que nunca había soñado con él antes de ahora; 2.º que mi relación con él sólo consistió años atrás en algún raro encuentro de redacción o de banquete; 3.º que hacía años que no le veía; 4.º que tengo la absoluta certeza de que nadie me ha hablado de él en los últimos tiempos; 5.º que ignoraba que estuviese enfermo y ni siquiera sabía si estaba en el país; 6.º que no visito la redacción de *La Nación*; 7.º que no pude enterarme de su desenlace por otro conducto, porque, según ha referido *La Nación*, él había atendido durante el día sus tareas y su muerte se produjo inesperadamente por la noche, sorprendiendo a todos sus compañeros.

Esta es la tercera vez que me acontece un fenómeno parecido. Años atrás, cuando mi querido amigo Hugo de Achával, fallecido en 1915, viajaba por Europa, soñé que entrando en la secretaria de la Facultad de Filosofía y Letras, donde solíamos reunirnos varios compañeros, me encontraba de manos a boca con él, vuelto inesperadamente y sin aviso. Hacía tiempo que los amigos no teníamos noticias de él y le hacíamos por Grecia o por Italia. *Al día siguiente*, ni más ni menos, entro en la secretaria de la Facultad y allí me lo encuentro a Hugo sentado, conversando! Había regresado sin darnos aviso, sorprendiéndonos a todos. Fué esa la primera y única vez que he soñado con él, antes y después de su muerte. El otro caso tiene alguna semejanza con éste, y tanto me impresionaron ambos, principalmente el de mi sueño profético del regreso de Achával, que los he referido numerosas veces. En adelante podré contar tres casos de curiosas coincidencias del sueño con la realidad.

ROBERTO F. GIUSTI.

## ECUS Y NOTICIAS

- **C**ON algún retraso nos enteramos de la muerte del poeta y crítico italiano Enrico Thovez, ocurrida el 16 de febrero. Había nacido en Turín en 1869, y allí ha fallecido. Fué escritor y pintor. El crítico de arte y de letras alcanzó mayor resonancia que el poeta, pero nunca aquel unánime consentimiento que constituye la popularidad. Su *Poema dell'adolescenza* (Turín, 1901), no tuvo la acogida que Thovez esperaba de su vivo sentimiento de la naturaleza y de su métrica libre, inspirada en los antiguos exámetros y en los versos sueltos leopardianos; sus *Poemi d'amore e di morte* (Milán, Treves, 1922) fueron poco leídos. Con aquel primer libro fué en Italia un precursor del movimiento lírico contemporáneo y casi nadie pareció advertirlo. Este fracaso no lo dejó indiferente y el crítico siempre lo recordó con amargura. Si ruidosa fué su campaña contra D'Annunzio, en 1896, cuando descubrió muchos de sus plagios, no produjo menos alboroto su admirable libro, agudo, elocuente y desenfadado, *Il pastore, il gregge e la zampogna* (Nápoles, Ricciardi, 1910), en que movió en guerra contra la influencia de Carducci y D'Annunzio, sin ahorrar sus flechas contra otros ilustres italianos. De ese libro tan rico de *verve* se han hecho tres ediciones. En sus colecciones posteriores de artículos: *L'arco d'Ulisse* (Nápoles, 1921), *Il viandante e la sua orma* (Nápoles, Ricciardi, 1923) e *Il filo d'Arianna* (Milán, Corbaccio, 1924) pueden leerse brillantísimos ensayos, ásperos, valientes, líricos, entusiastas, según los casos, sobre música, pintura y poesía. También fué autor de varias monografías especiales sobre cosas de arte, y dirigió la Galería Cívica de Arte Moderno de Turín. Thovez, que fué un brioso combatiente y un "animador", enemigo de todo lo vulgar, lo falso, lo mezquino, admirador de todo arte elevado y humano, merecía ser más conocido de lo que es. Italia pierde con su muerte un espíritu alto y austero.

- **E**N 1920 los judíos de los Estados Unidos eran 3.600.000. Las nuevas leyes sobre inmigración parece que han de detener esa corriente cada año mayor. En efecto, en 1818 sólo eran 3.000, número que se elevaba a 40.000 en 1840 y que en 1880, con motivo de las persecuciones de Rusia y de Rumania, ascendía a 400.000. En 1897 eran 937.000; diez años después, 1.770.185; en vísperas de la guerra, 2.933.874. El número actual de los judíos de Nueva York, la mayor aglomeración judía del mundo, se eleva a 1.643.012, es decir, a más del 29 % de la población total.

- **L**A Sociedad Spinozana de La Haya, "convencida de que el pensamiento de Spinoza tiene su vida más activa, actualmente, en la humanidad serena de las obras de Anatole France", solicitó del Maestro, a comienzos de

1924, que le escribiese el preámbulo del tomo III del *Chronicon Spinozarum*. El 30 de enero, desde la cama, Anatole France dictó estas líneas:

"Para hablar debidamente de Spinoza, sería menester volver a encontrar los acentos de Lucrecio cuando habla de Epicuro. Spinoza es uno de los grandes héroes de la humanidad. Ha arrebatado a los hombres el vano temor y la vana esperanza de ser inmortales, haciéndoles sentir y experimentar que son eternos."

SE polemiza actualmente en Francia alrededor de la publicación de la parte inédita del *Diario* de los Goncourt. Edmundo de Goncourt legó a la Biblioteca Nacional de París los manuscritos de las *Mémoires de la Vie Littéraire* y de su correspondencia, especificando que serían comunicados al público sólo veinte años después de su muerte, ocurrida el 16 de julio de 1896. Cuando el plazo expiró, la Academia de los Goncourt, su heredera, consiguió que se postergase la comunicación al público, y tres años más tarde, en 1919, decidió el Ministro de Instrucción Pública a diferirla hasta 1925, "en que la cuestión será nuevamente examinada". Esto sucederá el próximo 10 de setiembre. ¿Por qué estas dilaciones, y por qué precisamente son los diez miembros de la Academia Goncourt, sus herederos, quienes se oponen a que se cumpla la voluntad del fundador? Es que, según parece, el *Diario* inédito contiene apreciaciones hartamente molestas, casi en cada página, sobre personas que aún viven, o cuyos hijos, amigos y herederos podrían ofenderse con justa razón y aun promoverle a la Academia escandalosos procesos. Naturalmente, en esta polémica como en todas o casi todas, no faltan argumentos para sostener ambos puntos de vista: el del ocultamiento — por ahora — y el del cumplimiento de la voluntad del difunto. "Ah! — declaraba hace poco, en un reportaje, J. H. Rosny, de la Academia de los Goncourt, defendiendo la conveniencia y legalidad, según los términos del testamento, de la postergación de la publicidad — ah, si pudiésemos consultar a Edmundo de Goncourt y decirle: — Querido maestro, ¿ha releído Vd. sus memorias? ¿piensa Vd. que sea el momento de publicarlas?" Alguien ha solicitado que por lo menos los lectores de la Biblioteca Nacional que quieran conocer el manuscrito, lo hagan "bajo su responsabilidad"; pero a esto se ha objetado que nadie puede prever el uso que esos lectores podrían hacer de aquellas *revelaciones*, fragmentariamente publicadas.

LA Academia Nacional de Historia del Ecuador ha nombrado miembros correspondientes a los argentinos José Luis Cantilo, Ramón J. Cárcano, Carlos Correa Luna, Carlos Ibaguren, Martín Noel, Emilio Ravignani y Mariano de Vedia y Mitre.

SEGÚN el *Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, correspondiente al período 1915-1923, que acaba de publicar la Municipalidad, el movimiento de nuestra Biblioteca Nacional durante ese período, ha sido, en resumen, el siguiente:

Lectores: Año 1915: 67.455; 1916: 60.249; 1917: 74.247; 1918: 70.038; 1919: 73.013; 1920: 80.864; 1921: 70.545; 1922: 72.940; 1923: 80.051; total: 649.402. Movimiento por materias en los dos años extremos del período: Derecho: 1915: 14.815; 1923: 19.525. Ciencias: 1915: 27.016; 1923: 43.330; Historia: 1915: 22.148; 1923: 29.907. Literatura: 1915: 27.552; 1923: 46.227. Periódicos: 1915: 5.575; 1923: 4.837. Total: 1915: 97.106; 1923: 143.832.

Según el mismo Anuario, el movimiento de la Biblioteca Nacional

de Maestros sería actualmente mayor que el de la Nacional: En 1915: 21.957 lectores y 27.747 volúmenes solicitados; en 1923: 102.982 lectores y 179.019 volúmenes.

— **L** El *Cercle International des Etudiants*, activa organización de unión intelectual entre Francia y los países extranjeros, ha resucitado celebrar en el Colegio de Francia una serie de reuniones muy interesantes, concebidas por el presidente del Círculo, Robert Aron.

Cada una de las siete reuniones proyectadas estará consagrada a uno de los principales países del mundo moderno: Inglaterra, Alemania, España, Estados Unidos, Italia, Francia, Rusia.

Estas reuniones tendrán la originalidad de ser a la vez literarias, musicales y cinematográficas. Se compondrán en primer lugar de una conferencia, en la cual escritores competentes expondrán los aspectos más modernos de la actividad intelectual de cada país: André Maurois hablará de Inglaterra, Benjamin Crémieux, de Italia, Bernard Fay, de Estados Unidos; Philippe Soupault, de Alemania; Jean Cassou, de España, Robert Aron, de Francia, y J. Kessel, de Rusia.

Dichas conferencias serán seguidas de audiciones musicales organizadas por un joven compositor, Maxime Jacob, las cuales darán una idea de la música moderna de cada país y de su folk-lore. Por último, Jean Tedesco, Director del *Théâtre du Vieux Colombier*, organizará un viaje filmado, verdadera antología cinematográfica compuesta de extractos de los films más característicos de cada país.

— **E**l premio de poesía del segundo concurso literario organizado por la Editorial *Babel*, de Buenos Aires, ha sido otorgado por unanimidad a Luis Cané, joven poeta de Mercedes (provincia de Buenos Aires) por su libro *Mal estudiante*. El jurado que entendió en los libros en prosa, formado por Horacio Quiroga, Alberto Gerchunoff y Roberto Gache, resolvió, a propuesta de este último, "no decidirse por ninguna de las obras presentadas, por cuanto había varias de iguales méritos".

— **E**l Gobierno de México hace preparativos para proceder a los trabajos de excavación en los terrenos históricos, donde yacen sepultadas ciudades aztecas que fueron, en la época pre-colombiana, emporios de civilización india. En el Estado de Yucatán, cuna de la gran tribu Maya, se ha pedido la colaboración a los Centros Arqueológicos más notables de América, a fin de que concurran a la exploración de las imponentes ruinas diseminadas en aquella región.

— **E**l crítico francés Manuel Gahisto, divulgador en París de las letras hispanoamericanas y a quien tantos estímulos deben nuestros escritores, ha concluido una excelente traducción de *La sombra del convento*, de Manuel Gálvez, que acaba de aparecer editada por Albin Michel, en la colección *Les Maîtres de la Littérature Etrangère*, bajo el título *L'ombre du Cloître* y el subtítulo: *Roman de la vie hispanoaméricaine*.

## NOTAS Y COMENTARIOS

### La Balada de la cárcel de Reading

**E**N este número de NOSOTROS se publica la primera traducción en verso castellano, completa, de la *Balada de la cárcel de Reading*, de Oscar Wilde. Es autor de esta excelente versión, el doctor Jacinto Cárdenas, quien nos ha manifestado respecto de la misma lo siguiente:

“Esta versión se basa exclusivamente en los propios originales del poema inglés, y ha sido hecha siguiendo el mismo metro y el mismo número de versos en cada estrofa. Al verter los conceptos y expresiones del autor, he tratado de reflejarlos fielmente, apartándome sólo y en la medida indispensable, del texto original, cuando los equivalentes castellanos resultaban fonéticamente inadecuados para la musicalidad o la fuerza de la expresión. Pero en el empeño de ceñirme en un todo al pensamiento y la modalidad preceptiva del autor, he llegado a traducir por sustitutivos idiomáticos los modismos del original. La sonoridad expresiva y la eficiente flexibilidad de nuestra lengua, me han facilitado, en verdad, la tarea de dar nervio y brillantez a los finales de estrofa, de acuerdo con la tendencia del autor a las terminaciones vibrantes y sonoras observada por Sherard, el amigo predilecto de Oscar Wilde. Para lograr tales propósitos, he debido realizar un prolijo estudio del carácter y de la idiosincrasia sentimental del poeta, sin cuyo dominio difícilmente hubieran podido interpretarse en la traducción algunos pasajes un tanto oscuros en el original, como el de la estancia que termina con las palabras: “*Y ellos al muerto matan*”, y especialmente la que le sigue.

“Debo confesar también que no pocas veces, y llevado quizá

por la intensa sugestión de la obra, tentado estuve a emplear palabras que acentuasen los apóstrofes contra la ley, la justicia y el verdugo. No lo he hecho, sin embargo, porque he pensado que ello pudiera implicar una infidencia de traductor, dado que la Balada no es en realidad un canto de ira sino de dolor. Por eso dijo algún crítico que ella fué escrita con alma femenina. No lo sé; pero he querido respetar el carácter de sus quejas que más reflejan el resignado pesar del infortunio que no la rebeldía del corazón. Por lo demás, creo haber conservado con respetuoso amor el pensamiento integral y los medios expresivos del egregio poeta que, siempre al decir de Sherard, salían de sus labios como si fueran joyas”.

### Ensayo sobre la poesía uruguaya contemporánea.

**E**L prestigioso escritor uruguayo Alberto Zum Felde, entre cuyas obras se encuentra una notable *Crítica de la Literatura Uruguaya* (Montevideo, 1921), ha escrito especialmente para NOSOTROS, a nuestro pedido, un extenso y completo ensayo sobre la nueva poesía del Uruguay, al que acompaña una antología seleccionada con riguroso buen gusto. Este trabajo de excepcional importancia, que ocupará alrededor de 50 páginas de NOSOTROS, será publicado íntegramente en el próximo número.

El lector no habrá olvidado sin duda el excelente estudio de Armando Donoso sobre la poesía chilena, que, acompañado de la pertinente antología, publicamos en el número 178 (marzo de 1924). Con la patriótica contribución de los más autorizados críticos de América, nos proponemos seguir documentando la literatura contemporánea del continente. En breve publicaremos el estudio que sobre la poesía cubana está escribiendo para NOSOTROS Arturo R. de Carricarte; en el próximo número conocerá el lector el de Zum Felde.

### Un comentario de mala fe

**E**L señor Andrés Montserrat, que escribe en la *Revue de l'Amérique Latine*, de Paris, la sección “Revistas y Diarios”, nos ha honrado traduciendo en el número de abril de aqué-

lla. las conclusiones del artículo que sobre el actualmente extinguido Directorio Militar Chileno publicaron Agustín Castelblanco y Emilio Courbet, en el número de diciembre de NosotROS. Nuestra satisfacción sería completa si el señor Montserrat hubiese escrito con algo más de buena fe las breves consideraciones que ha antepuesto a su traducción. El señor Montserrat, que por las entrelíneas muestra ser directorialista, lee mal e interpreta peor. Ni los autores del citado manifiesto calificábanlo como “independiente y sereno”, términos que él les atribuye, ya que esa calificación fué nuestra en las palabras preliminares de la dirección (ver nº 187), ni tiene derecho el señor Montserrat a hacernos decir, torturando a su antojo el texto de aquellas palabras, que publicábamos dicho documento *porque* “el régimen de fuerza ha mostrado su impotencia y está en plena crisis”. (Lo de *plena* va agregado por su cuenta). “On peut donc prendre parti” — comenta maliciosamente.

No, estimado colega francés o americano qué sea; nosotros siempre hemos tomado partido a tiempo, y hará sonreír Vd. a nuestros lectores si pretende contarles que hayamos temido definirnos una sola vez en materia de golpes de estado y de movimientos reaccionarios y dictatoriales. A Dios gracias, el pensamiento tradicional de NosotROS al respecto es conocido, y también lo es en esa redacción de la *Revue de l'Amérique Latine*, si hemos de juzgar por las observaciones que en sus páginas se han hecho más de una vez a opiniones de NosotROS o de sus colaboradores, no siempre simpáticas al sentimiento francés “d’après guerre”. Relea, estimado colega, las palabras con que la dirección encabezó el artículo de Castellanos y Courbet, y confesará Vd. que no es cierto que no publicáramos el manifiesto de los intelectuales chilenos en que se aplaudía al directorio, porque deseábamos guardar “una estricta neutralidad” (¿dónde dijimos eso?), sino precisamente por lo contrario, porque tomábamos partido y el manifiesto no nos gustaba y no deseábamos “en esta hora incierta y peligrosa para las democracias, ser vehículo de ninguna palabra apasionada o impresionada por circunstancias del momento, que pretenda sostener o defender regímenes de fuerza”. Precisamente *porque* “el régimen de fuerza ha demostrado su impotencia y está en crisis” — agregábamos — nos era grato trans-

cribir la parte final del manifiesto de los intelectuales, cuando éste ya no podía hacer daño. Puede estar Vd. seguro de que a habernos llegado en setiembre —a raíz del movimiento militar— el artículo de Castelblanco y Courbet, ése lo habríamos publicado en seguida.

Entre las cosas buenas que Francia nos ha enseñado, estimado colega, está la de escribir con mucha claridad. No es Vd. quien nos va a enturbiar el agua.

### Nuestro Cónsul en Bulgaria. Un mensaje de los Estudiantes Búlgaros.

**A**LBERTO M. Candiotti, cónsul general de la República Argentina en Bulgaria, ha tenido la feliz idea de dar una serie de conferencias en la Universidad de Sofía con el objeto de hacer conocer a los universitarios búlgaros, siquiera sea someramente, los países de la América latina y especialmente la Argentina. La primera conferencia se realizó el 24 de enero y versó sobre *La América Española antes de Colón. El descubrimiento y la conquista*.

Fué presentado al público por el profesor Dimitri Schichmanoff, uno de los mejores novelistas de la nueva generación, y autor del notable estudio sobre *La literatura búlgara*, publicado por NOSOTROS en el número 186 (noviembre, 1924).

Las conferencias de Candiotti obtuvieron un éxito completo. La prensa búlgara se ocupó extensamente de ellas y la Federación de Estudiantes Búlgaros redactó un mensaje a los estudiantes argentinos, que entregó a nuestro Cónsul, quien nos lo envía para que lo hagamos conocer. Gustosamente accedemos a este pedido. Nos dice Candiotti, al enviárnoslo: "Soy un convencido de que no se logrará la paz internacional mientras los pueblos continúen alejados los unos de los otros, y de que la juventud y los intelectuales tienen el deber de aproximar a los pueblos haciendo conocer sus ideales, sus sufrimientos. La vinculación de los estudiantes del mundo, las relaciones directas entre la juventud de los pueblos, es un paso más hacia la anhelada comprensión y hacia la concordia internacional".

Un detalle interesante y sentimental: En la primera de sus

conferencias, Candiotti hizo alusión al artículo de Schichmanoff publicado en *Nosotros*, y en la segunda dijo, más o menos: "El artículo publicado en la revista *Nosotros* y debido a la pluma de vuestro joven novelista, ha producido tan gran efecto entre los literatos de mi país, que ya puede daros noticias sobre la importancia que tiene esa publicación. Casualmente recibí esta mañana una carta de mi país; la firma Ernesto Mario Barreda, uno de nuestros literatos de prestigio y dice así: (Leyó la carta. Al terminar la lectura, el auditorio, unas 500 personas, aplaudió largamente). Continuó diciendo: "Es muy grande mi satisfacción y es un honor para mí el poder depositar en manos de la señora madre de vuestro novelista, esta hoja de laurel argentino que le envía un novelista de mi tierra, a su colega búlgaro, el señor Schichmanoff. Este libro, *Baba del diablo*, lo deposito en las manos de la madre de vuestro poeta. Señora, he aquí la prueba de que el nombre de vuestro hijo ha traspasado las fronteras de vuestra patria..." Candiotti descendió de la cátedra y depositó en las manos de la anciana el ejemplar del libro que Barreda dedicaba a Schichmanoff. Las lágrimas llenaron los ojos de la obsequiada y el público aplaudió, entusiasmado...

He aquí el manifiesto de los estudiantes búlgaros:

Sofía, Febrero 23 de 1925.

A la Federación Universitaria Argentina.

Queridos compañeros: Respondiendo al llamado que el Cónsul General de la República Argentina dirigió a los estudiantes búlgaros en la última de sus conferencias sobre la *Historia del progreso de la América Española*, dadas en la Universidad en nombre de la Organización General de los Estudiantes Búlgaros "Christo Boteff", nos consideramos felices de poder dirigir este mensaje, para expresar nuestro deseo de unir en amistad a los estudiantes de la República Argentina y de Bulgaria.

Conforme a los amplios principios de nuestro programa, la Organización tiene principalmente como fin: entrar en relaciones con todas las organizaciones análogas; encontrar una base, sobre la cual se podrá crear en el porvenir lazos inalterables y perpetuos de amistad, y todas las posibilidades de una *entente* entre la juventud universitaria búlgara y la de los otros países.

De acuerdo con estos principios, apreciamos infinitamente los nobles esfuerzos del señor Candiotti, tendientes a aproximar los pueblos Argentino y Búlgaro. Y con mayor razón, dado que el señor Candiotti, inspirado por este deseo, nos pinta su pueblo con rasgos semejantes a los del pueblo búlgaro. Vemos por sus palabras que la Argentina y Bulgaria están idealmente ligadas en su pasado por luchas parecidas de liberación nacional, por esfuerzos iguales para el desenvolvimiento espiritual, moral e intelectual. Todo esto fortifica nuestra esperanza de que en el pasado de

los dos pueblos — un pasado de trabajo y de abnegación por la patria — se encontrará el punto de contacto de las juventudes argentina y búlgara, que están guiadas e inspiradas por los mismos ideales, por las mismas aspiraciones hacia el progreso que se entrevé en el próximo porvenir.

Creemos también que la admiración y la simpatía que el señor Candiotti nos asegura tener íntimamente por el pueblo búlgaro, no os serán extraños, y que ellos serán la expresión de los sentimientos amistosos que tendremos los unos para los otros.

Todo esto nos lleva a acoger con el mayor entusiasmo la idea de estrechar las relaciones intelectuales directas con la juventud universitaria argentina y de extenderles una mano amiga para unirnos en un trabajo común por la paz y la amistad internacionales.

Consideramos también que es necesario que sepais que Bulgaria es miembro de la Confederación Internacional de Estudiantes (C. I. E.), que une a los estudiantes de todos los países. Nos agradaría ver como miembros de esta Confederación a nuestros amigos y colegas lejanos del otro lado del Océano. Si vosotros os decidís a entrar en la Confederación, podéis dirigiros a los estudiantes búlgaros, pues será uno de los deberes más agradables para nosotros el de presentarlos, a fin de que seáis admitidos como miembros titulares en la Confederación Internacional de Estudiantes.

Estamos persuadidos de que acogereis con simpatía nuestro deseo de inteligencia, que será el primer paso para acelerar la realización de la paz y el acuerdo internacionales y para acrecentar el progreso espiritual y material de los pueblos, lo que debe constituir el gran ideal de la juventud de todas las naciones.

Estudiantes de la Argentina, salud!

Firmado: Presidente LOBOUOFF. — Vicepresidente, YANAKIEFF. — Secretario, SOKEROFF.

## Congreso Latino-americano de Universitarios e Intelectuales

**B**AJO la dirección del doctor Alfredo L. Palacios, un grupo de jóvenes intelectuales argentinos está trabajando por organizar un Congreso Latino-americano de Universitarios e Intelectuales que piensan celebrar en Montevideo en el transcurso de este año. El doctor Palacios ha sometido a la consideración de la comisión organizadora su pensamiento acerca de las finalidades ideales que a su juicio podría realizar dicho Congreso. Dice el doctor Palacios:

Considero, ante todo, que ese Congreso debería constituir para América Latina la iniciación de una nueva era en nuestra historia. Es preciso que por medio de él empecemos a adquirir la conciencia racial de que hasta ahora hemos carecido, siendo esa la causa fundamental de nuestra debilidad frente a los otros pueblos en quienes alienta un sentimiento excluyente, sólido, compacto, de la unidad de la raza y comunidad en los destinos.

Nuestra generosidad ingénita nos hace atribuir a todos los pueblos sentimientos e ideales análogos a los nuestros y vivir en ese limbo de ilusión hasta que la realidad nos muestra crudamente que nosotros nos

nutriamos de quimeras mientras los demás se adueñan de las realidades. No renunciemos a la quimera, la más excelsa riqueza de nuestra alma-ideal de la justicia, anhelo del bien humano — mas reconozcamos que ella es la raíz esencial de nuestro carácter y en nosotros palpita hoy quizás más potencialmente que en ningún otro pueblo de la tierra y nosotros, por tanto, debemos realizarla, imponiéndola por sobre todos los atavismos y apetitos, ya sean propios o ajenos.

Debería en consecuencia ese Congreso constituir una declaración de nuestra independencia espiritual de Europa. Es necesario que rechacemos como nocivas todas las sugerencias que procedan de las viejas culturas; de sobra hemos ya copiado y asimilado. Hora es de que termine nuestro escrutar anhelante de todos los horizontes para descifrar nuestro destino. Si auscultamos el alma de Occidente, veremos que descende en órbita cerrada hacia una inexorable decadencia. Si miramos a nosotros mismos nos daremos cuenta de que ahora iniciamos la parábola de nuestro destino y estamos en los comienzos de un nuevo ciclo de la civilización humana. Tengamos, pues, el valor de afrontar resueltamente la empresa que nos señala este momento histórico.

Descendamos al fondo de nuestra conciencia, y extraigamos de allí los materiales para edificar el templo futuro de la Justicia. La ética que solo ha sido en la cultura europea el taparrabos, encubridor de los instintos primarios, debe ser para nosotros la base de la vida colectiva y cimiento y cumbre de nuestro idealismo. Debemos forjar por tanto, una nueva ética, más amplia, viril y humana, que encauce y utilice para el bien, los instintos del hombre, en lugar de desviarlos o tratar de suprimirlos. No nos arredra el pasado, ni los vanos preceptos de sabidurías caducas. Encaremos bravamente el porvenir y penetremos con energía en la realidad.

Para ello necesitamos la pasión del trabajo y del esfuerzo, pero la altura y la magnitud de nuestro propósito y el sentimiento común centuplicarán nuestras potencias. Rechacemos las doctrinas limitadas y los anhelos mezquinos. Forjémonos una recia voluntad, y abramos el espíritu a los destinos mesiánicos. No laboramos solo para nosotros; trabajamos para el bien de toda la humanidad.

ASPECTOS DEL PROBLEMA AMERICANO. — Lo esencial, lo más urgente del problema que se nos plantea, es crear la conciencia racial y forjar la nueva alma americana.

Hasta que lleguemos a sentir profundamente la identidad de nuestra índole, la inexorable comunidad de toda nuestra América, en ideales y destinos, ni podemos afirmar que existimos colectivamente. No habremos realizado nuestro deber hasta que lleguemos a vivir para la misión de América antes que para nosotros mismos. Ensanchemos el área cordial y el egoísmo aldeano de nuestras pequeñas patrias respectivas y sintámonos patriotas de América Latina. Abandonemos los limitados y antagonistas provincianismos para entrar en la vasta confraternidad latino americana y podremos de ese modo contemplar frente a frente a las grandes potencias de la tierra que se disputan hoy sordamente el dominio del mundo y nos consideran presa codiciable.

Si resolvemos con acierto y con hondura este problema fundamental, todo lo demás vendrá por añadidura. Cuanto edifiquemos sin la base de una íntima, indestructible solidaridad, perecerá en el vacío. Lo que pretendamos adoptar tomándolo del pasado o de otros pueblos, se caerá a pedazos por sí solo.

Hemos de forjar una nueva religión que constituya el camino para la superación del hombre y que consagre la vida plenamente en vez de

mutilarla; hemos de crear una nueva política que constituya la ciencia y la práctica del bien común, dentro de la más amplia democracia social. Hemos de fundar una nueva economía que estimule y favorezca las energías creadoras del hombre y las utilice en beneficio colectivo. Hemos de llegar a concebir una estética que no sea un pasatiempo de desocupados, una diversión de ociosos, sino la síntesis depurada del alma colectiva que eleve a todos los hombres a la comunión del ideal en la belleza. El germen de esos valores lo atesora ya el alma de nuestra raza. Tan solo necesitamos extraerlos del fondo de nuestra índole, recoger la inspiración del alma popular y dar forma a sus anhelos; obedecer al más íntimo impulso de nuestro ser.

LOS ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA DEL SUR. — Se nos ha presentado como enemigos de la América del Norte. Es este un error mezquino. No somos enemigos de ningún pueblo puesto que nuestro idealismo es universal y altruista. Únicamente aspiramos a forjar la personalidad de la América Latina para que realice sus destinos. Tenemos un alma propia y no podemos, por tanto, resignarnos al humillante papel de satélites de otra nación o instrumentos pasivos de otra raza cuya índole e ideales difieren en absoluto de los nuestros. Admiramos las virtudes de la raza anglosajona, mas no hasta el punto de renegar nuestras propias cualidades porque sean diferentes de las suyas. Nosotros, en realidad, desconocemos aún nuestros valores porque nuestro estado de pasiva receptividad solamente hace visibles los defectos que son la negación de nuestra verdadera personalidad. Sin embargo, a través de nuestra acción se ha definido ya nuestra ruta como opuesta a la del pueblo yanqui. Mientras aquel ha adoptado como lema el de "América para los americanos" nosotros hemos optado por el de "América para la Humanidad". Hay aquí dos mancras contrapuestas y excluyentes de considerar la vida. La raza anglosajona es egotista; se juzga privilegiada y superior a todas las otras razas. Nosotros por el contrario nos sentimos hermanos de los hombres todos, y únicamente podremos sentir conciencia racial cuando hayamos concebido la posibilidad de realizar un destino propio. Norte América ya se ha definido desarrollando al extremo y perfeccionando la civilización materialista, mecanicista y cuantitativa de la vieja Europa. Nosotros aún no hemos dicho nuestra palabra porque llevamos latente un nuevo germen que dará otra orientación a la cultura del Mundo y aportará nuevos ideales a la especie. Tenemos que replegarnos sobre nosotros mismos para escoger el camino que nos sea más adecuado. Nada tenemos que hacer por hoy con América del Norte, sino defendernos de las garras de sus voraces capitalistas. Los que predicán un Pan-Americanismo que Norte América es la primera en despreciar, conspiran contra el porvenir de nuestra raza. Los Estados Unidos ya han cumplido su misión de incomparables dominadores de la materia. Nosotros debemos ahora emprender la nuestra de intérpretes del espíritu.

LA NUEVA GENERACIÓN. — El advenimiento de la nueva era americana lo ha hecho posible la joven generación que despertó al calor del incendio de la guerra mundial y alumbrada por la antorcha de la revolución rusa. Esos grandes acontecimientos, favorecieron el estallido de su inquietud y libertaron su mente del sopor en que habían vivido alestargadas, mental y moralmente, las generaciones anteriores. Así nació la reforma universitaria que aunque no realizada totalmente constituye ya uno de los hechos de más significación en nuestra historia. Tal vez en ningún país se han pronunciado los estudiantes por el ideal de la justicia y la renovación humanas con impulso tan unánime y resuelto

como el que les ha animado en esta América. Es preciso que ese impulso no quede esterilizado en una simple reforma burocrática. Debe ser punto de partida para una acción conjunta reformadora que redima de su inercia y su aislamiento a nuestros pueblos estáticos.

Debe prolongarse hasta renovar los ideales educativos, realizar trabajos por la Confederación Latino-Americana y formular las bases de una nueva orientación cultural.

En toda obra de los jóvenes se denota sensibilidad más afinada y la percepción de los problemas éticos que en épocas precedentes fueron desconocidos o desdeñados. En toda la juventud de este continente se evidencia una rara comunidad de espíritu que augura una unión a realizar. Las mismas inquietudes la preocupan y le animan idénticos ideales. Hasta el estilo es análogo: nervioso, limpio y preciso, más cordial y más sobrio.

Es indudable que existe una onda espiritual que recorre nuestra América y dinamiza a la juventud para encaminarla a grandes realizaciones.

IDEALES DE LA JUVENTUD. — Ya en mi alocución a la juventud universitaria precisaba los puntos que a mi juicio deben guiarla en su acción renovadora. El impulso íntimo que anima a esta generación está de acuerdo con la índole de los tiempos. Ha dicho muy bien Spengler que estamos en la edad del Socialismo, es decir del predominio de lo social y colectivo sobre lo individual. Y ese mismo es el espíritu que mueve hoy a los jóvenes: federación de los estudiantes, confederación de América, comunidad moral con el pueblo, reforma educativa que forje caracteres y que socialice la enseñanza.

Dentro de esa orientación caben holgadamente todos los ideales que se propongan elevar al hombre y perfeccionar la sociedad. Todo idealismo es renovador y fecundante a condición de que trate de encarnarse en el presente. El defecto radical de la cultura europea no es la falta de ideales sino su impotencia para realizarlos. Ahí están por ejemplo Bertrand Russell y Wells, dos cimas del pensamiento contemporáneo, cuyas enseñanzas confinan en la esfera del conocimiento sin llegar a traducirse en realidad, paralizadas por la barrera infranqueable de los intereses creados. No imitemos a los europeos en esa senda suicida. Vayamos directamente a realizar nuestros ideales aún cuando esto nos obligue a reducirlos. Más beneficio es para el progreso humano una simple mejora conquistada que grandes ideales irrealizados, cuando estos no promueven a la acción inmediata.

Pueblos líricos y verbalistas como somos, hemos de considerar la acción como el principal remedio a nuestros males.

### De la dirección de "Proa".

UNO de los directores de la revista *Proa*, Jorge Luis Borges, nos escribe la siguiente carta, que nos es grato publicar. Su protesta contra el artículo de Juan Antonio Villoldo, fué repetida verbalmente en el banquete a Sanín Cano, por otro de los directores de *Proa*, Alfredo Brandam Caraffa. Nuestro director presente en dicha comida, aconsejó a Brandam Caraffa que diese forma escrita a su protesta, que es como se dirimen

estas cuestiones, polemizando cultamente, en los países de intensa vida literaria. Esto es lo que Borges ha hecho en los términos siguientes:

Querido Bianchi: Esta carta incluye ambiciones de que en NOSOTROS la publiquen, pienso que justas.

He recibido el número de marzo y he visto en él, entre otras cosas buenas (verbigracia: lo de Romero sobre Mach y las composiciones gustosísimas de Angel Cruchaga Santa María y de Salvador Reyes) una arremetida indignada de Juan Antonio Villoldo contra la vileza política del autor del *Nulario Sentimental*.

Yo personalmente concuerdo con casi todo lo que afirma Villoldo, salvo con su capricho de anteponer el argentinismo coya de Rojas al francesista o latinizante que manifiesta el cordobés. Todos los patriotismos que aquí se estilan — el románico, el quichua y el de los barullosos de la Raza — me parecen exóticos y no escalono jerarquías en su condenación común. ¿Cuándo habrá un patriotismo criollo, que no sepa ni de Atahualpa ni de don Diego de Mendoza ni de Maurice Barrés?...

Lo que sí juzgo inexplicable en el arranque de Villoldo es su cuádruple afirmación de que *Proa* "suscribe con peregrina complacencia las temerarias divagaciones políticas" que gesticula don Leopoldo Lugones. ¿Basta el solo hecho de que *Proa*, revista puramente literaria, no haya atacado hasta hoy la bravuconería del cordobés, para que la declaren cómplice suya? ¿No es esto una injusticia?

Yo, Bianchi, soy más o menos una cuarta parte de *Proa* y voy a defenderme llanamente de los dos cargos de fascismo y de lugonería. Entrambos son absurdos. Yo quiero agradecerle a Lugones el habitual deleite que *El Solterón* y la *Quimera Lunar* y alguna estrofa suelta (*El jardín con sus íntimos retiros — dará a tu alado ensueño fácil jaula*) siempre me regalaron; pero ni sufro sus rimas ni me acuerdo del tétrico enlutado ni pretendo que sus imágenes, divagadoras siempre y nunca ayudadoras del pensar, puedan equipararse a las figuras orgánicas que muestran Gómez de la Serna y Rafael Cansinos Asséns. En cuanto al solematismo patriotero de fascistas e imperialistas, yo jamás he incurrido en semejantes tropezones intelectuales. Me siento más porteño que argentino y más del barrio de Palermo que de los otros barrios. ¡Y hasta esa patria chica — que fué la de Evaristo Carriego — se está volviendo centro y he de buscarla en Villa Alvear! Soy hombre inapto para las exaltaciones patrióticas y la lugonería: me aburren las comparaciones visuales y a la audición del Himno Nacional prefiero la del tango *Loca*.

Le estrecha muy cordialmente la mano,

JORGE LUIS BORGES.

## Necrología

**D**URANTE el corriente mes hemos tenido que lamentar el fallecimiento de dos viejos amigos de NOSOTROS, ambos destacados miembros del periodismo: Enrique Agesta e Ignacio Orzali. Perteneció el primero a la redacción de *La Época*, cuya subdirección ejercía actualmente y también fué colaborador de esta revista. Antiguo redactor de *La Nación*, Orzali se contó

## NOSOTROS

entre los primeros amigos de Nosotros, cuando ésta apareció en 1907 y siempre tuvo para ella palabras de estímulo desde las columnas del colega, cuando estuvo al frente de su secretaría.

Pierde nuestro periodismo con la muerte de ambos, dos espíritus cultos y generosos.

### Cómo se escribe ahora la crítica teatral

**E**STO es de *La Nación* del 19 de Abril a propósito de un estreno en el teatro Apolo:

Al referirnos ayer al intento depurador que alienta la obra del señor Sánchez Gardel, *El dueño del pueblo*, sosteníamos que las expresiones de esa índole llegadas a afirmar el sello de nacionalidad en la escena argentina son acreedoras al franco estímulo, no sólo por considerarse las manifestaciones características de los pueblos del interior la veta pura y generosa de las emociones propias y de un arte representativo, sino también porque con ellas se contiene el avance de las concepciones desorbitadas que tienden a entronizar en el tablado criollo precarios calcos de los productores extranjeros.

Y en la misma jerga sigue lo demás de la crónica. Si así piensan y escriben los críticos de nuestros mejores diarios, ¿qué podemos esperar para el teatro?

### Asociación Cultural "Ripa Alberdi"

**L**A asociación cultural platense "Ripa Alberdi" ha resuelto organizar un certamen artístico-literario para el 9 de Julio de este año, al que podrán concurrir todos los escritores y artistas radicados en la provincia de Buenos Aires y Capital Federal, exclusivamente.

Las bases de estos juegos florales establecen ocho premios de poesía, nueve de prosa — el primero de los cuales para una monografía de no más de 15.000 palabras, sobre la vida y obras de Héctor Ripa Alberdi—, uno de pintura, otro de escultura y dos de música. El concurso quedará cerrado el próximo 10 de Junio. Los trabajos deberán ser dirigidos al presidente de la asociación, don Horacio Barrionuevo, calle 3 número 568 (La Plata), a donde podrán dirigirse los interesados para obtener más detalladas informaciones.

NOSOTROS.

# N O S O T R O S

Año XIX - Tomo XLIX

---

## INDICE

### A

Adler Raquel .....	El árbol (poesía) .....	89
Aita Antonio .....	Algunas reflexiones sobre el arte moderno .....	172
Argenti Carmen .....	El miedo (poesía) .....	90

### B

Barrenechea Mariano Antonio .....	Florenxia .....	461
Bermúdez Franco Antonio .....	Poemas de la Soledad .....	323
Bernárdez Francisco Luis .....	La elegía de Adelaida (poesía) .....	330
Borges Jorge Luis .....	Sobre un verso de Apollinaire ..	320
" " " .....	Oscar Wilde y un Poema .....	444

### C

Cárdenas Jacinto .....	Poemas (de Shelley, Longfellow, T. Moore y Carew) .....	13
" " .....	La Balada de la cárcel de Reading (Oscar Wilde) .....	447
Castelblanco P. Agustín .....	Poesías .....	300
Cruchaga Santa María Angel .....	Poesías .....	297

### D

De Diego Rafael .....	Letras argentinas: <i>Las Horas alucinadas</i> , de Evar Méndez. <i>Las Anforas y las Urnas</i> , de Leopoldo Díaz. <i>Dafne</i> , de Héctor Díaz Leguizamón .....	103 355
Di Napoli Vita V. ....	<i>El hilo de oro</i> , de Pedro Miguel Obligado .....	83
Dirección (La) .....	Giacomo Puccini .....	83
" " .....	Alberto Einstein (con caricatura de Bagaría) .....	503
" " .....	Nuestra demostración a Sanin Cano .....	510
Dunsany (Lord) .....	El Rey Argimenes y el Guerrero Desconocido (Drama) .....	42

## E

Elmore Edwin .....	El pensamiento de Bolívar (Carta abierta a Enrique José Varrona) .....	240
--------------------	--	-----

## F

Fernández Juan Rómulo .....	Alrededor de Spengler .....	222
-----------------------------	-----------------------------	-----

## G

Giusti Roberto F. ....	Jardines de niño .....	74
" " "	Notas sobre Paul Groussac .....	92
" " "	Discurso en la demostración de "Nosotros" a Sanín Cano ...	511
González Juan B. ....	Ladislao Reymont: "El casamiento de Maciej Borina" ...	309
González Carbalho .....	Poesías .....	238
González Martínez Enrique ...	Poesías .....	292
González Rojo Enrique .....	Poesías .....	218

## H

Henriquez Ureña Pedro .....	Héctor Ripa Alberdi .....	497
Herrero Antonio .....	La obra de Josephin Péladan ...	205
Herreros Pedro .....	Poesías .....	72
House Guillermo .....	La miseria (cuento) .....	58

## I

Ibarbourou Juana de .....	Poemas .....	169
Ingenieros José .....	La reconquista del derecho de amar .....	5
Isernia Francisco .....	Poesías .....	38

## L

Levene Armando .....	Acotaciones al teatro de Enrique Ibsen .....	472
López Merino Francisco .....	Poesías .....	236

## M

Mandolini Hernani .....	El misticismo de Leopardi .....	303
Mazzoni R. Francisco .....	Los corazones maravillosos de las ciudades .....	66
Monner Sans José María .....	Un nuevo derrotero para la preceptiva literaria .....	180

## O

Orzábal Quintana Arturo .....	Las Instituciones Representativas Funcionales .....	20
" " "	Zaballos y el Panamericanismo ..	277

## P

Pérez Valiente Antonio .....	Luces en el crepúsculo (versos).	198
------------------------------	----------------------------------	-----

R

<b>Reyes Salvador</b> .....	Mensaje (poesia) .....	299
<b>Rohde Jorge Max</b> .....	"Prosas" de Rafael Obligado ...	29
<b>Romero Francisco</b> .....	Filosofía:	
	Ernst Mach .....	343
	A. Tilgher: "Relativistas Contemporáneos". El próximo Congreso Internacional de Filosofía. Una revista bibliográfica. F. H. Bradley, Rudolf Steiner	504

S

<b>Sanín Cano B.</b> .....	Discurso en la demostración de "Nosotros" .....	513
<b>Silva Valdés Fernán</b> .....	El Pericón (poesia) .....	295
<b>Suárez Calimano E.</b> .....	Letras españolas:	
	<i>Claro de luna</i> , de Luis de Val .....	107
	<i>Las luchas fratricidas de España</i> , de Alfonso Danvila .....	253
" " "	Letras hispano-americanas:	
	<i>La última lección</i> , de Carlos Loveira.	
	<i>Poemas</i> , de Jaime Torres Bodet. <i>El puerto y otros poemas</i> , de Enrique González Rojo .....	358

T

<b>Torres Bodet Jaime</b> .....	La vida transitoria .....	202
---------------------------------	---------------------------	-----

V

<b>Varona Enrique José</b> .....	El pensamiento de Bolivar (Carta a Edwin Elmore) .....	252
<b>Villalobos Domínguez C.</b> ....	El presidencialismo argentino frente al fascismo .....	413
<b>Villoldo Juan Antonio</b> .....	La vacante .....	86
" " "	Temas políticos: La revisión fascista .....	332

X

<b>X. X. X </b> .....	Un año de dictadura española ..	133
-----------------------	---------------------------------	-----

CRONICA DEL MES

Bibliografía:

Horacio Quiroga: "La gallina degollada y otros cuentos" (Nosotros). — Dardo Corvalán Mendilaharsu: "Sombra histórica (Juan Rómulo Fernández). — José Evaristo Uriburu: "Historia del general Arenales. T. I. (Juan Rómulo Fernández). — Alfredo F. de Urquiza: "Campanas de Urquiza" (Juan Rómulo Fernández). — José Manuel Eizaguirre: "El pasado en el presente" (Arturo Orzábal Quintana). — Camilo Barcia Trelles: "La política exterior norteamericana de la post-guerra" (Antonio Caso). — William E. Borah: "American Problems" (J. C.). — Libros y folletos recibidos en Enero .....

Carlos Ibarguren: "Historias del tiempo clásico" (R. J. Bruno). — Américo Castro: "Lengua, enseñanza y literatura" (Ángel J. Battistessa). — Arturo Costa Álvarez: "Nuestro preceptismo literario" (E. S. C.). — Faustino Brugheri: "Con el alma" (E. S. C.). — Manuel Tousseint: "Iglesias de México" V. II. (E. S. C.). — Libros y folletos recibidos en Febrero .....

Victoria Ocampo: "De Francesca a Beatrice" (J. N.). — Luis Araquistain: "La vuelta del muerto" (E. S. C.). — Benito Pérez Galdós: "Toledo" (E. S. C.). — José María Salaverría: "El oculto pecado" (E. S. C.). — Delmira Agustini: "Obras completas", Vol. I y II. (E. S. C.). — Carlos F. Ancell: "La Biblia de piedra" (A. A.). — Pierre Loti: "Obras completas", Vol. XV y XVI (E. S. C.). — Selma Lagerlöf: "Leyendas de Cristo" (E. S. C.). — Libros y folletos recibidos en Marzo .....	364
Rómulo D. Carbia: "Historia de la Historiografía Argentina" (Adolfo Korn Villafañe). Libros y folletos recibidos en Abril .....	517

Ecos y Noticias ..... 126, 269, 399. 535

#### Las letras argentinas juzgadas en el extranjero:

Carlos Ibarguren: "Historias del tiempo clásico" (Raymond Ronze, <i>Revue de l'Amérique Latine</i> ). — Sobre la obra crítica de Jorge Marx Rohde (Francisco Contreras, <i>Mercure de France</i> ) .....	371
Ricardo Rojas: "La literatura argentina" (Américo Castro, <i>Revista de Filología Española</i> ). Valentín de Pedro: "El caudillo" (Andrés Ovejero, <i>El Socialista</i> , Madrid) .....	520

#### Las Revistas:

El Fordismo (Scott Nearing, <i>Clarté</i> ). — La pobreza musical actual (Henry Février, <i>Comoedia</i> ). — Formación de un nuevo estado de conciencia (Leopoldo Lugones, <i>Martín Fierro</i> ) .....	119
Una ojeada a las letras españolas en 1924 (Eduardo Gómez de Baquero, <i>Hispania</i> ). — Pio Baroja (Roberto Brenes Mesén, <i>Reportorio Americano</i> ). — Clemente Onelli (Eugenio D'Ors, <i>A. B. C.</i> ) .....	376
Los de ayer: Emilio Becher (Estanislao Rivas, <i>Caras y Caretas</i> ). — Impresión de la Argentina en un economista (Luis Olariaga, <i>Revista de Occidente</i> ) .....	527

#### Miscelánea:

Rectificación histórica (Ricardo Monner Sans). — Sobre la batalla de Ituzaingó (Juansilvano Godoi). — Los sueños en la literatura (Alfredo Sorgbarn). — France y Brousson en Buenos Aires (R. Eynhardt). — Novalis y el suprarrealismo (N.) .....	391
Dos irlandeses en la España de la guerra carlista (Francisco Romero). — Documento psicológico (Roberto F. Giusti) .....	532

#### Notas y Comentarios:

Gabriela Mistral. A propósito de una crítica. Los consejos de "Diógenes". La Biblioteca de "Crítica". Asociación Wagneriana de Buenos Aires. La dictadura en España .....	128
Baldomero Sanín Cano. Una carta de Blasco Ibañez. Rusia interesa a los estudiantes argentinos. Edwin Elmore. Afirmaciones de arte nacionalistas. Miscelánea .....	271
El fallo del presidente Coolidge. Fundación de la Unión Latino-Americanas. El Ateneo Universitario y Nosotros. La revisión del plan de enseñanza secundaria. "Diógenes" y Nosotros. A propósito de un texto de historia. Nuevas revistas españolas. Geografía hispano-americana. Certamen histórico-literario .....	403
La "Balada de la cárcel de Reading". Ensayo sobre la poesía uruguaya contemporánea. Un comentario de mala fe. Nuestro cónsul en Bulgaria. Mensaje de los estudiantes búlgaros. Congreso Latino-Americano de Universitarios e Intelectuales. De la Dirección de "Proa". Necrología. Como se escribe ahora la crítica teatral. Asociación cultural "Ripa Alberdi" .....	538